

Recuerdo
de
Antaño

B. P. L.

RAYMUNDO LARROBLA

**Robado cuando niño por los indios
llega a ser cacique. — Prisionero
en Buenos Aires. — Devuelto a
la vida civilizada. — Nostalgias.
—Trágico fin.**

Nuestro buen amigo y eficacísimo colaborador don Isidoro E. De María, que tan gentilmente nos proporcionara datos de inestimable valor histórico para la primera parte de "Crónicas y Recuerdos de Antaño" nos ha brindado otros nuevos de no menor interés, con los cuales iniciamos hoy la segunda serie de nuestras narraciones.

Allá por 1780...

Nos cuenta el señor De María que allá por el año 1780, los indios minuanes, capitaneados por el cacique "Camamasán", hacían frecuentes incursiones y no pocas depredaciones en la jurisdicción de Montevideo; y que, ante esos "malones", los vecinos del entonces villorrio, se veían precisados a organizarse en grupos armados, para poder repeler hasta sus propias tolderías, a la "chusma", que así se denominaba a los indígenas.

Datos que conserva nuestro informante, obtenidos por su señor padre el historiador don Isidoro De María, nos autorizan a decir que en algunos de esos malones, que llegaron hasta las proximidades de la población, tomaron parte no menos de doscientos indios.

Los indios se llevan a Raymundo

En cierta ocasión, fué secuestrado el niño Raymundo La Robla, de nueve años de edad, perteneciente a la antigua y respetable familia del mismo apellido, de la que era jefe, el Cabildante don Francisco de La Robla. (1)

(1) Sus descendientes escriben hoy el apellido en una sola palabra: "Larrobla".

El chico Raymundo, que acostumbraba salir a jugar con algunos compañeros de su edad, fuera de los portones, alejándose un día de los muros, se extravió en el gran despoblado que existía por entonces entre las murallas y el Cordón.

Un gaucho malévolo, amigo de los indios, logró con engaños alzar al niño en su caballo, llevándolo de inmediato a las tolderías de los minuanes.

El incauto chico desapareció así de la ciudad, sin que fuese dado a su atribulada familia, averiguar nada respecto a su paradero, por más diligencias que se hicieron al respecto.

El niño fué a dar a las tolderías, en donde, con toda seguridad, en los primeros tiempos de su nueva vida, habrá padecido penurias sin cuento.

Y así, en esa vida errante, entre minuanes y charruas, Raymundo fué olvidando los halagos que le ofreciera otrora la civilización y hasta su propio idioma, para irse familiarizando con los usos, costumbres y hasta con la lengua indígena.—a tal punto, que día llegó en que olvidara por completo, todo lo que le había sido familiar en sus primeros años.

Se hizo hombre, y en las correrías de la indiada, Raymundo recorrió Entre Ríos, Santa Fe y las Pampas argentinas.

Es natural que por su sangre y por su inteligencia, Raymundo descollase entre aquel ambiente salvaje; y fué por tal motivo que, el cacique de la tribu adoptándolo como hijo, lo designase su sucesor en el cacicazgo.

Raymundo, cacique

Ya cacique y en una de las batidas que en 1805, llevaron las fuerzas españolas contra la indiada que poblaba la Pampa, quiso la casualidad que herido Raymundo, lo tomasen prisionero las tropas rea-

les. Cuando ya en el suelo, uno de los soldados lo iba a ultimar con su bayoneta, un destello impreciso de su corta vida de civilizado, pero lo bastante elocuente para defenderlo en tan difícil situación, iluminó su mente, haciéndolo exclamar:

—¡Cristiano Roble!!! ¡Cristiano Roble!!!, a la vez que con la diestra se golpeaba el pecho.

Y esa fué, precisamente su salvación, por cuanto, sospechando el es-



El domador junto al palenque

pañol que se trataba de algún cristiano, de uno de esos muchos desgraciados que los salvajes tomaban prisioneros o en rehenes cuando llevaban a los poblados en medio de gran algazara, sus terribles malos, detuvo sus ímpetus de exterminio, al oír las palabras del herido.

Prisionero

En calidad de prisionero, Raymundo fué llevado a Buenos Aires y alojado en un cuartel, en donde se le dispensaron toda clase de cuidados para su curación, a la vez

que se trataba de averiguar su origen.

Muy pronto se divulgó la nueva de haberse tomado como prisionero a un titulado cacique que se nombraba "Cristiano Roble", avivándose con semejante noticia la curiosidad de la población.

En ese entonces se encontraba en la ciudad de Buenos Aires, don Juan Francisco La Robla, natural de Montevideo, que había ido allí a ordenarse como sacerdote y que venía a ser hermano, precisamente, de Raymundo, el desaparecido en el año 1780.

Llegando a sus oídos la noticia y fijándose en el nombre "Roble" del cacique, cruzó por su mente el recuerdo de que, veintitantos años atrás se habían llevado los indios minuanes en la "Banda Oriental", a un hermanito suyo; y aunque le pareciera un sueño que el cacique cristiano pudiera ser Raymundo, trató en seguida de verlo, para salir de dudas.

Los dos hermanos

Ya en el cuartel Juan Francisco, se esforzó en hablar algo con su presunto hermano, pero... no se entendían. Raymundo no hablaba ni comprendía otra cosa del idioma castellano, que las palabras salvadoras de "¡Cristiano Roble!"; y por su parte, Juan Francisco, no entendía nada tampoco de la lengua indígena.

Todo resultaba inútil para el civilizado, en sus afanes de conseguir alguna luz en la lucha que sostenía entre la duda y la esperanza, para saber a ciencia cierta si aquel hombre que tenía a su frente, fuerte y bronceado, podría ser en realidad su hermano.

Llamado un intérprete, éste pudo transmitir a Juan Francisco, las manifestaciones del prisionero y que no eran otras que se llamaba Roble, que era cristiano, que, cuando chico lo habían apresado en la "otra Banda" y que, con los salvajes había andado y vivido en correrías y en toldos.

El sacerdote La Robla vió así confirmadas sus sospechas, y desde ese momento, no cesó de interesarse por la suerte de Raymundo, quien, una vez curado, fué traído a Montevideo.



Un tiro de lazo

El retorno al hogar

Llegado al hogar paterno, Raymundo, sumamente sorprendido, empezó a reconocerlo, pesadamente, exteriorizando su estado de ánimo más por señas, que por palabras, porque entre las muchas voces "anca" o "pampa", que pronunciaba; apenas si decía una o dos en castellano.

Un detalle revelador

Se esforzó para hacerse entender que recordaba el escondite de un instrumento cortante que había guardado cuando chico, en la cocina de la casa solariega. Después de buscar con ansia en los agujeros de la chimenea, que por aquel entonces eran de las llamadas de campana, extrajo alborozado de uno de ellos, una navaja vieja con cabo de hueso, que había ocultado días antes de su desaparición, como lo explicó más tarde, cuando hubo recuperado el idioma nativo.

Todo aquello parecía un sueño para sus deudos. Raymundo La Robla, el niño llevado por los indios, era el cacique "Roble", devuelto al hogar.

La nostalgia...

Pero... Raymundo no se avenía a la nueva situación; y echando de

menos su vida errante de indio, vivía en su casa, triste, silencioso, retraído. Parecía hasta descontento de las comidas que se le brindaban, cuando ellas no la constituían jugosos churrascos.

Así las cosas, uno de sus hermanos lo llevó a una estancia del departamento de San José, para dedicarlo a las tareas rurales y ponerlo más cerca de sus inclinaciones.

Y el remedio produjo benéficos efectos. Raymundo, gradualmente, fué adaptándose a la nueva vida que se le ofrecía, de tal manera que, años después, se casó con una agra-ciada viuda maragata, de cuya unión nació una niña que fué bautizada con el nombre de Petrona.

Este hombre que se dedicó por entero a los trabajos rurales, tuvo un fin trágico. La cornada de un novillo, recibida en faena campera, le produjo la muerte.

Juan Francisco La Robla

El sacerdote Juan Francisco La Robla a que nos hemos referido en la precedente narración, no es otro que aquel distinguido patriota, que representó al Departamento de Canelones en la Asamblea de la Florida, de la que fué presidente.

EL GENERAL RIVERA Y UN MOTE DE ROSAS

Ligeros apuntes biográficos del caudillo. — "Coco" y "Frutos". — Desnaturalización del mote de Rosas. — "Pardejón" por "Pardejón".

En donde inicia su carrera

El general don Fructuoso Rivera ha sido, sin disputa, el caudillo que ha gozado de mayores prestigios en el Uruguay.

Descendiente de españoles, como lo eran Artigas, Lavalleja, Oribe, etc., etc., nació en Peñarol en 1788; y producido el "Grito de Asencio", ya hombre de positivo

ascendiente entre sus convecinos, no obstante su juventud, acaudillando un grupo de hombres, con su hermano Félix, se presentó días antes de la Batalla de Las Piedras al General Artigas, en cuya acción de guerra, mostró arrojo y serenidad tales, que el prócer oriental le otorgó el grado de Capitán.

No es nuestro ánimo entrar en mayor abundamiento de datos biográficos respecto a la personalidad del fundador del Partido Colorado; pero sí, hacer conocer algunos puntos poco conocidos, respecto a su interesante vida.

Por vía de semblanza

Hombre de no muy extensa preparación intelectual, era no obstante, en extremo inteligente.

Y en lo que a su físico se refiere, todo lo que podría llamarse un buen mozo. Bien plantado, de estatura regular, fornido, trigueño, de nariz aguileña, presumido en el vestir, ya fuera como militar o como civil, — urbano o rural. — fué un espíritu inquieto desde su adolescencia.

Con facilidad, sin esfuerzo alguno, se conquistaba las simpatías de sus oyentes, desde el primer momento. Su conversación era fluida, insinuante y de interés.

Muchas personas que oyeron hablar al general Rivera, le concedían una ilustración mayor de la que en realidad tenía.

El trato que dispensó siempre a sus subordinados y a la gente del pueblo, hizo que éste lo considerara casi como a un ídolo.

Para la gente de campo, el general Rivera, no era general, sino

“Coco” (1) el compadre Frutos, o Frutos, simplemente.

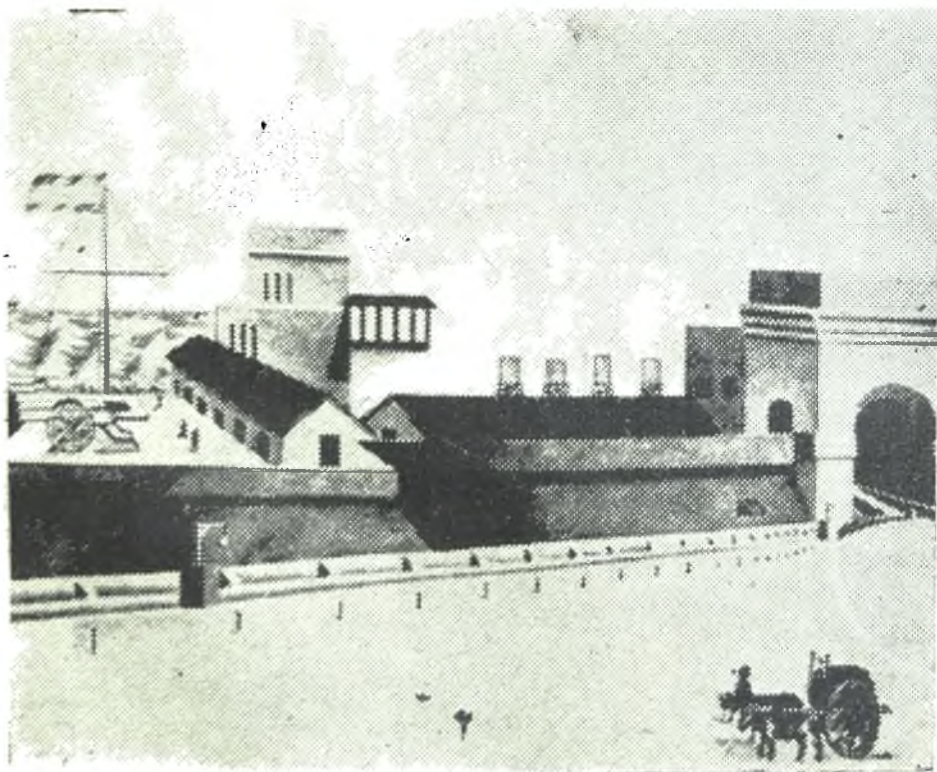
Cuando adolescente, le pusieron como apodo familiar — algunos dicen que por su tez trigueña, — “Coco”, denominación que también se le siguió dando cuando ya era general.

Afortunado en el amor

Para nadie es un misterio, que el general Rivera era igualmente afortunado en las lides del amor; y que gracias a ese don con que Natura también lo dotara, y al ascendiente que entre el elemento femenino disfrutaba, una buena parte de su ejército era formado por ahijados e hijos suyos.

En el rincón más apartado del País que el caudillo dirigiera sus pasos, habría de encontrar bondadosas comadres y respetuosos y sumisos ahijados.

(1) Acevedo Díaz. — “Lanza y Sable”.



El Fuerte visto desde la ciudad durante la dominación española

El mote de Rosas

Y ahora vamos a la verdadera finalidad que tuvimos presente, cuando tomamos la pluma para escribir este capítulo.

En los albores de nuestra vida independiente y planteada ya la cuestión de "blancos" y "coloredos", el general Oribe, electo Presidente de la República en 1835, hubo de abandonar tan alto cargo en 1838, vencido por una revolución acaudillada por Rivera.

Rosas, el tirano argentino que había prestado y prestaba a la sazón protección a Oribe, exacto muchas veces en eso de designar con motes a sus enemigos, teniendo en cuenta la magnitud de la paternidad que se le atribuía a Rivera, lo empezó a llamar despectivamente

el "padrejón" Rivera (2), como diciendo, el padre de muchos y de cualquiera.

Quienes no entendían el verdadero significado de la palabra "padrejón", empezaron a desnaturalizarla con la de "pardejón", de cuya desnaturalización aprovecharon también los enemigos de Rivera, hasta el mismo Rosas, quién encontrando el nuevo mote más hiriente que el de su invención, llegó a estampar después en no pocas comunicaciones tal epíteto al encabezarlas, con frases del siguiente tenor: "¡Viva la Confederación, etc. etc.!" "¡Muera el inmundo salvaje unitario y traidor, "pardejón" Rivera!"

(2) Rosas. Pág. 30 de Lucio V. Mansilla.

EL TROPERO

Características del tropero clásico

— Detalles de su vida. — Como se tropeaba. — Complementos del tropero. — Las disparadas. — Vadeando ríos y arroyos.

Por vía de presentación

El tropero clásico de nuestro país,—el tropero antiguo—digámos así, es otro espécimen de nuestras modalidades gauchas, que ha desaparecido con el adelanto de los ferrocarriles, con la construcción de alambrados y de bretes y con la mestización de la raza vacuna, que si bien es verdad que ha hecho aumentar en carnes a sus componentes les ha hecho perder en cambio, aquellos bríos salvajes, que, en impresionantes y arrolladoras disparadas que nada respetaban, ponían a prueba el valor, la destreza y la resistencia de nuestros gauchos.

Chiripá y nazarenas

El tropero de épocas legendarias, tenía que ser, pues, un gaucho completo. Y al decir gaucho, dicho está que su vestimenta era la obligada

de chiripá, bota de potro con sus correspondientes "nazarenas" o "floronas", que así llamaban a las enormes espuelas de la época — poncho, cinto de cuero con monedas de plata o de cobre, por botones; y la infaltable "vincha" que ceñía la frente para impedir que las "chuzas" de la larga y lacia cabellera cayesen sobre los ojos.

Las pilchas

Jinete en su siempre bien cuidado caballo, criollo, que también ha desaparecido casi por completo, y cuyas características eran la belleza de las líneas dentro de una no muy alta alzada y una musculatura de acero, — llevaba siempre con eficacísimos auxiliares para sus tareas, y para sus "vicios", una calderita o "pava", que colgaba, — enjaezado el pingo, — de la parte inferior de la cincha.

El inseparable mate, que a la vez hacía las veces de vaso, lo constituía un trozo de guampá, prolijamente labrado, en cuyo trabajo no faltaban las iniciales del dueño y de la "dueña", como así también el grabado a lesna, de un corazón

traspasado con un puñal o el de dos al parecer palomitas, dándose amoroso beso. Este adminículo colgaba a uno de los lados de la cabezada delantera del recado, mientras que, de la misma, pero del lado opuesto, pendía la "estaca" para "atar a sogá" al caballo, durante los altos que imponían las largas y rudas marchas.

Sobre la cabezada posterior y en forma de "valija" o sea, prolijamente arrollado y enfundado descansaba sobre el anca del caballo, el poncho de paño y cobija a la vez, forrado de bayeta colorada, "atado a los tientos".

El maneador para que el pingo "pastase" en condiciones de seguridad, lo llevaban siempre rodeando el pescuezo del caballo.

El lazo de trenza y de tantas brazas y las boleadoras, a las cuales solían llamar también, las "Tres Marias", porque tres eran las bolas que las formaban, se guardaban bajo los cojinillos, cruzando el "basto", o bien las portaba el tropero atadas a su cintura.

Como por aquel entonces, el ganado lanar era sumamente escaso y el estanciero que lo poseía, no lo vendía para intensificar así el procreo de la raza, los troperos se veían generalmente obligados a llevar animales aparentes destinados al consumo durante el viaje, guardando la carne, en su marchas, debajo de los cojinillos.

¡Vida perta!

La vida del tropero, era la más penosa de todas cuantas impusieran las tareas de campo. Los vientos, los fríos, las lluvias, las heladas, los grandes calores, en fin, todas las inclemencias del tiempo, las recibía sobre su humanidad, sin otro resguardo que el que pudiera ofrecerle su indumentaria gaucha, — este hombre de trabajo, — que, a veces, con otros compañeros más, tenía que conducir a campo traviesa, ya que los alambrados brillaban por su ausencia, más de mil cabezas de ganado criollo, siempre bravo, de escaso volumen, pero de mucha guampa, ligero de patas y ágil de cuerpo, circunstancias estas dos últimas, que lo hacían sumamente disparador y peligroso.



Faenas campestres (Reproducción de un cuadro de 1820)

Por regla general; durante las dos o tres primeras noches de viaje, nadie dormía, pues era costumbre dividir el personal, en partes iguales para hacer el servicio de "rondas", a los gritos intermitentes de ¡hopa! ¡hopa! y a cuya división llamaban "cuartos".

La falta de alambrados y de "recuestos" o vallas que pudiesen contener a los animales que se esparcaban y disparaban en conjunto, o en grandes grupos, al solo vuelo de una perdiz, o debido a cualquier otro motivo de no mayor importancia, ponían también a prueba la resistencia de los caballos criollos y el valor y la habilidad de los jinetes.

Cuando las tropas procedían de los departamentos fronterizos, empleaban en sus marchas hasta Montevideo, de quince a veinte días.

Vadeando ríos

Los ríos y los arroyos se cruzaban a "nado", pues las balsas eran artículos desconocidos, o poco menos. Generalmente y siendo posible, se buscaban las cuchillas para evitar el cruce por arroyos.

En las inmediaciones de los pasos hondos, solían vivir paisanos que se ganaban la vida, proporcio-

nando bueyes veteranos, que haciendo las veces de "ciñuelos", con un cencerro colgado del pescuezo, precedían la tropa que siempre se resistía a echarse al agua.

Los troperos aprovechaban estas ocasiones para cruzar, a su vez, esos pasos, sobre "canoas brasileñas", embarcaciones rudimentarias, que, no obstante los defectos de su construcción, prestaban invalorable servicios.

Y después, ... nuevamente la reanudación de la penosa marcha, con uno o dos de los troperos como guía, a la cabeza, arreando al mismo tiempo la caballada de repuesto con su correspondiente yegua madrina, que llevaba un cencerro pendiente del pescuezo.

¡Hopa. hopa!

Otros, franqueando a ambos lados la columna; y a retaguardia, el resto de los hombres, que, — al igual de los demás, — confundían sus gritos de ¡hopa! ¡hopa! ¡iii ja ja, jaaa!! para facilitar el arreo de las bestias, con el ruido producido por los varios millares de pezuñas que, al chocar contra el suelo, anunciaban su aproximación a largas distancias, en el profundo silencio de los campos solitarios.

LAS CARRETAS DE BUEYES

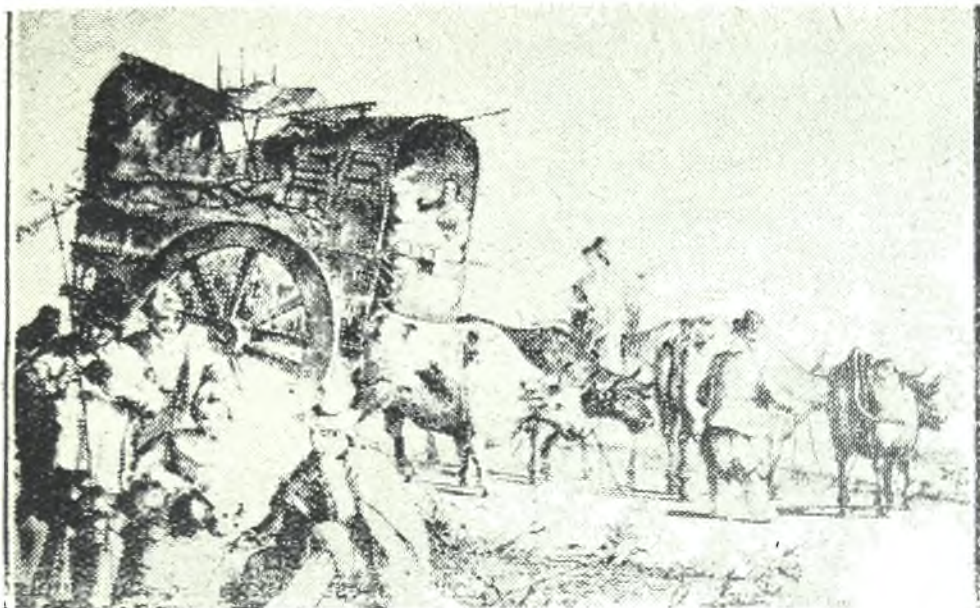
Idiosincracia del carrero. — "Mírame que soy bonita". — Las marchas en convoy. — Los ejes de madera. — Contrabando sin peligros.

Ogaño y antaño

El ferrocarril fué desalojando gradualmente al carrero; y a medida que aquél avanzaba hacia el corazón de la República, el carrero reducía su radio de acción, limitando sus viajes desde el punto terminal de la vía, hasta las localidades que no contaban con tan cómodo medio de locomoción.

El carrero antiguo, si bien es verdad que en sus trabajos no se exponía a los peligros del tropero, —también lo es que, tenía que soportar no pocas penurias en sus viajes, muy especialmente en la época de las lluvias.

Ya lo hemos dicho en la primera parte de **Recuerdos y Crónicas de Antaño**, que la carreta arrastrada por los tardos bueyes, era el ferrocarril y el automóvil de nuestros días. Las familias, en viajes que solían durar a veces hasta cerca de un mes, llevaban en las mismas carretas en que viajaban, colchones y los demás efectos necesarios para atender a sus subsistencias.



El ferrocarril de 1830.—Haciendo un alto.

¡Zaraza güey...!

Por aquel entonces no se conocían otros ejes en los rodados de esta naturaleza, que los de madera; y era frecuente oír en la soledad de las noches, desde largas distancias, el peculiar chirrido que producía el reseco eje, al soportar, recalentado, el giro de las pesadas ruedas, chirrido que acompañaba con ligeras intermitencias, el grito del carrero que, jinete en manso caballo y picana en mano, “menudeaba clavo” sobre el cuero del paciente buey, incitándolo a la marcha, con el consiguiente terno.

¡Zaraza, güey, ca... nejo! ¡Regalado, güey!!

¡Canela, güey, canejo!!! ¡Vamo, vamo, güey!

La filosofía del carrero

Y así se proseguía la marcha, pesadamente, por cuchillas y por llanos, siempre al mismo paso “de carreta”, porque el carrero, hermanado ya con el lento andar de sus animales, e indiferente a todo cuanto le rodease, jamás sintió apuro por llegar a su destino.

“De aquí al Cerro Largo, — decía el carrero, — echo tantos días”; de ese término no lo sacaba nadie, a menos que mediara una circunstancia especialísima.

Pachorriento como sus bueyes, alternaba en las marchas las interjecciones que dirigía a éstos, con el canto de un triste o con el silbido de un valse de música no muy complicada.

Las carretas que hacían sus viajes a los departamentos fronterizos, eran arrastradas hasta por seis yuntas de bueyes; y generalmente se unían como compañeros de viaje, cuatro o cinco conductores, para auxiliarse recíprocamente, cuando la carreta se enterraba “hasta las mazas” en algún pantano. En estos “peludos”, frecuentes en la estación invernal, se imponía el esfuerzo de varios hombres, por cuanto había la necesidad de descargar la mercadería y “abrir cancha” entre el barro, con picos y palas para facilitar la salida del pesado vehículo.

Características de las carretas

Los carreros que hacían largos recorridos, solían tener “mudas” de bueyes en el camino; y como entonces no existían alambrados, fácil será suponer que la manutención de los animales, no constituiría un problema para sus dueños.

Las carretas, llamadas toldadas, llevaban sus paredes de madera o paja brava y techos de pa-

ja o de cueros de vacunos sin curtir, unidos con "tientos" y con la parte del pelo hacia el exterior del vehículo. Las cabeceras eran resguardadas generalmente, también, con cueros. Los tableros laterales, cuando eran de madera, se les pintaba con colores vivos y diversos; y solían llevar letreros del siguiente tenor: "Mírame que soy bonita". "Voy siguiendo mi destino". "Soy de fulano de tal" (el nombre y apellido del propietario), etc., etc.

Accesorios

Colgando de la mitad del eje, el barrilito del agua; en el exterior de los tableros, una escalerita que facilitaba el acceso a la carreta, la "estrebe" de fierro o de alambre torcido, que era el fogón portátil del carrero, la pala, el pico, un hacha para montear, la "pava" o caldera y a veces, un banquito de ceibo y el trozo de carne colgando de un gancho.

Debajo de las carretas, durante las marchas, los perros con su andar resignado, las orejas gachas y la lengua afuera, inseparables amigos de nuestros paisanos, cuyo sueño velaban y a quienes servían también como auxiliares para "pastorear" los bueyes durante los altos.

Al igual de los troperos, de quienes nos hemos ocupado en otro capítulo, el carrero hacía sus provisiones de carne, mucha de la cual "salaban" para poder así conservarla durante muchos días.

La vestimenta de estos hombres de trabajo era, ni más ni menos,

que la de los gauchos que se dedicaban a otras faenas.

Más tarde usaron "tamangos" de cuero crudo.

Hoy en cambio, el carrero, recorre muy escasas distancias; y sus viajes por caminos buenos, generalmente, no pasan nunca de muy pocos días. Su vestimenta está lejos, pero muy lejos de ser aquella clásica del chiripá y bota de potro.

Contrabandeando

Para finalizar, diremos, que el carrero de antaño, era también contrabandista. Así por ejemplo, retiraba de la Capital mercadería llamada de "tránsito", con destino a Rivera para pasar al Brasil; pero al llegar al Departamento de Tacuarembó, otro grupo igual de carretas esperaba la llegada del convoy; y entonces, se abrían los cajones, se "trasegaban" los líquidos a otras "tercerolas" o "bordalesas", se hacía el trasbordo que se conducía de inmediato a Cerro Largo y la tropa seguía después su itinerario, llevando en los cajones piedras o tierra y en los cascotes que otrora reventaran de vino carlón, agua turbia de cualquier arroyo o cañada.

Y luego, la vuelta a Montevideo con cargamento de cueros, lana, cerdas, etc., etc., para retornar nuevamente al campo con la eterna perspectiva de hacer el "viaje redondo", así denominado, cuando la carreta con sus idas y retornos marchaba cargada.

LOS COLLAS

También se les llamaba "Cuicos" — Comercio que ejercían — Modalidades del "colla" — Nos dejaron un refrán.

Su origen

Los "Collas" han desaparecido por completo de nuestro país. Su aparición aquí, data de época anterior a la de los turcos, de quienes nos ocuparemos en capítulo aparte.

El "Colla", también conocido por "Cuico" en nuestra campaña, es originario del departamento de Puno, del Perú, y del norte de Bolivia y pertenece a la raza de indios Almará, que fué poderosa antes de la dominación española.

Sus características

Estos hombres, petizones, — cabeza grande cubierta generalmente

te por un amplio sombrero de paja o de paño de alas caídas, — barrigones, de párpados siempre somnolientos y de pechos salientes, eran infatigables caminantes, pues jamás utilizaban otro medio de movilidad que el que les proporcionaban sus cortas y recias piernas.

El "Colla" se abrigaba el busto con un poncho "rabón" de tejido indígena, de franjas de colores vivos, que apenas le llegaba al "coxis"; y sobre uno de sus hombros, cargaba una maleta de idéntico tejido al del poncho, la que llevaba como adorno en sus partes inferiores, flecos y cuatro borlitas.

En esa maleta guardaba el Colla su mercadería: yuyos curativos, polvos para el amor, ungüentos "pa elumatismo", bálsamo católico para las heridas, habas para "curar los aires" y artículos de bazar como los siguientes: rosarios, amuletos, boquillas, collares de cuentas y otras sarandajas por el estilo, todas de confección indígena.

Bozalón para hablar, a la vez que parco, cuando se le preguntaba por su suerte, respondía el "Colla" invariablemente.

Vendiendo mucho remedio siempre.

—¿Cuánto vale ésto, don? "¿Estos polvitos pal amor son güenos, son seguros, no fallan?"

—Seguro, no falla...

—¿Cuánto vale?

—Tanto.

—¡Jesú!!

—Entonse quere desí que uté

pensá que é mucho caro? ¡Dejalo qué!

Nuestro "Colla" era poseedor de eficacisimas panaceas, no solamente para los dolores físicos, sino que también para los morales. Taciturno, ni soberbio ni humilde — indiferente, en una palabra — el "Cuico" curaba tan pronto un dolor de muelas, como un mal de amores.

La presencia del "Colla" era recibida siempre con supersticioso respeto por la gente de campo, que veía en él, algo de médico y algo de brujo.

Al revés del turco, jamás despertó la codicia del gaucho; y no tenemos noticia de que pueda haber existido un solo caso en que un "Cuico", haya sido víctima de un asesinato, ni de un ultraje siquiera.

Nos dejan un refrán

Allá por 1890 más o menos, se vieron por estas regiones los últimos "Collas".

La explotación de bosques en sus países de origen, exige el esfuerzo de sus brazos; y es por ello que hoy nos vemos privados de la presencia de estos pintorescos personajes, que al igual de los turcos cruzaron a pie en todas direcciones nuestra feraz campaña, ejerciendo sus muy diversos comercios.

Con el recuerdo del "Cuico" nos ha quedado el aforismo criollo que, al referirse a una cosa que queda corta o escasa, o a un sujeto avaro dice: "Más corto que poncho'e "Colla".

LECHEROS Y PANADEROS

Botijos de barro y árganas de cuero.

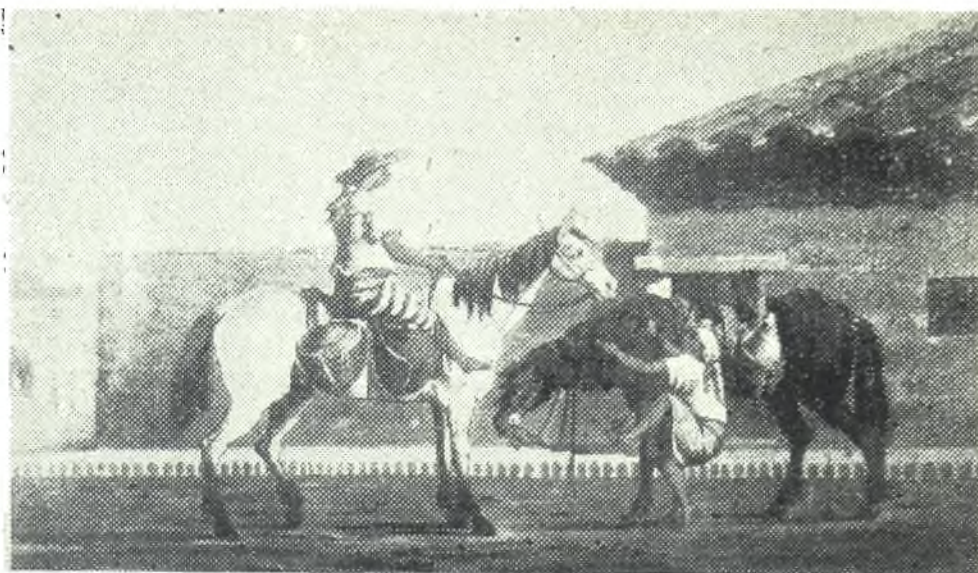
—El amasijo antiguo. — Evolución en los medios de transporte.

Los lecheros

Desde que Montevideo se sintió ciudad, empezaron los lecheros a hacer sus apariciones matinales, siendo los primeros, peones de las chacras del Cordón, Miguelete, Manga, etc., que transportaban la leche hasta las casas de sus patrones, a lomo de caballo y en recipientes de barro,

que en forma de damajuanas, nos venían de Europa, con aceite de oliva. Estas "botijuelas" que tal era el nombre que les daban nuestros mayores, eran sujetadas en arandelas de cuero crudo, que pendían a ambos lados de la montura, denominada "basto".

El aumento de la población, determinó a algunos vascos, a explotar el negocio de lechería, y ellos fueron, en realidad, los primeros en dedicarse al reparto público.



Los lecheros en funciones

Antes de la Guerra Grande, las "botijuelas" de barro fueron sustituidas por los tarros de latón de nuestros días; y la leche se vendía por "cuartas", medida antigua, — que venía a equivaler a poco menos de medio litro.

A los vascos lecheros, se les agregaron más tarde, algunos criollos; y hasta hace unos veinticinco o treinta años, los repartos se realizaban a caballo. Allá por 1895, empezaron a utilizarse las jardineras, vehículos que ya inician discreta retirada, para dar paso al moderno automóvil.

Durante las horas del día, algunas morenas esclavas, vendían por las calles, mazamorra con leche, manjar que llevaban preparado dentro de las "botijuelas" de barro. Estas mismas morenas vendían también las sabrosas empanadas de picadillo y los ricos pasteles de natilla, que tanto agradaban al paladar de nuestros abuelos.

Los panaderos

A cualquiera que se le hubiera dicho, allá por 1815, 1820, o 1830, que el pan se podría elaborar mecánicamente, se habría reído. Entonces no se conocía otra clase de pan, que el criollo o con grasa, el francés y la galleta, cuya masa preparaban los pies de los operarios.

El gremio de panaderos lo representaban súbditos franceses y es-



El panadero de antaño (1815)

pañoles; y los propietarios del negocio, eran generalmente quienes se encargaban de hacer el reparto a domicilio, transportando la merca-dería a lomo de caballo o de mula

y en grandes árganas de cuero crudo, sobre una de cuyas tapas solían llevar los previsores y desconfiados panaderos, un perro "cuzco", que se encargaba de gruñir y hasta morder, — llegado el caso — al taimado que pretendiese meter la mano dentro de una de las árganas.

Entre las panaderías de antaño que pasaron a la historia, dejando tras sí, "luminosa estela" debe mencionarse la de Tobal, especialista en bizcochos, y en cuya casa, 25 de Agosto entre Juan Carlos Gómez e Ituzaingó, se daban cuando la Gue-

rra Grande y como ya lo hemos dicho en la primera parte de "Recuerdos y Crónicas de Antaño", animadas tertulias.

La panadería del "Reitú", de un francés de tal nombre, fué muy posterior a la de Tobal; y su fama se debió a la elaboración del sabroso bizcocho, que ha pasado a la posteridad con tal nombre.

Las evoluciones operadas en los medios de transporte en este ramo del comercio han coincidido y seguirán coincidiendo, con los del gremio de lecheros.

LOS TURCOS

¡Cosa linda e barata! — Los primeros turcos. — Sus vestimentas. — Sus marchas por nuestra campaña. — Rebajas de turco. — Animadversión de los perros. — Las "bromas" de nuestros paisanos.

Las avanzadas

¿Cuándo llegaron los primeros turcos a nuestro país?

Los datos que hemos recogido sobre el particular, nos autorizan a decir, que los primeros inmigrantes de esta nacionalidad que se vieron por nuestra campaña con su cajón de baratijas a cuestas, llegaron allá por los años 1879-80.

Vestimentas y marchas

Estos comerciantes que recorrían la campaña, usaban anchas bombachas de mezolilla azul, — exageradamente fofudas, — chapona corta, a veces de colores vivos, de puntas redondas y que no llegaba a cubrir el abdomen, bombachas claveteadas que ponían a cubierto la integridad de sus zuevas en las largas jornadas a pie; y, finalmente, la cabeza cubierta con el tradicional y pintoresco fez rojo de cuya cúpula pendía una borla azul.

Estos hombres de andar agobiado a fuerza de cargar sobre sus espaldas el enorme peso del cajón, y apoyados en largo bastón, rari-

sima vez utilizaban los servicios del ferrocarril. Las marchas, siempre a pie, ya por la vía férrea, ya por los caminos, o ya atravesando campos. Llegaban en sus giras comerciales hasta los departamentos fronterizos; y de ellos regresaban a la Capital en idéntica forma, siempre que un gaucho de malas entrañas, no los asesinara para robarlos.

Rebajas de turco

Humildes, mansos, trataban siempre de ganarse la buena voluntad de todos; pero en sus relaciones comerciales, se mostraban voraces.

Así, por ejemplo, por cualquier baratija cuyo valor real era de cinco centésimos, pedían un peso o más, para ir rebajando rebajando, hasta darla en 0.05, 0.10 o 0.30.

— "No buedi, señor. Bierdi blata. Lleva ocho riali, antonce. ¿No quieri? Bueno, hombre, lleva cinco riali, antonce. ¿No? No buedi rebaja señor. Bueno; lleva tre rialo. ¡Pobre turco! Brazesita blata per comer!! ¡Lleva, lleva, señor!! ¡Toma, un rial! Llévalo!"

Y de aquí, precisamente es que nace el dicho aquel, cuando se reducen exageradamente los precios en cualquier transacción comercial, que la rebaja es a lo turco.

Estos caminantes eran huéspedes obligados para pernotar, de las



estaciones ferroviarias y de las estancias. En las primeras, encontraban techo en un wagón cubierto; y en las segundas dentro de los galpones.

¿Comer?

En aquella época en que los artículos de primera necesidad valían una insignificancia, la comida no se medía, se tiraba; y los turcos, encontraban así, casa y comida gratuita.

Los paisanos, sus perros y los turcos

Nuestros paisanos nunca quisieron al turco; y sus perros, más sinceros y más humanos, les mostraron siempre sus antipatías, traducidas en gruñidos y en exhibición de dientes, cuando el huésped, ya en rueda de peones estaba admitido como tal. El perro jamás mostró buena cara al turco.

— “Che, nación”.

— “Mande señor...”

— “¿Qué trais?”

— “Beine, beinilla, sabón d’olor, boquilla, corta-bluma, cartera cuero Rusia, asbejo, jamelos, cadena doble fino como oro, boquilla ámbar, bulsera, bolvo pa la cara. Mucha cosa, señor, mucha cosa linda e barata...”

— “¿No tenés vainas de anzuelos?”

— “No señor, no tengo. Corta bluma, ¿quiere?”

— “¿Y caracú de mosquito... ¿no trais tampoco?”

— “No señor. Oriza fina”.

— “¡Caramba!”, — insistía otro paisano. “Vamo a ver”. “¿A qué no sos capaz de trair tampoco, semilla de alambre?”

— “No trai tampoco, señor. Imposible señor. A lo cajón no pudi cabi tanta cosa!”

— “¡Pucha turco, disgraciao!”

No trai lo que uno precisa!”

Y al final de cuentas, aquellos mismos paisanos que festejaban la

"Inocencia" del "gringo", caían en sus redes, comprándole frascos de agua llamada de olor, gemelos, cadenas, etc., pagando por tales artículos precios disparatadamente exorbitantes, o bien canjeando baratijas en cambio de chafalonías de oro y plata.

Bromas pesadas

El turco fué siempre víctima de las bromas más inhumanas de la gente de campaña. Muchas veces caminando por el medio del campo, daba con su humanidad y con su cajón en tierra, sin sospechar que los dos jinetes que lo habían cruzado paralelamente y a pleno galope, a regular distancia suya, habían unido previamente sus lazos por una de las argollas, atando los extremos a la "sidera" del recado, para llevarlo de arrastro, como si fuese una red y tomando así las piernas del incauto, lo daban contra el suelo, indefectiblemente.

Víctimas de asesinatos

Pero lo peor es que, muchos de estos hombres, muchísimos, desperdiciando la codicia de la gente de campo, eran asesinados, para despojarlos de todo cuanto llevasen encima.

Un anillo que cuando mucho no valía más de treinta o cuarenta centésimos, constituía su sentencia de muerte,

No hace mucho todavía, ocurrió en el lejano departamento de Artigas, un asesinato de esta naturaleza.

Un chico de catorce años, enamorado de una de las baratijas, esperó al turco, jinete en una yeguita, en pleno campo y en las proximidades de la vía férrea.

El precoz asesino, así que se le aproximó su víctima, lo invitó a que le mostrase la mercadería; y cuando el turco, ya en cuclillas, quitaba su inseparable frazada parada de encima de la tapa del cajón, cayó sin sentido, al golpe de una piedra dada violentamente contra su cabeza. Inmediatamente después, unas puñaladas; y en seguida al degüello, para "despenar" de una vez por todas al herido.

Cuando el asesino, que había atado una de las piernas de la víctima con su maneador, arrastraba el cadáver a la cincha de su yeguita, rumbo a un pajonal próximo, para prenderle fuego y tratar así de destruir todo vestigio de su crimen, cruzó por el lugar un tren de pasajeros, muchos de los cuales, viendo la maniobra y sospechando el drama desarrollado momentos antes, dieron cuenta de lo que habían visto a las autoridades de la primera estación, las cuales pudieron aprehender así al asesino.

Hoy han desaparecido por completo los turcos que realizaban sus ambulantes funciones comerciales, por nuestra campaña. Muchos de ellos se han establecido con casas de comercio en Montevideo y en pueblos y ciudades del litoral e interior; y en algunas de esas mismas cuchillas que otrora recorrieron a pie, primeramente y con cargueros más tarde también.

Y algunos de ellos, duchos en "liquidaciones" incendiaron sus comercios después de haberlos asegurado con fuertes primas que les permitiesen volver al país de origen, como grandes señores, que habían iniciado el éxito de sus fortunas con el tan sarandeado pregón de: "Cosa linda e barata!!!"

UNA ACLARACION

Un grupo de ciudadanos libaneses nos ha visitado con el fin de pedirnos hiciéramos algunas aclaraciones respecto a un suelto aparecido en un suplemento de números anteriores, relacionado con los "turcos" y en la sección de "Recuerdos y Crónicas de Antaño", ya que, nos dijeron, el vulgo sin mayores alcances geográficos e históricos, engloba en dicha denominación a los libaneses, sirios y otros pueblos de lengua árabe, dignos por su laboriosidad, de toda clase de consideraciones.

Planteada así la cuestión, en forma correcta, no tenemos inconveniente en manifestar que, como lo decíamos con toda claridad en el suelto que da lugar a estas líneas,

nos referíamos a los "turcos" que primeramente llegaron a nuestro país.

En nuestro concepto, los señores que forman las colectividades libanesa y siria, han extremado la nota patriótica, al creerse gratuitamente aludidos y lo que es más, ofendidos, por un inocente suelto en el cual, si bien es verdad se ha hablado de algún "turco" que pudiera haber incendiado en provecho propio su negocio, dejábamos, en cambio, en

peor situación a nuestros connacionales, a quienes hacíamos aparecer inhumanos con aquellos desventurados comerciantes que cruzaban nuestra campaña ejerciendo su negocio.

Vuelva, pues, la tranquilidad al espíritu de los laboriosos libaneses y sirios, y aun hasta de los mismos turcos, pues no ha habido para ellos, ni para nadie en realidad, la más mínima intención de lastimar sus sentimientos.

CEDULAS DE SAN JUAN Y PEDRO

Fogatas y serenatas.—Luminarias y banda de música.—Las cédulas y los sombreros.—Mate con azúcar quemada y chocolate con pan francés.—Noche de "helada".

Las solemnidades tradicionales que en honor de los hombres de la "Corte Celestial", Juan y Pedro, se han pretendido restaurar por elementos de la alta sociedad, tratando de imponer la vieja costumbre de sacar en la noche de las vísperas de los santos, las cédulas de los novios, traen a mi memoria, escenas familiares en las cuales se veían reunidos en el comedor o en la sala de una casa en donde hubieran chicas casaderas, elemento joven y viejo, con el fin de sacar las cédulas de dentro de cuatro sombreros, a la vez que circulaba entre los tertulianos, el mate dulce con cáscaras de naranja y azúcar quemada y a veces, hasta con trocitos de canela en rama.

Antiguamente, la noche del 23 de Junio, sobre todo, era esperada por chicos y por grandes, con verdadera ansiedad. Los chicos, porque un par de horas después de la entrada del sol, podían disfrutar de un atractivo programa de festejos que les proporcionaban la gran fogata sobre la cual saltaban y que se encendía frente a la casa del dueño del santo, a los gritos de "¡Viva San Juan y San Pedro!"; las luminarias que consistían en atar a un extremo de una caña, un pedazo de estopa, o una "esponja del campo" empa-

padadas en kerosene; la quema de fogatas con buen número de bombas en la barriga y en la cabeza; y finalmente, la improvisada banda de música, formada por siete u ocho hombres que, en sus muy legítimos anhelos de ganarse unos "reales", no perdonaban a ningún Juan ni a ningún Pedro que estuviera en condiciones de retribuir, aunque modestamente, tan filarmónica forma de salutación.

Y los grandes, porque más tarde, a eso de las ocho y media o nueve de la noche, llegaban a breves intervalos y acompañadas por sus respectivas mamás, las chicas que, en estado de merecer, estaban ansiosas de oír la buena ventura que les daría más tarde el santo, por medio de las cédulas.

Y finalmente hacía su aparición, en grupo, el elemento joven masculino, que se insinuaba a los dueños de casa con una serenata dada en la puerta o en una de las rejillas de las ventanas, con violines, flautas, bandurrias, mandolinos y guitarras.

Momentos después, jóvenes y viejos en alegre rueda, procedían a extraer de los cuatro sombreros utilizados al efecto, las cédulas de confección casera: de uno, las que correspondían a los nombres de las señoritas, de otro, del de los caballeros, de otro, los versos correspondientes al elemento feo; y del último, las contestaciones que daban las señoritas.

Pero, conviene decir, antes que nada, que estos juegos, se hacían como Dios, manda sin trampa de ningún género, como así ocurría en los últimos tiempos y que al final de cuentas degeneraron por completo, porque solo bastaba, enviar a las direcciones de los diarios las listas de las parejas de enamorados, para que salieran sus nombres en letras de molde, en una sección que se denominaba "Cédulas de San Juan y San Pedro", en cuya nómina

vez, el nombre de la señorita.

Cuando el azar confirmaba un flirteo que se iniciaba, verdaderas explosiones de entusiasmo se exteriorizaban por todos los pechos; y muchas veces, el capricho de las cédulas, acercó a dos corazones que no habían pensado hasta ese preciso momento, cultivar otra relación, que la de una simple amistad.

Y después venían los versos.

El tercer sombrero daba versos del siguientes tenor:



EN DIRECCION AL BAILE — «El esclavito alumbra»

salía siempre en primer término una famosa personalidad política, que a justo título ocupó el decanato de los novios.

Esta última costumbre subsistió hasta 1905 aproximadamente.

Volvamos a tomar asiento en la sala en donde se extraen las cédulas, operación que, para revestirla de mayor legalidad estaba siempre a cargo de las personas mayores.

"Fulano de Tal", exclamaba la señora que extraía la primera cédula. Y entonces los ojos ansiosos de los circunstantes se dirigían a la poseedora del sombrero número dos, que a poco levantaba su diestra con otra cédula, para repetir a su

Caballero:

"San Juan a mi me dijo
Que te viera y te dijera
Que te casaras conmigo
En vez de quedar soltera".

A lo que solía contestar la cédula del cuarto sombrero.

Señorita:

"San Juan es un viejo chocho
Que a todas quiere casar
El sabe que tengo un novio
Que no lo puedo dejar".

Hacemos gracia al lector de la descripción de las escenas de risa que se producían entre los circunstantes, cuando se daba lectura a los versos, pues en muchas demandas

de amor, la respuesta estaba constituida por un "domingo siete", que nada tenía que ver con las amorosas palabras del "caballero."

Y realizada la ceremonia, se iniciaba el baile, danzándose polkas, mazurkas, valeses, cuadrillas y schottis, a los acordes de un piano, o bien de los instrumentos llevados por los serenatistas.

Los chimis, one steps, etc., que hoy se bailan cefidamente y con acordes inarmónicos que llaman música, eran bailes insospechados; y en cuanto a los tangos, entonces llamados "milongas", solo se bailaban en los bajos fondos sociales.

Un pocillo de chocolate acompañado de bizcochuelo casero, o de unas tajaditas de pan francés, era preciado obsequio que los dueños de casa ofrecían a las visitas, que se retiraban a las doce o una de la noche a más tardar, con el espíritu alegre por haber pasado unas horas de esparcimiento, y con los estómagos templados, por el chocolate y un poco de licor de rosa para ayudar al cuerpo a resistir a la intemperie de la noche, las inclemencias de una "helada" que ya empezaba a blanquear las cosas y a endurecer las superficies de los charcos.

UNA FIESTA EN LA MATRIZ

Una fiesta en la Matriz cuando la Guerra Grande. — El naufragio de un barco. — Promesa de dos italianos — La Virgen del Huerto — El incensario se apaga — Buscando brasas.

El naufragio de un barco

Allá por el año 1843, un gran temporal que reinaba en las costas del Este, hizo zozobrar en las inmediaciones de la ciudad de Maldonado, una goleta que llevaba por nombre el de "Virgen del Huerto", procedente del puerto de Génova, y cuya imagen pintada al óleo en un lienzo, ocupaba lugar preferente en la cámara principal del barco.

Pasajeros y tripulantes, pudieron salvar tras no pocas penurias, en los botes de abordó. Entre los primeros, figuraban dos italianos apellidados Mantero, — genoveses, — que más tarde habrían de establecerse con un negocio de colchonería, en la calle Misiones casi esquina Sarandí.

La promesa

La inminencia del peligro, hizo que ambos geneveses, teniendo como testigos al mar embravecido y al buque que se hundía, — formularan entre ruegos y oraciones, elevando los ojos hacia el cielo, ferviente promesa de hacer una gran función en honor de la Virgen del Huerto de

la que eran devotos, — si gracias a la influencia de la misma, — escapaban de la muerte que consideraban ya, irremisible, así que sus recursos que habrían de adquirir en la tierra prometida, se los consintiese.

Hombres de palabra y de bien arraigadas creencias religiosas, cumplieron su promesa tres años más tarde; y fué así como en el año 1846 se realizó el festival prometido en la Matriz, cuyas naves se adornaron profusamente, con tal motivo.

En esta ocasión, y si hemos de estar a los informes que se nos han proporcionado, se colocó en donde hoy se encuentra el retablo, un gran manto real, en cuyo centro se puso el cuadro de abordó, que vino a ser así la primera imagen de la virgen del Huerto que llegó a América y que hoy se exhibe a la veneración de los fieles, en la Iglesia de la Aguada.

El Pbro. Don José B. Lamas y su estado mayor

Regla por ese entonces los destinos de la Iglesia Matriz, el ilustrado patriota de la Independencia Nacional, don José Benito Lamas, que fué uno de los nueve curas franciscanos, que expulsó de Montevideo el virrey Elío, a poco de

producirse la Batalla de Las Piedras (1811).

Y ya que nombramos al señor Lamas, justo es que mencionemos su plana mayor. Lo secundaban en las tareas del culto, en calidad de tenientes curas, los padres Estrázulas y Chantres. Como oficiantes, actuaban los sacerdotes Suárez, Hocés,

Teodoro Silva y García, radicado en Melo, a quien debemos buena parte de esta información.

Buscando brasitas

Como por aquella época Montevideo sufría el asedio de la Guerra Grande, el carbón era artículo de



EN LA MATRIZ — «La Anita acompañada por la esclava»

Mora, Fernández, Ximénez, Mamerito, Manreza, Guatelli, Giraldo, Villanueva, Borraz, etc. Organista, Don Ciriaco Ortega. Cantores, don Pedro Mora y don Luis Silveira; y como acólitos, nuestros viejos conocidos y eficaces colaboradores de la primera parte de "Recuerdos y Crónicas de Antaño", el doctor don Domingo González y el muy simpático don Pancho Martínez. Figuraban asimismo en tal carácter, don Juan María Pérez, don Enrique Rey, don Ventura Silveira, don Manuel Martínez; don Lisario Nieto y Timoteo Silva Champagne, ascendiente éste último del escribano don

lujo, razón por la cual los acólitos, interrumpiendo sus cometidos frente al altar mayor, tenían que salir a escape hasta las casas de la vecindad con el incensario apagado en procura de las brasas de carbón de leña, que les proporcionaban las familias de Barreiro, Rejoi, Martínez, Ferreira, Tabolara, Piñeyro del Campo, Sagra y Champagne, ésta última que vivía en donde se levanta hoy el hotel Pirámides y que entonces era una casita edificada en el centro del solar, a la que daba acceso un portoncito practicado en un cerco de ladrillo sin revocar, sobre la calle Ituzaingó.

DE ABOLENGO PATRIOTICO

El doctor don Ildefonso García Lagos y su ascendencia. — Cuando la invasión inglesa. — El primer puerto artificial de la América del Sur— El Gobernador Elío frente al Virrey Liniers. — Cabildo abierto. — ¿Montevideo fué la chispa de la emancipación americana? — Don Doroteo en el Cerrito. — Frente a Oribe. — El proyecto de confiscaciones. — Carolina en lo del tirano Rosas. — “Oriental, habías de ser”!

El doctor don Ildefonso García Lagos

El doctor don Ildefonso García Lagos, fallecido en esta capital el 6 de Noviembre de 1919, a los 85 años de edad, ha sido una de las personalidades más distinguidas del Uruguay.

Abogado en 1861, fué Fiscal, Juez, Oficial Mayor y Ministro más tarde de la cartera de Relaciones Exteriores; diplomático en misiones de importancia ante gobiernos extranjeros. Prestó también muy señalados servicios a la Universidad, a la Academia de Jurisprudencia, a la Instrucción Pública como miembro de la Comisión que presidía el reformador don José P. Varela. Integró la Comisión que redactó el Código Penal; y la revisora del Código de Procedimiento Civil; fué miembro de la encargada de la construcción de la Cárcel Penitenciaria, y redactor del informe que aconsejó la adopción del sistema carcelario que la rige; Presidente del Congreso Sud Americano, realizado en Montevideo en 1888; abogado de alto prestigio, etc., etc., obtuvo, a la par que la estimación de sus compatriotas, consideraciones y honores de gobiernos extranjeros.

A su vasta preparación, unía don Ildefonso un trato afable y un fisi-

co atrayente. Era lo que puede decirse un verdadero gentleman.

Desengañado de la política, abandonó, joven aún, las filas del partido blanco al que perteneciera por tradición, por considerar que los dos bandos en que se encontraba dividida la familia oriental, constituían la rémora del país; — y fué así como, con todos sus entusiasmos, se alistó en aquel nuevo partido de concordia llamado “Constitucional”, que surgiera del talento y del patriotismo de Carlos María Ramírez, a quien secundaron en su acción otras personalidades de gran significación política y social.

Los ascendientes

Nuestro biografiado, hijo de don Doroteo García, que fué también Ministro en 1856, — diputado, fundador de colonias, entre otras de la Valdense, del Departamento de Colonia, formada por piamonteses de religión valdense, era hombre de independencia tal, que como lo demostraremos más adelante, hubo de pagar caro en determinada ocasión un altivo gesto a no mediar la oportuna y eficaz intervención de un amigo.

Don Doroteo era a su vez, hijo de don Ildefonso García, — gallego, — llegado a Montevideo en el último cuarto del siglo XVIII, quien matizaba sus ocupaciones de comerciante, con las entonces muy austeras funciones de cabildante, o bien empuñando la espada, como oficial de milicias, para defender el suelo de las invasiones inglesas.

El fundador en el Uruguay de la familia que nos ocupa, fué miembro destacado de la primera Comisión Directiva de la benemérita Sociedad Lancasteriana, de la cual nos hemos ocupado en el tomo I de “Recuerdos y Crónicas de Antaño” y de los primeros que abrieron renglón importante en el intercambio comer-

cial con otros países, dedicándose a la exportación de charque a La Habana, — negocio que tanta prosperidad alcanzó hasta que funcionaron en el país, los establecimientos frigoríficos.

Fué miembro, igualmente, de la Hermandad de Caridad, fundada por Maciel y del histórico y respetable Tribunal del Consulado.

Hecha así a grandes rasgos la genealogía de apellido tan distinguido y tan vinculado a obras de progreso en la República, destacaremos, algunos hechos y anécdotas, que ponen en transparencia la firmeza de las ideas y las iniciativas, que fueron características en personas de tal linaje.

Quando la invasión inglesa

Quando el ejército inglés se proponía asaltar a Montevideo, hecho acaecido el 3 de Febrero de 1807, el Gobernador de Montevideo, Ruiz Huidobro, aprestado valientemente para la defensa, pidió a las familias que se retirasen de la plaza, porque el asedio presentaría dolorosas perspectivas.

La esposa de don Ildefonso, doña Teresa Arguibel, muy próxima a ser madre, dejó a su esposo defendiendo la plaza en su carácter de oficial de milicias; y con otras familias se fué a hospedar a la Estancia "La Calera" de don Francisco Javier García de Zúñiga, en donde todavía se conserva en perfecto estado, el sólido edificio de paredes de piedra que fuera construido en la época del coloniaje.

La estancia que nos ocupa, ubicada en el Departamento de Florida y hoy propiedad de la sucesión de don Fidel García, tenía por verdadero nombre en aquel entonces, el de "Nuestra Señora de los Desamparados"; y estaba formada por "cuarenta leguas de campo" cuya propiedad era de pertenencia de los jesuitas, quienes alternaban las ceremonias propias de su religión, con las faenas ganaderas, la enseñanza de las primeras letras y la explotación de productos de grasería y calera.

Además de la capilla, los jesuitas tenían allí mismo, un "campo santo".

El 6 de Febrero de 1807, es decir, tres días después de haber caído

do la plaza de Montevideo en poder de los ingleses al mando de Auchmuty, allí, en "La Calera" nació don Doroteo, quien siempre decía en broma, que era inglés, porque a su nacimiento, dominaban los británicos.

El primer puerto de América

El mismo don Doroteo, cuando apenas contaba 27 años de edad, fué presidente de la Sociedad Canal y Dársena, constituida en el año 1835 con directorio y capitales nacionales, a fin de construir el puerto, que habría sido así, el primero de los artificiales de la América Latina.

Iniciados los trabajos en el "Cubo del Norte", (donde termina la calle Ciudadela), hubieron de paralizarse, al estallar la Guerra Grande para no reiniciarse más.

El gobernador Elío frente al virrey Liniers

Quando Buenos Aires estaba regida por el virrey Liniers, francés de nacionalidad, pero español de corazón, los montevidéanos expresaron su descontento por tal circunstancia; — y fué entonces que aquel comisionó al capitán de navío don Juan Angel Michelena, para que aprehendiera y remitiera a Buenos Aires al Gobernador Elío, sindicado como inspirador del movimiento opositorista, — debiendo quedar el enviado en sustitución del requerido.

Planteada la cuestión entre las autoridades de Buenos Aires y Montevideo, el pueblo de ésta, en abierta rebelión y con el apoyo de los jefes militares, previnieron al enviado del virrey, que no contase con sus protecciones. Ello no obstante, Michelena sorprendió al Cabildo en una sesión celebrada a las 9 de la noche y se hizo reconocer como gobernador.

Pero, el pueblo, prevenido de lo que ocurría, después de vitorear a Elío en el Fuerte, se presentó en la Plaza Mayor en medio de gritos de amenazas contra Liniers y Michelena, llegando en sus exteriorizaciones de protestas, hasta golpear las puertas y ventanas de la "Casa de la Ciudad".

Cabildo abierto

Tan enérgica cuan decidida actitud de la población, confortó el ánimo de los capitulares, quienes concedieron para el día siguiente, la celebración de un cabildo abierto, noticia que fué acogida con grandes muestras de júbilo por los manifestantes.



Don Doroteo García, padre del señor García Lagos y abuelo de los García Acevedo

Michelena, impuesto así de su impopularidad y del fracaso de su misión, salió de la ciudad en la madrugada de esa misma noche.

El pueblo, invitado a que designase sus diputados que lo representarían en el Cabildo abierto, que presidió el propio Elío, eligió a los siguientes, entre los que se contaba a don Ildefonso.

Juan Francisco García de Zúñiga, doctor don José Manuel Pérez Castellanos, fray Francisco Javier Carvallo, doctor Mateo Magariños, don Joaquín de Chopitea, don Manuel Diago, don Ildefonso García,

don Jaime Illa, don Cristóbal Salvañach, don José Antonio Zubillaga, don Mateo Gallego, don José Cardoso, don Antonio Pereira, don Antonio de San Vicente, don Rafael Fernández, don Juan Ignacio Martínez, don Miguel Antonio Vilardebó, don Juan Miguel de la Serna y don Miguel Costa Tejedor. "todos vecinos antiguos de esta ciudad, notoriamente acaudalados, del mejor crédito y concepto, de los cuales la mayor parte han obtenido en esta ciudad cargos de la República". En dicho acto, en que se oyó la opinión de los asesores doctores Elías y Obes, resolvióse por unanimidad "obedecer pero no cumplir" las órdenes de Liniers; y que la propia asamblea quedara constituida en "Junta de Gobierno", al igual de las creadas en España, para gobernar a nombre de Fernando VII. — dentro, naturalmente de la jurisdicción de Montevideo.

¿Montevideo fué la chispa de la emancipación americana?

Casi dos años antes de estallar la revolución de Mayo en Buenos Aires, Montevideo fué, pues, según lo ha expresado el propio Mitre al ocuparse de estos sucesos, el primer teatro en que se exhibieron en el Río de la Plata, (en la América Española, podría decirse), las dos grandes escenas democráticas que constituyen el drama revolucionario: el Cabildo abierto y la instalación de un Junta de Gobierno propio, nombrada popularmente.

Enérgica lección de moderación y respeto...

El fallecimiento de la señora Teresa Arguibel de García, digna compañera de don Ildefonso García, ocurrido en esta capital el 20 de Enero de 1836, — dió lugar a que el diario "El Independiente" del 22 del mismo mes y año, cuya colección se guarda en la Biblioteca Nacional, hiciese los siguientes comentarios para narrar un entredicho ocurrido entre el cura que había oficiado la ceremonia religiosa y el encargado de las pompas fúnebres.

Decía así el cronista:

".... se enterró el cadáver de doña Teresa Arguibel, respetable y "antigua vecina del Estado. Sus

“hijos, (don Doroteo y don José María García y Arguibel), para consultar la mayor decencia posible mandaron a la iglesia, un cajón con ciento treinta velas grandes y nuevas para que sirvieran en los pocos momentos que dura el oficio de difuntos. Después de la conclusión de éste, el encargado recogió las velas y volvió a colocarlas en el cajón en que habían ido, mas no bien había concluido la operación, se apersonó el cura reclamando la entrega de veinte velas, lo que dió lugar a una controversia dirimida por el cura, que, terciándose la capa, empezó a sacar y sacó las veinte velas que se propuso tomar, dando así una enérgica lección de moderación y respeto a la propiedad ajena.”

Don Doroteo en el Cerrito

Producida la Guerra Grande, don Doroteo García, que, como ya lo hemos dicho era de filiación blanca, hubo de emigrar a Buenos Aires, de donde venía periódicamente al campamento de Oribe, con el fin de atender la explotación de su chacra en Toledo y asistir a las sesiones de la Asamblea Legislativa de los sitiadores de la plaza, cuyas deliberaciones tenían por sede la capilla de doña Mauricia, ubicada a la altura de donde es hoy Avenida 8 de Octubre y Larrañaga.

De mal presagio

Cuando Oribe hablaba a sus allegados del proyecto de confiscaciones de bienes de sus adversarios, que más tarde se puso en práctica, dijo a aquél, cierto día don Doroteo, en el Cuartel General.

—Ese proyecto de confiscaciones que usted pretende hacer sancionar, — general. — es un gravísimo error político. Por lo tanto, yo le negaré mi voto.

Oribe, un tanto sorprendido por tan levantada actitud y acostumbrado por otra parte a hacerse obedecer sin la menor réplica, mirando a su impugnador con ojos centelleantes por la ira, contestó secamente:

—Muy bien; proceda como mejor le parezca.

Antes de proseguir con el relato de esta narración y para mejor destacar el valor del señor García, conviene decir que pocos días antes, por asumir actitud análoga en otro caso dentro del campo sitiador, el doctor don Eduardo Acevedo fué víctima de una asonada.

Y llegó el día en que debía tratarse el proyecto de confiscaciones. Desde muy temprano, una barra hostil a don Doroteo García, llenaba el local en donde tendrían lugar las deliberaciones.

Don Doroteo García, pronunció en tal ocasión un brillante discurso, contrario a las confiscaciones, no obstante las amenazas que le profirían los elementos de la barra, pretendiendo así intimidarle e interrumpir su valiente prédica.

Tan grande era la animadversión que en aquellos momentos se sentía hacia don Doroteo, que allí mismo habría sido agredido tal vez, si el coronel don Ramón Artagaveytia, gran amigo de García, simulando estar poseído igualmente de gran indignación y diciendo que él lo reclamaba para aplicarle el castigo a que se había hecho merecedor, — no lo quita de aquel ambiente, conduciéndolo por caminos extraviados hasta Puerto del Sauce, en donde pudo embarcarlo para que retornase a Buenos Aires.

¡“Oriental! habías de ser”!

A Carolina, — hermana del doctor don Ildefonso, e hija por lo tanto de don Doroteo, — tocó la suerte de tener que emigrar con los suyos a Buenos Aires, a poco de haber estallado la Guerra Grande.

Doña Carolina García Lagos, que con el correr de los años habría de ser estrella de primera magnitud en los más aristocráticos salones de ambos márgenes del Plata, por su belleza, por su intelectualidad y por su exquisito espíritu de sociabilidad, unía a tan apreciables dotes, una bien timbrada voz de soprano, que la hacían indispensable en todas las fiestas que se organizaran.

Encontrándose en Buenos Aires en las condiciones que ya hemos dicho, fué invitada por Manuelita, la bondadosa hija del tirano Rosas, a dar un paseo en carruaje por la

ciudad, con cuya familia estaba emparentada la de García; don Doroteo era primo de la esposa de Rosas.

Realizado el paseo, Manuelita y Carolina se encaminaron hacia la casa de la primera, en Santos Lugares; — y cuando llegaron al salón de recepciones de don Juan Manuel de Rosas, — tan afecto éste a que se le rindiese cumplida pleitesía, — el local se encontraba repleto de damas.

Momentos después el tirano argentino hacía su aparición en la sala, circunstancia que dió lugar a que todas las damas allí presentes, como movidas por un resorte, se pusieran de pie y se inclinaran reverentes ante aquel hombre, por así imponerlo severamente el "protocolo federal". Extrañado ante la presencia de Carolina, de 10 años de

edad, a quien veía por primera vez, preguntó a Manuelita.

—¿Quién es esta niña?

—Carolinita, la hija de tío Doroteo, — tatita.

Don Juan Manuel, sonriente, hizo a su joven parienta algunos cariños; — y luego, como quien dispensa altísimo favor, levantó el dorso de una de sus manos a la altura de la boca de la niña, para que ésta se la besara. Pero, Carolina, mirando un tanto sorprendida al tirano, permaneció impassible.

Rosas, mitad enojado y mitad risueño, dándose acabada cuenta con su aguda perspicacia de las ideas que bullían dentro de aquella cabecita rebelde, dió suavemente con el índice de su diestra en la mejilla de la niña, exclamando:

—¡Qué copete!.... "¡Oriental!" habías de ser!...."

LA CABEZA DE UN FRANCES

Episodios de la Guerra Grande —
Efectos de una arenga de Pacheco y Obes — En el café Honoré — El Portón del Centro — La batería de La Lavandera — El Cuartel de los Lombardos.

Hablando de cosas de Montevideo antiguo y muy especialmente de episodios de la Guerra Grande, con don Pablo A. Dugrós, nos dijo este viejo amigo, contestando a una pregunta que le hicieramos, que el episodio que más lo había impresionado en aquellos tristes días, fué cuando vió por primera vez en su vida, una cabeza humana separada del resto del cuerpo.

Esa cabeza, — nos dijo, — correspondió a un francés, joven de bigote rubio y de unos treinta y cinco años de edad, más o menos, que había sido ultimado y degollado al principio del asedio de la plaza, por las fuerzas del ejército de Oribe, en las inmediaciones del Paso del Molino.

Montevideo, falto de todo, y muy especialmente de hombres destinados a su defensa, luchó, con no po-

cas dificultades para llenar los claros por los cuales pudieran hacer irrupción los invasores. Los nativos eran insuficientes para atender la entonces dilatada línea y repeler las cargas que frecuentemente les llevaba la gente del Cerrito.

El entonces coronel don Melchor Pacheco y Obes, militar valiente y pundonoroso, y dotado de una vastísima preparación intelectual, era a la vez que táctico hábil en el arte guerrero, elocuentísimo tribuno.

Sus discursos ya en español como en francés, idioma éste que poseía a la perfección, entusiasmaban a las masas, no solamente por lo elocuentes, sino que también por la vehemencia con que eran pronunciados. Y esta facultad fué precisamente factor esencial para que la colonia francesa radicada en Montevideo, abrazase con entusiasmo la causa de la Defensa.

Cuando se produjo el suceso antes relatado, Pacheco y Obes, tomando la cabeza del degollado por los cabellos, espetó un vibrante discurso a sus oyentes, particularmen-

al elemento extranjero y en manera muy especial a los franceses, a quienes habló en su propio idioma del crimen que se había perpetrado en la persona de aquel paisano;—y que igual suerte correrían ellos mismos, si no se aprestaban para la defensa.

De allí surgió la Legión Francesa al mando de don Juan Crisóstomo Thiebaut.

La cabeza, debidamente embalsamada, fué colocada dentro de una redoma sobre una repisa y exhibida al público durante toda la Guerra Grande, en el "Café de Honor", en la pieza que ocupaba la mesa del billar.

El comercio a que nos hemos re-

ferido abarcaba el área en donde actualmente se levanta el Teatro 18 de Julio, paraje que quedaba muy próximo al "Portón del Centro" practicado en 18 de Julio y Yaguarón.

En donde funciona la casa de Sport de la calle Yaguarón entre las de 18 de Julio y San José, estaba instalada la batería de "La Lavandera", especie de cuartel que se levantaba en medio de un descampado y que también sirvió de sede del Batallón de los Lombardos, de cuya sublevación nos hemos ocupado ya en la primera parte de "Recuerdos y Crónicas de Antaño".

AL MARGEN DE LA INVASION INGLESA

El oficial Jiménez de Aréchaga. —

La ciencia quirúrgica de entonces. — La vuelta del prisionero. — Hablando inglés. — Profesor de ese idioma. — Las beatas se escandalizan.

En el asalto y toma de Montevideo llevado a cabo por los ingleses al mando del general Auchmuty el 2 de Febrero de 1807, cupo la mala suerte de caer gravemente herido de un balazo en la boca a un oficial español, don Juan Bautista Jiménez de Aréchaga, abuelo del ilustre juriconsulto doctor don Justo Jiménez de Aréchaga y bisabuelo del actual senador por el departamento de Flores que lleva el mismo nombre y apellido.

Después de la desgraciada acción de "Cardal" y de haber sufrido la plaza estoicamente, catorce días de asedio con su séquito de intensos bombardeos, en cuya defensa tomaron parte todos los vecinos hábiles para empuñar las armas, — el Gobernador Ruiz Huidobro, conjuntamente con medio centenar de oficiales y seiscientos soldados vencidos en la desigual contienda, fueron enviados a Inglaterra en calidad de prisioneros. Entre ellos se encontraba también el oficial Aréchaga.

Así que pudo, el exregado militar regresó a Montevideo, en donde

formó respetado hogar; pero la bala que recibiera durante la defen-



sa de la plaza, dejó en su rostro indeleble huella.

La cirugía inglesa, bastante adelantada, en aquella época, dotó al prisionero de un paladar, parte de la mandíbula, y dientes de plata, detalle éste que causó no poca admiración y novelería entre el muy tranquilo vecindario del entonces villorio montevidéano.

Y tan bien se hizo la reposición del paladar, que Aréchaga, persona de inteligencia despejada, retornó a estos lares hablando correctamente el inglés; y tan buena habrá sido su pronunciación que enseñó a hablar a las mil maravillas, — por buena amistad hacia su paisano don Ildefonso, — a don Doroteo García, entonces niño y de quien nos hemos ocupado en otro capítulo, la lengua de Shakespear; y no sin que protestasen por ello, todas las viejas beatas que, santiguándose, califica-

ban tal enseñanza de sacrilegio, porque, aparte de corresponder a una nacionalidad enemiga de la española y madre del protestantismo, era considerado ese idioma en aquella época en que las ideas religiosas estaban tan profundamente arraigadas en los cerebros de la casi totalidad de los habitantes de esta región, como una verdadera herejía.

Don Doroteo García, desde su más tierna infancia, tesorero, y que como ya lo hemos dicho, había nacido durante la breve dominación británica, aprendió con toda propiedad y con no poca satisfacción de su improvisado profesor, el idioma inglés, lengua que siguió cultivando con todos sus entusiasmos, por el resto de sus días y que ha seguido siendo de la predilección de su vasta descendencia.

MOSAICO NOTICIOSO

El descanso dominical — Los toques de "oración" y de "quedá" — La bendición tatita — La vida en las aceras — Las comilonas — Devolviendo lo prestado — A saltos, como el chingolo — Higienizando el cuerpo — La Aguada.

DESCANSO DOMINICAL

La ya de por sí monótona vida de la época del coloniaje, era interrumpida los días domingo, con el descanso que se imponía todo el mundo. Todos los comercios, excepción hecha de los pequeños negocios y especialmente de los destinados al expendio de bebidas, se cerraban desde las primeras horas de la mañana, hasta las primeras de la noche, con el fin de que los empleados y la gente de servicio, pudieran disponer de unas cuantas horas de esparcimiento.

Los principales almacenes y tiendas recibían las visitas de los vecinos mas conspicuos del barrio en las horas de la noche, charlándose allí de política y haciéndose también un poco de chismografía de la sociabilidad local.

silencio, de sosiego, que se daba a las 9 de la noche.

En las noches de estío, las reuniones tenían lugar a lo largo del cordón de la acera, en donde se colocaba la hilería de sillas, para no estorbar así, el no muy abundante tráfico de peatones.

LOS TOQUES DE "ORACION" Y DE "QUEDA"

Muchos detalles de la vida se regulaban por los toques del campanario de la Iglesia. En vez de decirse, por ejemplo, "para tal hora", se decía para "el toque de oración" o "el de quedá". El primero, de significación puramente religiosa, era oído con supersticioso respeto por la población, y tanto, que la costumbre impuso que cuando las irradiaciones de los plañideros sonidos del toque de oración fueran percibidos, la gente se arrodillara en donde quiera que estuviese, ya fuera en plena calle o estando de visita en una sala, para rezar así, mientras tañeran las campanas, padre nuestros y ave marías.

El último "toque" que oían nuestros mayores era el igualmente muy respetado de "quedá", — de orden civil. — también llamado de "cubre fuegos", indicación de quietud, de

A esta hora, los vecinos echaban cerrojos y volcaban las tranecas de sus puertas de calle, y nadie salía, sino en caso de imperiosa necesidad.

... LA BENDICION, TATITA.

El sentimiento religioso estaba tan arraigado en aquella época, que en todas las casas, tanto las personas de la familia como las de la servidumbre, se congregaban en la sala o en otra de las habitaciones, para rezar el rosario, cuya dirección estaba siempre a cargo del dueño de casa. Y nadie escapaba a esta ceremonia, ni aún los huéspedes. Al sentarse a la mesa, tanto para almorzar como para cenar, era costumbre también, que se rezaran breves oraciones.

Los hijos, tanto los mayores como los menores, jamás iban a acostarse sin recibir de sus padres la correspondiente bendición. Poniéndose de rodillas a los pies de los autores de sus días, demandaban con aire contrito y juntando las manos en actitud de súplica:

“La bendición, tatita!”... “La bendición, mama...”

—Que Dios lo haga un santo, mi hijo.

Y lo mismo sucedía al levantarse.

En viaje realizado no ha mucho a la Asunción del Paraguay, pudo comprobar el que estas líneas escribe, como así también su compañero de viaje, el doctor Paiva, que allí impera todavía esta tradicional costumbre, entre la gente del pueblo.

En efecto: A la altura de la Recoleta y en circunstancias en que hablaba con una mujer humilde, vendedora de frutas, mandiocas y cigarrillos de hoja, se aproximó a ésta un hombre joven, como de veintidos años, quien inclinándose, pero sin llegar a arrodillarse por completo, hablóle en guaraní con profundo respeto. La mujer, extendiendo sus manos sobre la cabeza del mozo, habló también breves palabras en el mismo idioma.

Intrigado ante este espectáculo, que llegó a picar vivamente mi curiosidad, pregunté poco después sobre el particular, a un colega asunceno que nos acompañaba.

—¿Qué significa la ceremonia que acabamos de presenciar?

—Es el hijo que desde ayer no va a la madre y que le pedía su bendición. Aquí, esa vieja costumbre está todavía muy arraigada entre la

gente de pueblo,—terminó diciéndonos nuestro amable cicerone.

La copia que insertamos a continuación, da idea de como se vivía, en lo que a religión se refiere, por aquellos días:

“ Por la mañana, a la misa

“ Y por la tarde, al sermón.

“ Y a rezar las letanías

“ Al toque de la oración. ”

LA VIDA EN LAS ACERAS

Cuando esta muy fiel y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago no gozaba todavía de la mejora edilicia de la pavimentación pebreña, era costumbre entre los propietarios de las fincas que, en defensa de éstas se enterasen al borde de las veredas, — generalmente de tierra o de ladrillos, — grandes postes de madera dura, a distancia entre sí, de metro a metro y medio, — con el fin de evitar que los vehículos, por escapar del pantano de la calzada, hicieran irrupción por la acera, con evidente peligro para la integridad de la casa y muy especialmente de las “rejas voladas”, que en sus afanes de “curiosear” mejor, estrechaban aún más, las ya de por sí, angostas veredas.

Por aquellos días, era corriente que las mujeres sacaran los braseros a las veredas y que allí también prepararan las comidas, lo mismo que, después de la siesta, y a la sombra protectora de los aleros de las casas, la mayoría de techos de teja, se tomase el mate en mangas de camisa atando la visita a su caballo, bien de una reja o bien a uno de los postes.

LAS COMILONAS

Como ya lo hemos dicho en capítulos anteriores, la gente de antaño era excesivamente religiosa; pero ello no quiere decir que dejase de cometer un pecado “mortal”... ya que una indigestión podría en cargarse de pedir cuentas al pecador. Nos referimos al “pecado” de la gula.

Los días de los cumpleaños de los dueños de casa eran festejados entusiastamente, constituyendo el programa principal de la fiesta, una opípara comida a base de platos genuinamente criollos.

Como la batería de cocina y la vajilla de comedor no abundaban en las casas, por entonces, era cosa corriente que se recurriese al auxilio de los vecinos, infaltables invitados a estas festividades y que aportaban con iguales entusiasmos que los anfitriones para el mayor lucimiento de la comilona, no solamente su trabajo personal en los manipuleos culinarios, sino que también gran provisión de fuentes, platos, ollas, sartenes, cubiertos, pocillos, copas, etc., etc.

Por entonces, que no se había importado todavía la moda del menú en tartulina y que a todos los platos se les llamaba castellanamente por su verdadero nombre sin "apellido", como se estilaba ahora al decir, por ejemplo, refiriéndose a la sopa, "soupe Julienne",—ella iniciaba siempre el ágape, servida en hondos platos de porcelana blanca, "espesita", ya fuera de arroz, de fideos o de pan, a la cual solía agregársele mayores propiedades nutritivas, con huevos "cálidos" o "estrellados", a razón de "uno por barba".

Luego de la sopa, aparecían las enormes fuentes conteniendo el veterano puchero, que para las grandes ocasiones y por los productos que lo integraban, se presentaba con la denominación de "olla podrida", a base de "pecho" o de "cola", con varias gallinas, tocino, arroz, garbanzos, chorizos de Extremadura y criollos, morcillas, papas, zapallos, cebollas, repollos, romero, laurel y cuanto yuyo aromático pudiera venir a mano.

A veces, este plato solía ser presentado conjuntamente con otra fuente de "pirón".

Seguían después el estofado, aderezado con pasitas de uva; el "quibebé", así llamado al zapallo hervido y deshecho con huevos; la "carbonada", sabroso guiso de arroz y carne picada, también llamado "rendimiento"; las grandes fuentes de pastel relleno con presas de pollos o gallinas gordas y tiernas, huevos duros, aceitunas, pasas de uva, picadillo de carne, cebollas, etc., etc.; las "humitas" a base de granitos de maíz y envueltas en chala, que los hoteleros anuncian hoy en sus menús con nombre extranjero. El pavo, que venía a resultar el "clou"

de la fiesta, cebado a base de nueces enteras que a la fuerza se le hacía englutir diariamente y desde un mes antes a la pobre víctima, era traído a la mesa, reluciente e hinchado, a fuerza de contener en su vientre, el relleno de pan con leche, castañas, huevos, verduras, etc., etc.

Entre plato y plato el vino "Carlón", único que se gastaba para la mesa, contribuía a que los espíritus se fueran alegrando aún más, por momentos.

Como postres, se servían a los comensales, pastelitos de natilla o con dulce de membrillo, arroz con leche que ostentaba en su parte superior canela en polvo, o, en su defecto, lazquitas de azúcar quemada; estas golosinas solían ser rociadas con vinos Jerez u Oporto.

Como parte final del banquete, se servía café o té, ya en pocillos o ya en mates, a gusto del consumidor.

El champagne era artículo poco menos que desconocido.

Y afuera, en el gran patio, en el fondo y en la calle, los chicos quemaban cohetes de la India...

Cuando llegaba el momento de castar los vinos generosos, nuestros mayores, muy afectos a la poesía, se despachaban con brindis del siguiente tenor:

Aquí le traigo este brindis
con muy hermosos matices
Y un letrero que dice
"Que los cumpla muy felices".

O bien, el de un gracioso, gran amigo del festejado:

Le presento aquí este brindis
Recogido del palenque,
A ver si puedo juntar
Su lomo con mi rebenque.

Todas las declamaciones se recibían siempre con grandes manifestaciones de algazara; y era tal la alegría que dominaba el espíritu de los comensales, que se hacía brindar también a la negra esclava más "bozalona", quien, con gran mímica, esperaba al patroncito el discurso de todos los años.

DEVOLVIENDO LO PRESTADO

Al otro día, la dueña de casa devolvía a sus vecinos los administrados prestados, con algún postrecito o

manjar que había escapado de la "quemá", siendo portadora del envío, la morena mas ladina, quien desempeñaba su misión, con la siguiente retahíla, dicha sin respirar:

—Aquí le mandá mi amita y dice que como se encuentra vuesa mercé, el señor, los niños y las niñas; y que mucho siente haberla incomodado; y que aquí le devuelve lo que le había prestado, con ese postrecito que no le ha salido muy bien para que lo coma vuesa merce con el patroncito y con los niños y las niñas. Y que luego la espera a la hora del mate...

A SALTOS, COMO EL CHINGOLO

El Invierno, ofrecía a los peatones, no pocos trastornos y la oportunidad, a la vez, de que pudieran poner en evidencia sus buenas o malas condiciones de equilibristas y saltarines.

El pasaje por las boca-calles, muchas de las cuales se convertían en verdaderos lodazales, ponía a prueba las cualidades gimnásticas de quienes tuvieran que cruzarlas.

Muchos vecinos y en manera particular el comerciante de la esquina, ponían un ladrillo aquí y una tabla más allá, a guisa de pasarela, para que los transeúntes a fuerza de saltos pudieran salvar la calzada embarrándose los botines lo menos posible. — es verdad, — pero exponiendo a aquellos, en cambio, a que pudieran dar formidables costaldas, por la inseguridad de los basamentos y las distancias que los separaban.

HIGIENIZANDO EL CUERPO

A nuestros mayores, ese detalle elemental de la vida que se llama higiene, no fué cosa que les preocupara mayormente.

Las casas se construían sobre amplios terrenos, con paredes que, por su espesor eran dignas de resguardar a una fortaleza y con espaciosísimas piezas con pisos de baldosas o de ladrillos.

En los patios, que por sus dimensiones parecían plazas, aparte del infaltable parral con que contaban, lucían también sus frondosidades en bochornosos connubios, el cedrón con la ruda, la menta con el alelí, la malva con el clavel, el rosal con la madreleña, etc., etc., plantas

que formando el jardín criollo, circundaban en amplísimo radio el brocal del aljibe, hasta el cual se llegaba por senditas enarenadas, cuya delineación dejaba mucho que desear.

El cuarto de baño era una dependencia absolutamente desconocida; y el hoy llamado waterclo, antes denominado con tres cifras, levantaba su misérrima construcción, allá sobre la línea divisoria del fondo, al lado del gallinero y de las caballerizas.

Con lo dicho, queda establecido que los baños no podrían darse muy frecuentemente en Verano; y que en Invierno ellos quedaban proscriptos en forma absoluta.

Cuando llegaba el día de higienizar los cuerpos, se colocaba en la caballeriza o en el galponcito lindero, de los cachibaches, una bordalesa a la que se le quitaba una de las tapas; siendo los esclavos los encargados de transportar hasta allí el agua que extraían del aljibe y que vaciaban hasta ocupar la mitad del casco.

Después de la siesta y luego que se hubieran bañado los padres, correspondía por orden de edades a los hijos, el turno de la inmersión, que, casi, casi, resultaba para la familia un verdadero acontecimiento...

El agua, servía después para regar las plantas del jardín; y aún sobraba todavía para aplacar el polvo de la calle, hasta donde era transportada en grandes latones y "desparramada" con las palmas de las manos.

LA AGUADA

La Aguada, — propiamente dicho, — comprendía en la época que así fué denominada y que no era otra que la del colonaje, el radio de playa que abarcaban las dos líneas que forman hoy las calles Agraciada y Yaguarón, area que en aquellos tiempos la cubrían grandes arenales, en los cuales solo bastaba practicar pozos de algunos centímetros de profundidad, solamente, para que manase de ellos agua dulce.

Los buques que nos visitaban, todos veleros, hacían sus provisiones del líquido elemento en esos pozos, para cuyo fin se trasladaban algunos de sus tripulantes en botes has-

ta aquellas inmediaciones, con una buena cantidad de pipas y cuarteron-las vacías.

Esta circunstancia dió lugar a que cuando tenía que designarse el

paraje, para hacerlo de manera mas precisa, se le llamase "La Aguada", nombre con el cual pasó a la posteridad como así también sus lugares inmediatos.

FESTEJOS POPULARES 40 AÑOS ATRAS

Breve disquisición — Aeronauta que desaparece. — Las iluminaciones a gas. — Ascensión en el Prado. — El capitán Martínez. — El Payaso y "La Cotorrita Liberal". — Los alrededores de la Plaza Cagancha. — ¡La torre se cae! — Una asonada. — ¿Quién tiró la primera piedra?

Alguna que otra vez figuraron en programas de fiestas patrias que se celebraban treinta y cinco o cuarenta años atrás, números novedosos, tales com los de ascensiones en globo, para cuyo fin se instalaban en la Plaza, — lugar de lo festejos. — las hornallas — a fuerza de fuego debían proporcionar el aire caliente para llenar el voluminoso vientre de la mongolfiera. Esta se elevaba más tarde con su piloto, titulado siempre "Capitán", sentado en un trapezio, vestido mitad de acróbata y mitad de oficial, ostentando en su pecho una constelación de medallas, y despidiéndose siempre del público, al elevarse, con besos que profligaba a diestra y siniestra.

Aeronauta que desaparece

Durante el gobierno del coronel don Lorenzo Latorre, un francés— Baraille, de apellido, — perdió su vida en una de estas ascensiones. Remontando el vuelo en la Plaza Independencia, en donde fuera ovacionado a su partida por el pueblo allí congregado, al llegar a cierta altura, las condiciones atmosféricas completamente opuestas a las que se hacían sentir en tierra, hicieron variar la ruta del globo, empujándolo hacia el estuario, en donde, con toda seguridad, habrá perecido ahogado el arriesgado aeronauta,

de quien no quedó otra cosa que el recuerdo.

Aparte de las carreras de sortijas y de emboisados y de los juegos del palo enjabonado, rompe-cabezas, la sartén, piñata, etc., etc., en más de una ocasión, en esas grandes festividades, se dieron números sensacionales, como indiscutiblemente lo constituía el del niño Rosso o Rossi, equilibrista, que hacía su recorrido aéreo sobre una maroma, auxiliado por larga pértiga para el "contrabalanceo". Desde los altos del Hotel Peninsular, de don Salvador Ginesta (Sarandí y Juncal) hasta el centro de la Plaza Independencia.

Las iluminaciones a gas

Esta clase de festejos, posteriores a los que hemos relatado en la primera parte de "Recuerdos y Crónicas de Antaño", tenían como digno coronamiento, las iluminaciones a gas, cuyos arcos con pantallas blancas y azules, cruzaban de acera a acera y a cuatro o cinco metros de altura.

La encendida de estas iluminaciones la hacían individuos provistos de largas cañas, en cuya punta brillaba siempre el mechero encendido, — para reparar las travesuras de las ráfagas de viento, que de un solo soplo, solían despacharse, por vez, la luminosidad de todo un arco.

Los edificios con frente a la Plaza Independencia, se iluminaban con farolitos de papel, a vela, llamándose a esto, iluminación a la Venezolana; y dentro del perímetro de la misma plaza se quemaban fuegos artificiales.

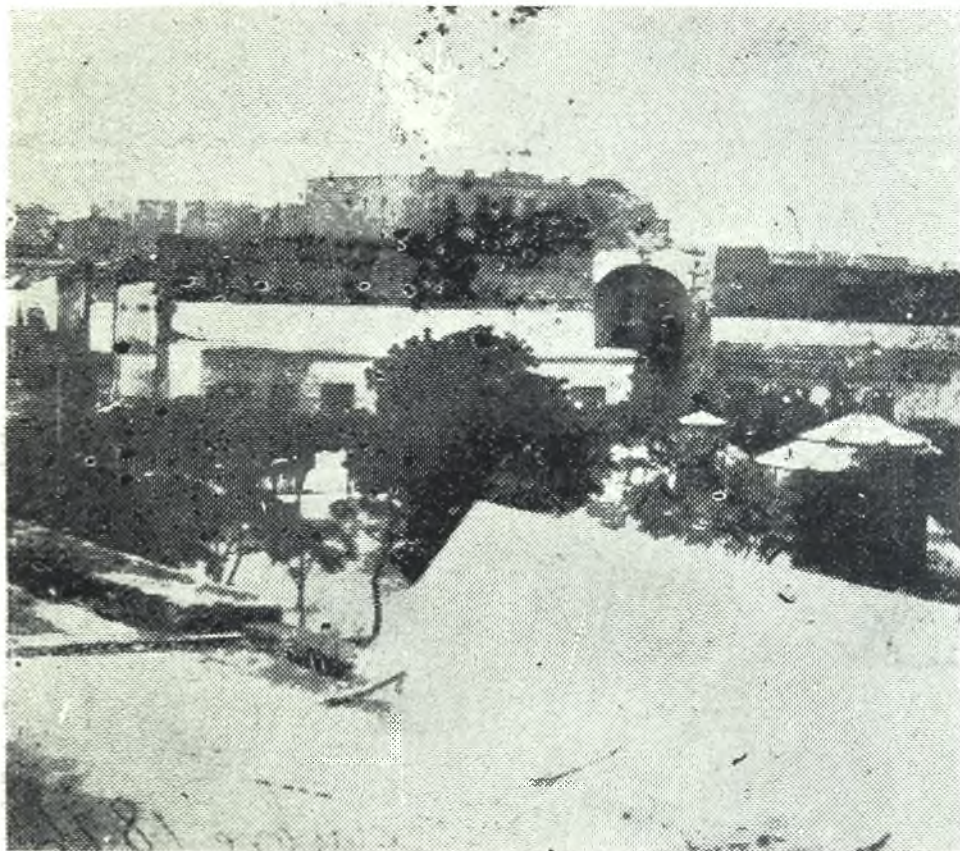
El aeronauta Capitán Martínez

El 25 de Julio de 1886, un español que se hacía llamar "Capitán

Martínez", propietario de dos globos, el "Cid Campeador" y el "Perla de Castilla", remontó con felicidad, tripulando el primero de los esféricos nombrados, en el "Prado Oriental", que así se llamaba entonces nuestro aristocrático paseo, dando la ascensión unos diez minutos.

punto de arranque la Plaza Cagancha.

Los "muchachos" de aquella época tienen que recordar a "El Payaso" — Francisco Correr — caudillo de canillitas, el primero que, auxiliando a la justicia, penetró al local, por la banderola de la puerta de calle, en donde fuera asesinado



Centro detalle de la Plaza Independencia tomado desde la ciudadela

El "Capitán Martínez" y su aerostato, aterrizaron, con toda felicidad, a inmediaciones del Paso de Casavalle, allá por el Cerrito de la Victoria.

Días después, — el 1.º de Agosto — desde el mismo lugar y con igual resultado, realizó su segunda ascensión.

El Payaso y "La Cotorrita Liberal"

Al programarse los números de los festejos a realizarse el 25 de Agosto, para conmemorar la fecha patria, el del Capitán Martínez era el de mayor atracción. El aeronauta anunció su tercera ascensión en el "Perla de Castilla", dando como

Bentancor, por Carbajal, y que, en sus últimos años de vida, fué director, administrador y jefe de venta del inquietante periódico "La Cotorrita Liberal", que revolvía los días amorosos de cuanto conventillo había en Montevideo.

"El Payaso", en carta abierta después de tocar la tambora al aeronauta, terminaba pidiéndole un lugarcito en el trapecio para el viaje aéreo.

Pero el número de atracción no pudo realizarse, porque el globo, en su intento de elevación, sufrió algunos desperfectos, transfiriéndose, por tal motivo, la fecha, para el 29

del mismo mes, que caía en domingo.

Antes de pasar adelante, conviene detallar, a brocha gorda siquiera, cómo eran la plaza y sus alrededores. Aquella no contaba con el embolado que hoy la embellece, y en su parte norte, la ornamentaba una fuente.

Los alrededores de la

Plaza Cagancha

En donde hoy se levanta el palacio de Jackson, funcionaba el Circo San Martín, — de gratos recuerdos, — en una vasta construcción de madera y zinc, que sirviera de modelo para el primer "Politeama", levantado en Paraguay (entonces Queguay) y Colonia, que fué presa de las llamas años después, como ocurrió también con el segundo Politeama, que le sucediera.

El área que ocupa el palacio de "La Mutua", servía de asiento a un barracón que alojaba a la "Escolta del Gobierno" o "Presidencial". En vez del palacio de Golorons, estaba la barraca de Ossola, con los muros exteriores bajos y sin revocar, sobre los cuales solían colocarse caños de barro cocido, como muestras. Un terreno baldío, cercado en igualdad de condiciones que el solar anteriormente descrito, sirvió más tarde para que se levantara el edificio del Ateneo. Y, finalmente, una modestísima casa baja, en la que funcionaba un comercio en el ramo de almacén, — si mal no recordamos, — ocupaba el área que hoy sirve de asiento al hermoso palacio de don Francisco Piria.

El 25 de Agosto de 1886

El día, que amaneció hermoso, radiante, hacía presagiar un nuevo éxito para el Capitán Martínez, quien había desoído la súplica de "Payaso".

Llegada la hora para la ascensión, se dió fuego al hogar que debía proporcionar aire caliente al globo, que en múltiples afanes por inflarse, no alcanzaba a almacenar todo el "gas" que requería su capacidad. De pronto, aparecieron en la parte superior de la tela, que dicho sea entre paréntesis, ostentaba innumerables remiendos, algunos puntos negros, que a poco se convirtieron en tantas chimeneas por las

cuales escapaba en abundancia el humo.

El globo, languideciente, se escarriaba, mientras que la impaciencia del público se inflaba a fuerza de esperar, a la vez que una brisa del Sureste, empezaba a hacerse sentir.

Martínez, mientras tanto, en traje de carácter, simulaba, — o trataba de reparar en realidad, — las averías de su mongolfiera; y los espectadores empezaron, primeramente por silbarle, después por arrojarle alguna que otra piedrita, luego otras mayores y, por último, hasta las naranjas que se quitaban de las canastas de los incautos vendedores ambulantes.

La torre se cae

En el centro de la plaza, al lado de la estatua de la Libertad y con frente a 18; hacia afuera — se habían levantado dos torres de fierro, en forma de trípode — y de unos veinte metros de altura, más o menos, — erigidas con el fin de que para las fiestas del 25 de Agosto iluminándolas a luz eléctrica, — sistema de alumbrado inaugurado dos años antes, siendo así que Montevideo fué la primer ciudad de Sud América que gozó de tal sistema de alumbrado, — constituyese otro de los números del programa de festejos.

De pronto, un "papanatas" de esos que nunca faltan en las grandes aglomeraciones, con la boca abierta, mirando hacia el cielo, abrazado a uno de los fierros de la torre, fué víctima de una explicable ilusión óptica y grito aterrado al ver las nubes blancas, que, cual copos de algodón cruzaban veloces, y no muy altas por encima del artefacto.

—Que se cae la torre. ¡La torre se cae!

—¡La torre se cae!! ¡La torre se viene al suelo!!! repitieron horrorizados miles de seres humanos, sugestionados por los primeros gritos, víctimas colectivas también, de la misma ilusión de óptica que padeció el papanatas.

La ola humana que se movió desde el primer instante, se agitó en seguida; y agrandándose imponentemente, rompía cuanto obstáculo encontraba a su paso.

En la Plaza reinó una confusión espantosa. Todos los espectadores

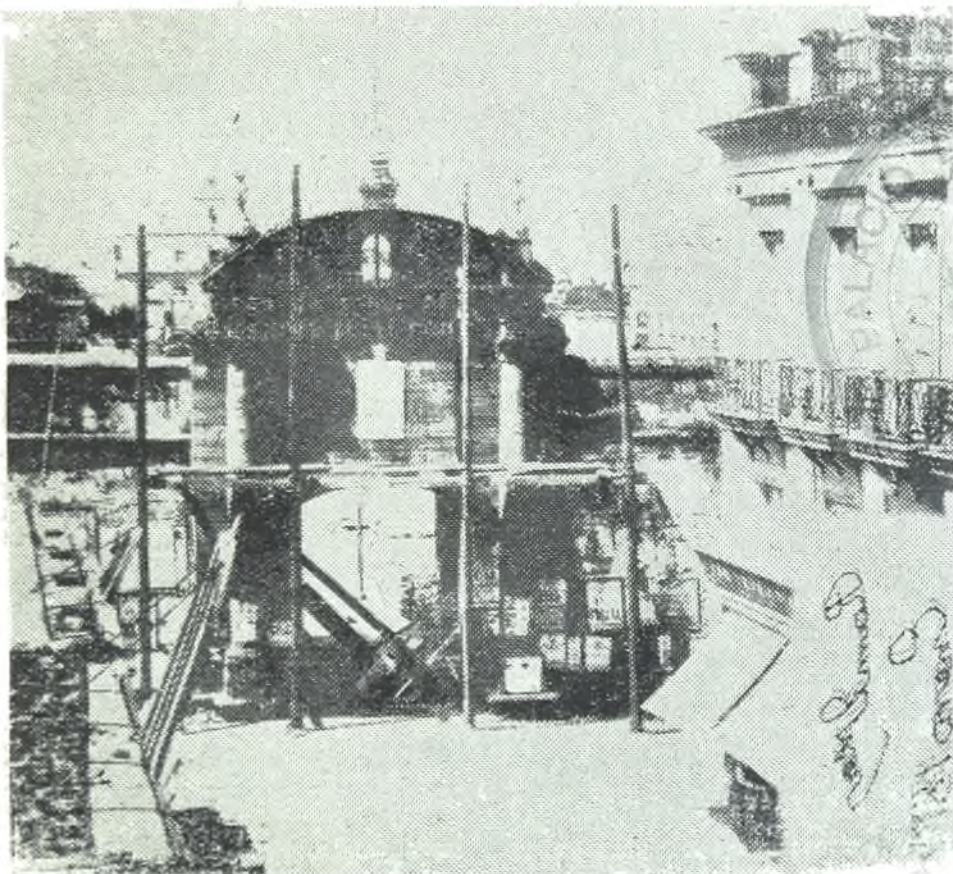
querían escapar, librarse del peligro.

El veterano y simpático "Tranvía Infantil" amarrado por cuerdos, que al través de los años no ha extendido su recorrido dentro del reducido perímetro de la plaza, pero que, ello no obstante prosigue conquistándose la protección

El pueblo vuelve por sus fueros

Restablecida la calma, el pueblo volvió a la Plaza, en donde había quedado el "Capitán" Martínez, reparando su "Perla de Castilla".

—¡Que no sube! ¡Que tiene miedo! ¡Estafador!! ¡Capitán Virutas!! ¡No quiere inflar el globo!



La puerta de la ciudadela, sobre la calle Sarandí, durante los trabajos de demolición, para ser colocada después en el edificio que hoy ocupa la Escuela Industrial

de la gente menuda, lo vimos rodar... pero no con sus ruedas.

El pánico era indescriptible, con los atropellos los gritos y las imprecaciones de dolor de los caídos, pisoteados por la muchedumbre que disparaba sin tino, dominada por el terror, huyendo de un imaginario peligro...

La torre, en cambio, permanecía en pie, inmovible, mientras que en la plaza y en las calles adyacentes, quedaron tendidos no pocos heridos y contusos.

gritaron nerviosos, los espectadores, que querían que hubiera una víctima más, a todo trance.

El sol, ya casi en el ocaso de su jornada; y el viento que arreciaba, fueron causas que consideró favorables para justificar su desistimiento, el "Capitán" Martínez, quien al comunicárselo así al pueblo, fué víctima de sus iras, ya abiertamente desencadenadas. Sobre él, sobre su globo y sobre la misma policía que pretendía librarlo de tan mal trance, llovieron sillan, piedras, palos y de cuanto ele-

mento contundente pudo echarse mano en esos momentos.

Protegido a medias el aeronauta por comisarios y guardias civiles, abandonó su globo a merced del pueblo, que lo destrozó en breves segundos.

En el inter, Martínez guardado siempre por la autoridad, trataba de escapar por la calle 18 de Julio, llegando hasta la de Río Negro, seguido por formidable pedrea. Al llegar a esa esquina, la policía lo metió dentro de un coche de alquiler, a cuyo auriga se le dió orden de doblar a todo escape hacia Uruguay y de llegar hasta la comisaría de la 4.ª sección, con el fin de proporcionar al "prófugo" un refugio más seguro.

¡Y la pedrea continuaba!!...

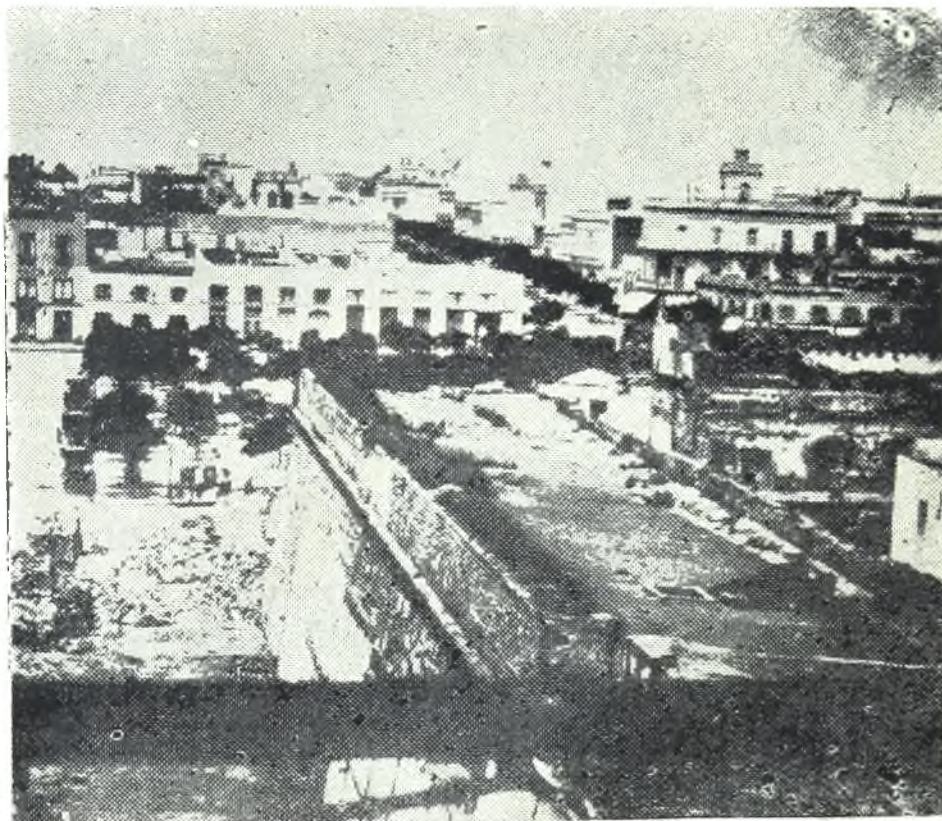
En esa tarea se encontraba todavía el pueblo soberano, cuando lle-

gó en su lujoso carruaje el Jefe P. de Policía doctor don Angel Brian, quien, trató en vano de apaciguar los ánimos.

La pedrea proseguía en forma tal, que Brian tuvo que guarecerse en la comisaría, quedando su carruaje con varios cristales rotos y con la capota apabullada.

La intervención de un piquete armado del Batallón 5.º de Infantería, solicitado urgentemente para sofocar la asonada, disolvió a los insurgentes en distintos grupos, algunos de los cuales, prosiguiendo en sus afanes destructores, y a los gritos de ¡viva la luz eléctrica!! rompieron no pocos faroles del alumbrado público.

¿Cuántos abuelos, hoy personas mesuradas que nos leen, arrojaren las primeras piedras?



El muro Sur de la ciudadela que fué demolida en época de Latorre y que ocupaba la parte de la plaza Independencia desde Ciudadela a Jun-cal. Al fondo la calle 18 de Julio

El Coronel don Luciano Rodríguez

Su fotografía moral. — Concepto de la manera de hacer la guerra. — Una gauchada. — Conflicto de comisario.

El coronel don Luciano Rodríguez, veterano de las guerras del Paraguay y de todas las que desde el año 1870 tuvieron por escenario las cuchillas de este país, era el prototipo del paisano noble.

No había más que mirar la cara a este hombre de pocas palabras, no había más que mirar aquellos ojos, que decían cuanta bondad había dentro de aquel pecho varonil, para simpatizar de inmediato y sin reservas, del coronel Rodríguez.

Lo que nos dijo una señora

Una señora que trató a don Luciano, se lamentaba de que mi buen amigo Javier de Viana, el inteligente escritor de nuestras cosas gauchas, no hubiese enfocado la figura del noble guerrero, para ofrecer al público su fotografía moral, tan digna de ser conocida hasta en sus menores detalles.

“En la compañía del coronel don Luciano Rodríguez” — nos decía “días atrás la distinguida dama — “me he sentido más uruguaya que nunca. El era un hermoso y bien “sazonado fruto de mi tierra, hasta lozano, podría decirse, en su “frondosidad de viejo ombú, que “retorcía y prolongaba sus mil ramitas afectivas, esparciendo su sabiduría en forma de sombra buena y “de interés, no ya entre los que lo rodearan, sino entre todos quienes “lo necesitaran.

“Tan sereno, tan manso, tan fuerte, tan noble... parecía formado “de silencio y de respeto.”

—Usted,—terminó diciéndonos— tan tradicionalista y tan amigo que fué del viejo veterano, bosqueje siquiera en sus “Recuerdos y Crónicas de Antaño”, algunas anécdotas

que digan algo de la inmensa bondad de aquel criollo de alma tan grande..

.....

Su concepto respecto a las guerras

Un buen día le preguntamos de buenas a primeras:

—Díganos, coronel. ¿Cómo vino a parar en militar? A usted no lo



pudo haber movido la vocación, porque no lo concebimos con bríos para matar... así, porque sí...

—Les diré,—nos contestó sonriendo.—Me reclutó Flores siendo muy muchacho, cuando la Guerra del Paraguay. No había más remedio que ir y... “peliar”. Y “pellé”.

En los entreveros, no me faltaba coraje. Pero, “eso” de perseguir a un pobre hombre que huye y aisladamente matarlo... ¡eso nunca!

Tal era el concepto militar que

con respecto a las guerras, se había formado aquel valiente.

Una gauchada

En cierta ocasión se le designó por su bien probado valor, para capturar a un caudillo de filiación política contraria a la suya, que, cortado del grupo armado que mandaba, huía en plena carrera, en un caballo que, herido, estaba próximo a caer.

Luciano Rodríguez, entonces oficial, adelantándose a los suyos en buen pingó, simuló tirar formidable golpe de lanza al prófugo, al mismo tiempo que, hábil jinete, en ese preciso momento, hacía dar un bote a su cabalgadura para caer al suelo, a la vez que decía a su perseguido:

—“¡Monte, amigo y aproveche a salvarse, que lo matan!”

Rodríguez sabía muy bien las intenciones que ocultaba su jefe para con el prófugo, y por eso fué que lo salvó, simulando la caída del caballo, en sus mentidas ansias de lancear...

Como comisario

Otra vez, — un hombre — Gurdurín de apellido—víctima de una mala acción, mató en buena ley al sujeto que se la hizo. Consumado el delito, el matador huyó al monte próximo, a donde fué por él la policía, a la que resistió a balazos, hi-

riendo al sargento y a un guardia civil.

Gurdurín quedó consagrado desde ese momento, como “matrero” temible; pero, la verdad es que, aprovechando las sombras de la noche, solía visitar a sus antiguos vecinos, que lo estimaban de veras, porque toda su vida había sido un hombre de bien.

Don Luciano Rodríguez, que al igual de los demás, se había condolido de la “desgracia” de Gurdurín, fué nombrado más tarde comisario de la sección; y entonces, al “temible” malevo se le ocurrió la mala idea de decir a sus vecinos, a quienes visitaba furtivamente, que estaba dispuesto a entregarse a la autoridad, siempre que fuese don Luciano Rodríguez quien lo aprehendiese.

Pero, el comisario, hizo oídos de mercader a tales “habladurías”.

Un buen día, Gurdurín, cansado de esperar al representante de la autoridad, se presentó a éste como prisionero “voluntario”, en sus propios ranchos; y allí mismo lo tuvo que ocultar durante algunos días para que la “policía no lo viese”, hasta que al fin pudo proporcionarle un buen pingó y ropas y hacerlo huír al Brasil.

—“¡Cómo iba a “prenderlo” si era un buen hombre!!”

Y a don Luciano se le henchía el pecho, en hondo suspiro de satisfacción, cuando nos contó esta “falta de comisario”, en forma confidencial...

LA ISLA DE LA LIBERTAD

Sus diversas denominaciones—Criadero de conejos — Posición estratégica — Armada en guerra— Su bautizo en sangre — Cuando la Guerra Grande, Brown la atacó—Su rechazo—Homenaje a sus defensores

Quien haya realizado un viaje por vía marítima al Cerro habrá visto, hacia la derecha de la ruta de navegación, una pequeña isla de bordes áridos, sobre la cual se levantan vie-

jas construcciones, que sirven de depósitos de explosivos y que antes fueran utilizadas, primeramente, como fortalezas y más tarde como establecimientos carcelarios.

Esa isla, denominada de La Libertad por el gobierno de la Defensa, en 1843, fué objeto, en distintas épocas, de cambios de nombres. Primeramente, y si hemos de estar a informes de don José María Cabrera, miembro de la comisión de límites entre los territorios de Es-

paña y Portugal en la América del Sur, fué el navegante Gaboto quien le suministrara el primer bautizo con el nombre de Isla de los Patos.

En la expedición a cargo de Zabalá para desalojar a los portugueses de la península de Montevideo, la llamaron Isla de las Guerrillas, seguramente porque el fundador de esta ciudad destacó allí alguna tropa encargada de prevenirse contra la sospechada vuelta de los portugueses, que habían escapado a su aproximación. O bien porque, como lo cree Orestes Araújo, fué aquel un destacamento de guardia avanzada contra los ataques de los indios, que fabricaban sus armas en la costa del Cerro, en donde, con el correr de los años, se encontró variedad de armas y de objetos indígenas, detalle éste que comprueba como otros más que omitimos, la constante permanencia en ese paraje, de los indómitos charrúas.

Años después aparece la isla en un plano levantado en 1734, que reprodujo don Francisco A. Berra con la denominación de Isla de las Gaviotas, tal vez porque aquel lugar fuese punto preferido para reposo por tan simpáticas aves.

Muchos conejos

En 1749, fray Pedro José de Parras la llamó Isla de los Conejos, explicando así su determinación:

“En medio de la bahía — dice fray de Parras — hay una isleta pequeña que tendrá como cincuenta brazas de travesía, donde nos dijeron que el año 41 habían echado unos franceses un par de conejos y que se habían propagado tanto que, sin embargo de que siempre que llegan navíos van con sus botes a la isla y matan muchos, nunca habían podido extinguirlos. Fuimos allá una tarde con algunos oficiales del navío, y a palos matamos siete, y hubiéramos muerto muchos más si hubiésemos tenido un perro que los sacase de las malezas de la misma isla. Sin duda que será especialísimo gusto verlos el día que la isla está casi toda cubierta de agua, lo que sucede muchas veces, porque entonces acuden a lo poco que queda descubierta, aunque en esas ocasiones se pierden las crías”.

Bautizos que no prosperaron

Parnety, autor de un libro en el que describe un viaje de Bougainville al Río de la Plata (años 1763-1764), la denominó Isla de los Franceses y en el plano que contiene dicha obra aparece con tal denominación. Pero lo cierto es que tal bautismo no tuvo eco; y que tal vez sólo le llamaron así Parnety y Bougainville.

En un plano levantado por la oficialidad de las corbetas “Descubierta” y “Atrevida”, allá por 1789, se le asignó el nombre de Isla de las Palomas, sin que esta nueva designación tuviese eco tampoco.

En 1808, y cuando el gobernador de Montevideo don Javier de Elio la hizo fortificar dotándola de dos cañones y de obras de defensa, a cargo del coronel de ingenieros Del Pozo, se le llamaba Isla del Puerto. Poco después, y hasta 1830 más o menos, se le llamó indistintamente Isla de las Ratas o de Los Ratones, pero más comunmente con la primera denominación. Lobo y Mouchez la llamaban de Los Ratones.

¿Por qué se sustituyó el nombre de Los Conejos por el de Ratas?

Ya hemos visto que fray Pedro José de Parras se despachó contra los conejitos; que mató siete, a palo limpio, en menos que canta un gallo; y que nos habla también de las provisiones que de tan apetitosos roedores se llevaban en botes para aumentar los víveres de a bordo de los buques que nos visitaban. Y es natural que día llegó en que no quedase allí un solo conejo, ni para remedio. Arrasada así la cría, cabe suponer que el nombre del lugar estuviera de más; y como años después las ratas invadieron la isla, procedentes de los buques que anclaban en sus proximidades, se multiplicaran en proporciones mayores que sus antecesores, dió entonces en llamársele Isla de Ratas.

Isla de la Pólvora

Cuando la Guerra Grande esa pequeña isleta que ocupaban las fuerzas del gobierno de la plaza sitiada, se le llamaba Isla de la Pólvora, porque fué utilizada como depósito de esa materia y de pertrechos bélicos. Una circunstancia espe-

cial vino a dar el nombre que hoy conserva.

El 29 de Abril de 1843, la escuadra del almirante Brown, al servicio de Rosas, llevó a la isla, con el propósito de apoderarse de ella, formidable ataque, que fué heroicamente resistido por las fuerzas que la guardaban.

El último bautizo

El gobierno de la Defensa, rindiendo cumplido homenaje a la valiente guarnición, determinó el último cambio de nombre. Y en consonancia con tal decisión, los héroes de la jornada colocaron con no poco alborozo sobre el asta de la bandera que remataba el modesto fuerte de la isla, el gorro de la libertad, como emblema del nuevo y definitivo bautizo.

Su historia bélica y heroica en 1811

—Ya antes había tenido notoriedad la isla.

El 15 de Julio de 1811, estando en poder de los españoles y ya iniciada la lucha por la independencia nacional, los patriotas se apoderaron de ella, mandados por un enterriano, el capitán don Juan José Quesada, que llevaba como segundo y piloto a la vez, el más tarde coronel don Pablo Zufriateguy, uno de los Treinta y Tres Orientales.

La isla, que por entonces estaba en mejores condiciones de defensa, gracias a la iniciativa de Elío, contaba con diez cañones que apuntaban constantemente sobre los únicos puntos de acceso. Por otra parte, conviene decir también, que la escuadra española anclada dentro de la bahía hacía más difícil toda tentativa de conquista.

Los patriotas escasos de armas y de municiones, sin recursos, resolvieron proveerse de ellos en el depósito que les ofrecía la isla.

Y fué así como en número de setenta hombres decididos a jugarse la vida en tan arriesgada empresa, acordaron llevar en malos botes el ataque, en la noche del 13 de Julio; pero, un violento temporal obligó el aplazamiento, que al final de cuentas, vino a aportar a aquéllos, nuevos y valiosos elementos de acción, como indiscutiblemente lo fueron dos lanchones que las aguas llevaron hasta la costa, pertenecientes a la

fragata "Ifigenia", y que el temporal se había encargado de arrebatarse.

Llegó la noche del 15, y los patriotas, sigilosamente, embarcaron en los dos lanchones que tan providencialmente les deparara la suerte y en los dos o tres malos botes con que contaban de antemano para llevar a término la arriesgada empresa.

Muy próximos a la isla, oyeron los asaltantes en la oscuridad de la noche, el grito del centinela.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Gente de la plaza; respondió una voz de abordó. Y en esos segundos de indecisión del centinela, los patriotas tocaron tierra, procediendo incontinenti al asalto de la fortaleza, cuya guarnición, tomada de sorpresa, dormía profundamente.

El comandante de las fuerzas españolas, don Francisco Ruiz, con una pistola en una mano y una mecha encendida en la otra, apresándose a la defensa, corrió hacia un cañón, pero el sable del enterriano Quesada lo dejó muerto de un hachazo.

Dominado el resto de la guarnición, los invasores se dedicaron a la busca de pertrechos bélicos, apropiándose de las armas y de veinte quintales de pólvora; y como no podían cargar con los cañones, determinaron enterrarlos.

El poco lugar de que podía disponerse en los botes, movió a los patriotas a hacerse cargo de siete prisioneros solamente, dejando al resto de la guarnición, encerrada bajo llave, dentro de la fortaleza.

El Gobierno concedió un escudo de honor a los valientes asaltantes.

Ataques de Brown

El Gobierno de la Defensa no había querido reparar las destartadas fortificaciones de la isla ni las del Cerro, como así tampoco fortificar ningún punto de la costa a poco de iniciarse el asedio de la plaza, para no comprometer la seguridad de las naves mercantes surtas en el Puerto, en posibles combates y alejar así toda idea de hostilidad por ese lado.

Don Isidoro De María en el tomo primero de su interesante obra

"Anales de la Defensa de Montevideo", refiere que el Comodoro Purvis, de las fuerzas navales de S. M. B. previno al almirante Brown, que no consentiría ningún acto de hostilidad dentro del puerto de Montevideo. Ello no obstante, el 7 de Abril de 1843, Brown hizo penetrar su escuadra al puerto, para apoderarse de la isla, en donde había un depósito de pólvora de la que una buena parte correspondía a casas de comercio; y desembarcando gente armada, no solo se llevó aquel material, sino que también a los hombres que lo custodiaban.

En tal situación el gobierno no quiso comprometer la seguridad de la plaza con un posible bombardeo de la escuadra argentina; y fué por ello que prohibió que el Fuerte San José, (hoy Cerrito Gurrutí y Patagones) repudiese la agresión.

Tal vez por gestiones de los dirigentes de la plaza, el comodoro inglés Purvis, llamó al orden a su paisano Brown, haciéndole comprender que su actitud importaba un compromiso para los dos; y que como súbdito británico también, aunque al servicio del gobierno Argentino, debiera evitarlo.

Brown entró en razones; y en la mañana del día 9, se retiró de la bahía, no sin que antes devolviese la pólvora y diera libertad a los hombres que había apresado.

Pero, el 12 del mismo mes de Abril, los de la plaza vieron entrar al puerto con no poca sorpresa, varios buques de la escuadra de Brown, sin que ningún acto de hostilidad se les hiciese desde tierra.

Sin pérdida de tiempo se resolvió fortificar la Isla y colocar también al Cerro en condiciones de defensa, puesto que no contaba más que con dos cañones. Se restablecieron las baterías "Presidente Suárez", al Oeste, frente al Cuartel de Dragones (Sarandí y Patagones) y se estableció la denominada "general Rivera, al Sur de la ciudad, en donde antes se levantaba la antigua "San Juan" (Camaquá y Brecha").

Como el tiempo apremiaba, se transportaron ladrillos y otros materiales de construcción desde tierra, utilizándose las falúas de la Capitanía y del Resguardo, como así también lanchones de pertenencia de los señores Errazquin, Calado y Artagaveytia, siendo el encargado de estas operaciones el ayudante de la Capitanía don Manuel Fraga. Y a poco, la isla contaba con dos cañones, y cincuenta y cinco guardias nacionales al mando del capitán Juan P. Zaballa.

En la tarde del 29 de Abril, el entonces coronel José Garibaldi, con el fin de reforzar aquella guarnición, llevó un destacamento de sesenta reclutas artilleros, al mando de un oficial de artillería de su confianza, don Juan Ferrari, padre del primer escultor de ese nombre.

Eso misma noche, siendo las nueve más o menos, la isla fué atacada por la tripulación de tres lanchas de la escuadra rosista, quienes desde el primer momento apresaron a cinco individuos que ocupaban un lanchón perteneciente a la escuadrilla nacional.

Los defensores recibieron a los atacantes con descargas de fusilería, cuyos disparos al ser oídos desde la plaza, anunciaron la nueva acción. Garibaldi, entonces, con gente decidida, embarcó en algunas falúas para ir en socorro de los atacados, navegando por el lado de tierra con el fin de no ser notado por los enemigos; pero cuando llegó, los ocupante de la Isla, al mando de Zaballa, habían rechazado ya, a los atacantes.

Garibaldi, pues, en esta emergencia y contrariamente a lo que algunos le atribuyen ser el vencedor de la contienda, no fué más que un eficazísimo colaborador.

Los últimos disparos

Al amanecer del día 30 y ante el contraste de esa misma noche, Brown aproximó sus buques a menor distancia que a tiro de cañón de la isla, rompiendo fuego contra la misma, con los cuatro buques, andanadas que contestaron los defensores con los dos cañones que les llevara Garibaldi.

En tan crítica situación, intervino nuevamente el comodoro Purvis, quien propuso antes que nada, la suspensión de las hostilidades,

gracias a cuya mediación, terminó el lance, saliendo a poco Brown del puerto, izando sobre sus buques, bandera de parlamento.

ASALTO EN DESPOBLADO

En donde es hoy Miguelete y Sierra — Casa asaltada — Heroica defensa — Mujer que en la lucha pierde una mano — Panegírico en verso.

Ya hemos dicho hasta el cansancio en el Tomo 1.º de “Recuerdos y Crónicas de Antaño”, que en la época del coloniaje y aún muchos años después de cimentada nuestra independencia nacional, vivir fuera de muros, valga decir, de Ciudadela hacia afuera, era vivir en pleno campo.

Allá por 1827 ocupaban un terreno en extramuros, en donde hoy es Miguelete y Sierra y sus inmediaciones, el vecino don Tomás Macuso, su esposa doña Luisa Rodríguez y sus hijos, quienes cultivaban esa heredad.

Bordeaba la casa que les servía de habitación, defendiéndola de las invasiones de los animales, un cerco de tunas, que a la vez le daba sombra.

En las primeras horas de la noche del 24 de Febrero de 1827, el matrimonio disfrutaba de las delicias de un fresco reparador junto al umbral de la puerta, cuando de pronto sintieron ruido de pasos que se aproximaban cautelosamente.

Como por aquellos días no era cosa corriente hacer visitas después de la puesta del sol y en atención a lo apartado del paraje, tanto don Fermín Macuso como su esposa, se pusieron de pie, en previsión de cualquier evento; pero en ese preciso instante se les presentaron unos forajidos en actitud abiertamente hostil.

Ante tan malas perspectivas, el dueño de casa corrió hacia el inte-

rior de la finca en busca de armas para defenderse y defender a los suyos de la agresión de que eran objeto, mientras que su compañera, sin otra arma que su valor y su instinto maternal, defendía la puerta de entrada.

Los asaltantes armados de puñales, pretendían abrirse camino para penetrar al local y robar cuanto pudieran encontrar a mano; pero allí estaba a pie firme aquella mujer varonil que les impedía el paso.

De pronto, uno de los más audaces o el más desalmado de los asaltantes, tiró formidable hachazo a la señora, quien respondiendo a un movimiento instintivo, levantó el brazo para evitar que su cabeza fuera partida en dos, pero no sin que su mano, completamente seccionada, cayese al suelo.

En ese preciso momento volvía nuevamente a la puerta convenientemente armado, el señor Macuso, circunstancia que aprovechó su esposa para correr a casa de sus vecinos, la familia de Becar, que distaban del lugar una o dos cuadradas. Tal era el estado de ánimo de doña Luisa Rodríguez de Macuso, que no obstante haberse espinado el cuerpo en el cerco de tunas, y de la horrible mutilación de su brazo, recién vino a darse cuenta de que le faltaba la mano, cuando la señora de Becar se lo advirtió.

La hoja suelta de la época, de la cual extractamos estos datos y que llevaba por encabezamiento la siguiente leyenda: “Heroismo del bello sexo y del amor conyugal”, — terminaba de la siguiente manera la narración de este suceso: “Así como son nobles y enérgicos los sentimientos de la virtud, son viles

y cobardes los del crimen: los malévolos desaparecen al primer tiro que se disparó de lejos y con tal precipitación hacen su fuga que dejan un sombrero blanco fino y una pistola."

"Doña Luisa tuvo la satisfacción de impedir el ultraje de su familia y el despojo de su casa; pero no lo que hubiera sido más grato y más dulce a su corazón: la salvación de la vida de su digno esposo. A éste lo encontró anegado en sangre; y ella lo acabó de inundar con la suya; y hubiera desfallecido con él, si no hubiera sido separada de esa escena tan dolorosa. Ella tuvo la satisfacción de colocar su mano sobre el pecho de su

marido, para que fuese sepultada con él. Con este motivo un amigo de su yerno, don Vicente Ponce de León, compuso la siguiente

Octava:

"Dechado de crueldad fué el asesino
"Que de tu esposo y mano te pri-
vara;
"Pero tu, Luisa, lo eres del Divino
"Y conyugal amor la Parca rara.
"Cortó el hilo vital, no el lazo fino
"De tu mano que con él se ente-
rrara.
"Si firme fué Fermín, tu, firme
fuiste,
"Pues tu mano al morir, también
le diste."

FLORES DE CAMPO

Bautizos urbanos y rurales — Se presta un negro — Las comitivas de a pie y de a caballo — Cohetes y pastillas con versos — Frente a la Iglesia — Las luchas canarias — El garrote de un "Misericordia" femenino

Ya hemos descripto anteriormente la forma como se realizaban los bautizos en esta capital.

Tócanos ahora salir de "muros" afuera para ocuparnos de los que se celebraban en las poblaciones del interior, eligiendo para el caso, la pintoresca e histórica Villa de Las Piedras, ya que en todos los demás centros urbanos del país, estas ceremonias revestían idénticas o parecidas modalidades.

Los bautizos u oleos de aquellos buenos tiempos y que ya han pasado a la historia, ofrecían características pintorescas que no resistimos a la tentación de describir; y muy especialmente, los que se relacionaban con la "gente de afuera", como llamaban los urbanos a los de las chastras.

Hombres y mujeres llegaban a la población en parejas y montados en sus mejores pingos; y el paisano de mayor confianza era el encargado de cargar con el párvulo, a cuyo

fin, éste se acondicionaba de la mejor manera posible, envuelto en un rebozo de lana, para quedar después durante todo el recorrido que había que hacerse, terciado a media espalda del conductor.

Los caballos se dejaban en los corralones de las fondas y almacenes, mientras que la comitiva, ya de rigurosa infantería, se dirigía a la iglesia para la realización de la ceremonia del bautismo.

Por regla general, el cura oficiante era retribuido con una libra esterlina, y el sacristán con una moneda de un peso o de cincuenta centésimos. Y en lo que se refiere a la duración de los repiques de campanas, éstos estaban en relación directa con la paga.

A la marchanta

Terminados los requisitos eclesiásticos, la comitiva, precedida por los padrinos hacía su aparición en el atrio, y entonces, la montonera de muchachos que aguardaba afuera, en medio de saltos y de brincos y a los gritos de "padrino pelado!"

"¡padrino pelado!", exigía porque así era la costumbre, que se les tirase "a la marchanta" algunas monedas de cobre, sobre las cuales se

arrojaban los arrapiezos en desenfrenado desespero, dándose tumbos y revolcones en el polvo de la calzada.

Y los del séquito ante el pintoresco espectáculo de ver por los suelos, apiñados, unos sobre otros, a los chicos que se disputaban "la suerte" de poder atrapar alguna moneda de "un cincoñño" o de un

cohetes que los improvisados piro-técnicos iban quemando en todo el trayecto, llegaba finalmente "a las casas", en donde se daba comienzo al baile amenizado con música de acordeón y de guitarras, fiesta que duraba siempre hasta que el astro rey de un nuevo día, brillaba bien alto, en su marcha al Cenit.



La Iglesia de las Piedras

centésimo que se les arrojaba en dosis homeopáticas, reían estrepitosamente, a la vez que se dirigían a la única confitería de la población, de donde salían momentos después, rumbo a sus pagos, con las manos ocupadas por botellas de formas caprichosas conteniendo licores, y paquetes con masas y con pastillas de gran tamaño, redondas o en forma de corazón, sobre las cuales venían estampados con tinta verde o carmín, versitos amorosos.

Nuevamente y ya todos de a caballo, tranquilos porque el gurí no moriría "infiel", la columna, un rato al trote y otro al galope, en medio de risas y del estampido de los

Los puebleros

La gente de pueblo, más ceremoniosa para el bautismo de sus hijos, hacía transportar al vástago hasta la pila sacramental, en brazos de un esclavo a quien seguía la comitiva. Pero, como no era cosa de que todos los habitantes del pueblo, pudieran permitirse el lujo de ser "amitos" de negros, se acostumbra que éstos se prestaran para tales ocasiones.

En Las Piedras, por ejemplo, fué célebre "tío Pedro", propiedad de don Simón García que como era "de prestar" llevó hasta la iglesia parroquial a dos o tres generaciones, por lo menos.

Pero la humanidad, siempre ingrata y representada para el caso por muchachos ya crecidos, a quienes "tío Pedro" llevara años antes a recibir los santos oleos, demostró al pobre moreno, que no siempre los servicios se pagan con un rasgo de gratitud o de respeto. Cuando el esclavo ya liberto, salta a hacer algún mandado de sus patrones, a los muchachos les daba por gritarle:

—¡Tío Pedro, Chicharrón! ¡Tío Pedro Chicharrón! A lo que el africano respondía indignado, a la vez que sacudía su motosa cabeza y revoleaba los brazos como astas de molino:

—A mí me glitan chichalón! ¡A mí! ¡A mí, que en estos mismos brazos los llevé a bautizar!...

Las luchas canarias

Ya que hemos hablado de Las Piedras, justo es que recordemos un cuadrito pintoresco de sus programas de festejos, que año tras año, nos era dado presenciar con motivo de la solemnización de San Isidro; y que, insensiblemente fué esfumándose y desapareció más tarde para dar paso a otros esparcimientos más modernos. Las luchas canarias constituían uno de los más interesantes números de las fiestas populares, que era llenado siempre por los paisanos que concurrían al pueblo con el fin de mostrar su vaquería en el arte de propinar porrazos; y para contemplar también, boqui-abiertos la elevación de globos, la iluminación de la plaza a la Veneciana, a base de farolillos de papel y velas de estearina y la quema de fuegos de artificio, con su séquito de bombas de estruendos y de luces vivas...

Frente mismo a la iglesia, la gente rural formaba corro, al lado de los puestos de venta de frutas y de golosinas, de los de rifas de objetos inútiles pero vistosos, de los de juegos de argollas y de dados, del de los cuchillos clavados y de otros más que omitimos; y a la incierta luz de la iluminación a la Veneciana y de los pestilentes y hu-

mosos candiles de las carpas de los improvisados comercios, se daba comienzo primero, a los dicharachos, que son peculiares entre la gente de campo.

De cuando en cuando y por vía de saludo, la sotería del rebenque de un "aparcero" caía despiada a guisa de saludo, sobre la espalda de un canario "legítimo" o de Las Piedras que, extasiado contemplaba la ligera marcha de un globo en carrera ascendente...

Un "¡jué pucha, hermano!" respondido por un "¿cómo te va diendo hermano?" y cuatro palabras más, era lo bastante para entrar al fondo del asunto que lo constituía el desafío para una lucha, por "dos riales", por cinco, por un peso, o por las "convidadas" para todos.

Y en medio de gran algazara, se convenían las condiciones para la lucha: si ésta habría de ser libre, vale decir, que ambos contendores quedarían en plena libertad de acción para emplear sus buenas y malas tretas, con zaucandilla o sin ella, quebrando o sin quebrar, con pañuelo atado a una de las piernas de cada luchador para de allí tirar el contrario hasta hacer perder el equilibrio y dar el golpe decisivo. Abierta la cancha, el público formaba círculo cruzándose apuestas, ínfimas siempre, a favor de los paisanitos, que en tren caballeresco, medían jubilosamente sus fuerzas y ponían en evidencia sus destrezas en el arte de luchar a la usanza campera.

Las parejas, unas tras otras, se sucedían en el centro del improvisado ruedo, para repetir el espectáculo, entre la algazara del paisanaje, hasta que se aparecía "tía Cándida", una morena africana, que vendía pasteles y fumaba en cachimbo y que estimulada en tan fausto día por una buena dosis de copetines, caía como una tromba dentro del ruedo; y al igual de su "paisano Misericordia" el de los titeres, disolvía la reunión a garrotazo limpio...

...

BAJO LA DICTADURA

**Un baile en Solis — Los hombres
El dictador de milico — Adver-
de los dominós — El coronel L.
Q. — ¡Vd. es un compadrito! —
tencia que se cumple**

El coronel L. Q., uno de los militares mejor preparados de nuestro ejército y que ha ejercido elevados puestos, fué en sus mocedades — pese a su seriedad actual, — de carácter un tanto bullanguero.

En cierta ocasión que se realizaba un baile de máscaras en el Teatro Solis, nuestro hombre, muy joven a la sazón, participaba de la fiesta, con su correspondiente dama, que ocultaba el rostro bajo discreto antifaz.

Quiso la mala suerte que enfrentase a dos personas de alta estatura, cubiertos por amplios dominós de seda negra y que ocultaban sus caras con antifaces de idéntica calidad y color que el de los dominós.

Los sujetos en cuestión, que no se separaban el uno del otro, paseaban por la sala sin entablar conversación con nadie.

Q. deteniéndose enfrente de ellos y con ese atrevimiento jovial que da la edad que no ha alcanzado todavía a los cuatro lustros, les interrogó:

—Mascaritas, ¿Vds. no bailan?

Y como los interpelados hiciesen caso omiso a la pregunta, el hoy reposado coronel insistió con idéntico resultado:

—Bailen otarios!!! No sean maricas!!...

Momentos después Q. volvía a cruzarse con los hombres de los dominós y arremetió de suevo contra ellos, en idéntica forma y con igual resultado que las veces anteriores.

A poco, el comisario Mansilla, invitaba al inoportuno a que lo acompañase hasta la calle Liniers.

— entonces Juncal Chica — que como se sabe corre paralelamente al teatro, expresándole que unas personas querían hablarle allí.

No fué poca la sorpresa de nuestro hombre, cuando vió bajo un farol a gas, a los dos hombres de los dominós, quienes echando hacia atrás las capuchas de sus hábitos y quitándose los antifaces, descubrían la incógnita, haciendo ver al aterrado joven, que había estado importunando nada menos que al dictador Latorre y a su no menos temible ministro de gobierno, don José Ma. Montero.

—Vd. es un compadrito, increpó Montero.

—No, señor; balbuceó Q.

—Sí, señor. Vd. es un compadrito...

—No, señor, Yo creía...

—Sí señor; Vd. es un compadrito entrometido...

Y como Q. viese que el asunto iba tomando mal cariz, asintió bochachosamente.

—Muy bien, señor; seré lo que Vd. dice.

—Puede retirarse.

El interpelado que no creyó salir tan bien del atolladero en que lo había metido la inexperiencia de sus pocos años y el propio ambiente de la sala, no se hizo repetir la orden; y cuando ya había puesto unos pasos de distancia entre él y el grupo que lo juzgaba, sintió que de allí mismo lo chistaban para que se detuviese. Y al darse vuelta, vió con el consiguiente sobresalto que quien lo llamaba esta vez no era otro que el coronel Latorre.

Q. se consideró entonces irremisiblemente perdido.

—Bueno, amiguito, — le dijo sentenciosamente el dictador, a la vez que acompañaba a sus palabras moviendo su diestra — no vuelvas a molestar a personas a quienes

Vd. no conozca, porque puede traerle malas consecuencias. ¿Me entiende? Vaya a divertirse.

Y el hoy reposado y criterioso coronel volvió a respirar.

Los disfraces del dictador

Un par de años después, el mismo coronel L. Q., figuraba como escribiente de la comisaría de la 3.ª sección; y cierta madrugada de verano, a las cuatro o cinco, a poco de haberse retirado del servicio los serenos, marchando aquel hacia afuera, en cumplimiento de instrucciones que recibiera, por la calle Maldonado, a inmediaciones del Convento de las Salesas, vió que un soldado de línea, vestido a la usanza de la época — bombacha, casaquilla y polainas de brin blanco, — caminaba por la misma acera, pero en sentido contrario al que él llevaba.

Q. prosiguió su marcha con la idea preconcebida de tomarse el lado de la pared; pero ya a un par de metros del soldado, reconoció en

éste a la persona del dictador Latorre.

El hoy coronel Q., de un salto se puso en el cordón de la acera, con la circunspección que debe guardarse ante un superior y mucho más, cuando ese superior era un hombre de la talla de Latorre.

El dictador, muy afecto a echar mano a toda clase de disfraces para enterarse personalmente de lo que ocurría en la ciudad, mostrando su contrariedad al verse descubierto, exclamó en tono imperioso:

—¿Quién es usted?

—Soy el escribiente de la 3.ª.

—¿Usted sabe quien soy yo?

—Sí, señor. El señor Gobernador...

—Pues usted no sabe quien soy, ni me ha visto tampoco.

—...

—¿Me ha entendido usted?

—...

Q. recién "vino a ver" al dictador después que este hubo puesto definitivamente, el anchuroso Plata de por medio.

ALMANAQUE PATRIOTICO DE 1830

CARACTERISTICAS

DEL ALMANAQUE

En modestísimo folleto de veinte y seis páginas, Montevideo tenía ya, en el año 1830 su almanaque, con no pocos datos de interés muchos de los cuales continúan figurando todavía en los de la época actual.

Para que los lectores puedan apreciar la importancia del folleto, transcribimos a continuación el texto íntegro de la carátula, que dice así:

"Almanaque patriótico de la República Oriental del Uruguay, (Para el año de nuestro señor) —1830—. Segundo del visiesto. —Contiene la hora que sale y se pone el sol, las lunaciones, y demás operaciones astronómicas, arregladas al meridiano de Montevideo, capital del Estado".

"NOTA. — Los días de ambos preceptos se indican con esta señal - - - y van con esta letra (bastañilla); en que se puede

"trabajar después de oír misa, con esta -|-; los demás preceptos se expresan en su día. — Montevideo. Imprenta Republicana, Calle San Luis N.º 31".

La fecha de nuestra Independencia

Dicho almanaque y bajo el epígrafe de "Epocas Célebres", se ocupa de un punto que ha dado lugar a largas controversias periodísticas y parlamentarias, cada vez que se ha tratado de establecer la fecha en que debe celebrarse el primer centenario de nuestra Independencia Nacional, opiniones, unas, que debe ser en 1925, otras, en 1928 y otras, en fin, en 1930.

En la página 4 de la obrita que comentamos, editada en 1830, se establece que éste es "El Segundo Año", de la paz celebrada entre la República Argentina, y el Emperador del Brasil, por la que quedó esta provincia libre e independiente en cuya virtud evacuaron esta plaza

las tropas del Brasil, y la ocuparon los Orientales”.

Por otra parte, en “Episodios Históricos” dejamos también claramente establecido, que don José María Larrazabal, que había sido ayudante del general Rivera, fué hecho prisionero por los brasileiros en 1827 y enviado en tal carácter a Río Janeiro.

Los meses y el patriotismo

Pero, volviendo al almanaque, debemos destacar otra novedad que contiene, como indiscutiblemente lo es la que se refiere al encabezamiento de cada mes y que transcribimos con absoluta fidelidad:

ENERO—

- “ El patriota verdadero
- “ De mejores aptitudes
- “ Es el que tiene virtudes
- “ Y no ambiciona dinero”.

FEBRERO—

- “ En ataque general,
- “ El Oriental y Argentino
- “ De Ituzaingó en el camino
- “ Vencieron al Imperial”.

MARZO—

- “ Los hombres en sociedad
- “ Por la Ley son garantidos
- “ Pero también son vencidos
- “ Si falta la integridad”.

ABRIL—

- “ En este mes atacó
- “ A Misiones, el Patriota,
- “ Y en presurosa derrota.
- “ A el Brasileiro sacó”.

MAYO—

- “ No puede haber libertad
- “ Si predominan los vicios,
- “ La virtud de los patricios
- “ Funda la felicidad”.

JUNIO—

- “ Junio nos hace notorio
- “ El catorce, que este día

- “ Se instaló con alegría
- “ El Gobierno Provisorio”.

JULIO—

- “ Ante la Ley son iguales
- “ Los grandes y los pequeños,
- “ Son empeños criminales”.
- “ Y si median los empeños

AGOSTO—

- “ En Agosto, gran ventura
- “ Ha conseguido el Estado,
- “ Pues el veinte ha celebrado
- “ Su primer Legislatura”.

SEPTIEMBRE—

- “ Septiembre en letras divinas
- “ Conservará la memoria,
- “ De la célebre victoria
- “ Del Rincón de las Gallinas”.

OCTUBRE—

- “ Octubre con atención
- “ Tu doce y cuatro advertí
- “ Que en doce fué el Sarandí
- “ Y en cuatro la convención”.

NOVIEMBRE—

- “ La igualdad del Ciudadano
- “ Es ante la Ley no más,
- “ Por que todo lo demás
- “ Es imaginar en vano”.

DICIEMBRE—

- “ Diciembre a Santa Teresa
- “ El Coronel Olivera.
- “ Atacó como una fiera
- “ Y la tomó por sorpresa”.

Al finalizar el santoral del mes de Diciembre, cierra el almanaque con la siguiente:

- “ NOTA: — Por un error de imprenta, se ha dejado de marcar como memorable el 19 de Abril, día en que los Treinta y Tres llegaron a este Estado a emprender la libertad”.

“Finis”.

DE LOS TIEMPOS HEROICOS

Reclutando negros "del Continente"

— Una circular de Lavalleja —
La conquista de las Misiones Orientales — Una carta de Rivera — Las quejas del caudillo — Pidiendo un buen caballo — Invitando a matear.

Negros, carne de cañón

Hasta no hace muchos años todavía y hablándonos de guerras, se decía que los negros eran "carne de cañón", porque desde los albores de nuestra Independencia, los leales morenos fueron siempre de los primeros en dar su sangre generosa, en holocausto a nuestra idea de libertad.

La siguiente transcripción que hacemos, respetando la ortografía, puntuación y abreviatura del original que hemos tenido a la vista, informará al lector que esos pobres hombres, nacidos en lejanas tierras, y por el hecho de ser esclavos tenían que prestarnos, quieras o nó, el esfuerzo de sus músculos y hasta sus propias vidas, sin consultárseles previamente, cual era su manera de pensar.

El bravo Lavalleja, desde su Cuartel general del Durazno, ordenaba así a sus jefes militares de la República:

"Durazno y Octubre 4 de 1827. .

"Disponga V. S. que todos los negros que hubiese en el Departamento de su cargo, de los introducidos del Continente se recojan y remitan a este destino; exceptuando solamente, los que estuviesen en poder de alguna persona que sus servicios y compromisos lo hagan acreedor a que se le mire con consideración.

"El que suscribe saluda a V. S. con su distinguido aprecio. — J. A. Lavalleja.

Hay que convenir leyendo lo transcrito que "la leva" impuesta por el inmortal jefe de los Treinta y Tres en su afán de buscar solda-

dos para el Ejército Libertador, era más contemplativa que las que emplearon años más tarde en luchas fratricidas los gobiernos blancos y colorados, para aumentar las filas de las huestes partidarias.

Rivera en las Misiones Orientales

No es nuestro ánimo describir aquí, la hazaña realizada por Rivera en Mayo de 1828, quien en sólo veinte días y con el auxilio en un puñado de bravos, conquistó el valioso territorio de Misiones, hoy de pertenencia del Brasil.

Solamente queremos dar a conocer a nuestros lectores, una carta en la cual, el caudillo, satisfecho de su homérica hazaña, hace protestas de patriotismo.

He aquí el documento que transcribimos respetando las numerosísimas abreviaturas que contiene (mal de la época) y la ortografía, que por cierto, no era el fuerte del aguerrido militar.

Texto del documento

"Sr. D. Francisco Aedo.

"Quarel, Gral en las Misiones

"Orients. — Junio, 26/28.

"Mi estimado am: — Lleno del mas vivo sentito, por la restauración de estos Pueblos qe desde su origen han correspondido a la Repca. Argenta, tengo el alto honor de dirigirme a V. como a persona tan interesada en el bien y prosperidad de la Patria.

"Desde que nos separamos de tierra amada no pensamos volver a ella sino cargados con los laureles del triunfo; emos tenido la dicha de recogerlos y como vuenos orientales queremos participar con nos. hermanos, Ellos pr desgracia nos persiguieron, po. engañados habían creído qe hicieramos traicn. a la patria, y su selo aun qe indiscreto es justo.

“Nosotros estamos lisonjeados
“ con la idea de que ya estarán
“ convencidos que nuestros débiles
“ no se dirigen ni se dirigen
“ para otro fin que a la libd. de la
“ Patria aun que por todas partes
“ suene el clarín de la benganza
“ injusta contra nosotros.
“ Por ahora sigue la (ilegible)
“ completa tranquilidad. Las Provs.
“ todas han admirado nuestro Pa-
“ triotismo y han celebrado con
“ entusiasmo y han celebrado nros.
“ triunfos como que lo son de la
“ Patria.
“ Yo al frente de los negocios
“ de esta Prova. que cada día se
“ multiplican, apenas puedo es-
“ cribirle estas cuatro letras mas
“ espo. que por ellas graduara el
“ grande aprecio que le profeso.
“ Hoy gozamos de salud esperan-
“ do con impaciencia el que V. nos
“ ocupe, muy seg. de que cumpli-

“ remos sus ordenes con mucho
“ gusto. Haga V. presente a los
“ amigos y personas de su apre-
“ cio muchos sinceros recuerdos
“ y cuente spre. con el singular
“ aprecio que le profesa su inc.
“ am.

“ Q. B. S. M.
“ Fructuoso Rivera.

“ P. D. lo escrito en data 30 de
“ Abril y en fecha 16 de Mayo
“ no se si los a recibido vengase
“ que esta bueno ai mucho gana-
“ do ai yerba mate Mate ai plata
“ bastante y muy buena gente ya
“ no se respira sino libertad. di-
“ nese Vd. ponerme a los pies de
“ S. Sa. y familia sin olvidar a
“ Da. Pepa y sus niñas y saluda-
“ a mi nombre a Dn. Franco. Ri-
“ varola y a Dn. Manl Aedo. tra-
“ game un buen cavallo”.

LOS PROGRAMAS TEATRALES DE 1823

Las promesas de la compañía. —
El landú y el minúet. — Gran-
diosa y terrible acción. — Un
beneficio al Hospital de Caridad.
— Programa en verso.

Los espectáculos teatrales que allá por 1823 ofrecía a los habitantes de Montevideo el Teatro de “La Comedia” — al que nos hemos referido en el tomo I de “RECUERDOS Y CRONICAS DE ANTAÑO”, — si bien es verdad que no eran frecuentes, razón por la cual los programas se distribuían con unos cuantos días de anticipación, — no es menos cierto que éstos, por lo menos, ofrecían villas y castillos a los espectadores.

Así por ejemplo un volante de aquellos días, nos dice:

“TEATRO”

FEBRERO 1823

“PARA el jueves 6 del corriente tendrá esta Compañía la satisfacción de servir a tan respetable e ilustrado Público con la función de

su beneficio particular, subdividida en los siguientes términos:

“Ante todo, será abierta la escena con una brillante y preciosa sinfonía, concluida la cual, se representará por primera vez en este Coliseo, la sublime tragedia en tres actos, titulada:

“LA CONDESA DE CASTILLA”

“Obra ciertamente digna de recomendarse a la finura y delicadeza de nuestros espectadores, así por el vivo interés que es forzoso tomar desde que comienza hasta que termina esta grandiosa y terrible acción, cuanto por que ella se halla exactamente arreglada a los documentos que nos ofrece la Historia y a las reglas difficilísimas que prescribe el arte dramático.

Después la señora Manuela Martínez y el señor Juan Casacuberta, bailarán:

EL LANDU

“Continuará una grandiosa canción patriótica española, del día, titulada LA PALANCA; cuya mé-

sica y letra expresan de un modo el mas enérgico, el "escaltado" liberalismo constitucional.

Luego se bailará el minúet abolerado por la señora Josefa García, y dicho señor Casacuberta.

"Y finalizará con el divertidísimo sainete:

LAS ASTUCIAS CONSEGUIDAS

"Esta Compañía que tan reiteradas pruebas ha obtenido siempre de la generosidad del respetable Público, a quien consagra la función que acaba de describir, no duda será favorecida con su asistencia a este extraordinario espectáculo, en que cada uno de los interlocutores procurará acreditar su esmero en la ejecución de sus respectivos caracteres, como así lo imperiosamente lo ordena el deber y la gratitud.

"La entrada a las 8 y 1/4."

Como podrá observarlo el lector, todo un bello programa, cerrado con hermoso broche: las palabras "deber y gratitud".

Otro programa... pero en verso.

Otro programa, año más, año menos, de la misma época, dirigido al "Ilmo. Sor: Capn. Comte. del Pto. y su segundo", lleva el siguiente texto:

TEATRO

A

BENEFICIO DE LOS POBRES ENFERMOS

DEL

HOSPITAL DE CARIDAD

"El jueves, día cinco del corriente, tendrá la compañía el distinguido honor de consagrar a este Auditorio

"la siguiente función a beneficio
"de los tristes y míseros enfermos,
"que exigen de justicia nuestro auxilio.

"—Después de una brillante sinfonía,

"se dará la comedia de exquisito gusto en tres actos nueva titulada
"LA MOGIGATA: fruto peregrino
"del famoso poeta de estos tiempos
"MORATIN, que el aplauso ha merecido

"del mundo culto. — Luego la Señora

"Josefa García, haciendo un sacrificio

"de su genio en favor de tan sagrada

"obra, (obra que encarga el Cielo mismo;)

"por la primera vez, con el que anuncia,

"bailará la GABOTA — En fin: concluido

"este intermedio, acabará la fiesta
"con un sainete del mejor capricho.

"— No resta que añadir por nuestra parte

"mas que una cosa: esto es; que convencidos

"de la filantropía generosa
"de éste Público ilustre a quien

"impetrar no dudamos su asistencia

"y su misericordia en pro y alivio
"de los pobres enfermos que al

"ETERNO

"elevarán sus preces de continuo,
"Suplicando las faltas bendiciones

"que merecen los seres compasivos:
"así como nosotros protestamos

"vivir constantemente agradecidos
"a las limosnas que a estos infelices

"por nuestro medio obtengan y pedimos.

"A las 8 1/2."

EL FUERTE

Sus características. — El jardín. — Las flores de los "godos". — Ampliación de obras. — Imprenta, biblioteca y escuela. — El "Fuerte" social. — Bailes y toilettes.—Antaño y ogafío.

Nuestro bueno y viejo amigo don Isidoro E. De María, nos ha proporcionado nuevamente la valiosa información para nuestras crónicas, que damos a continuación y que se refiere al Fuerte de Gobierno, del que no nos queda más que el recuerdo.

Características del "Fuerte"

Llamábase así a la primitiva "Casa de Gobierno" del tiempo colonial, edificada en la manzana que ocupa hoy la Plaza Zabala. Era el tal "Fuerte", — haciendo honor a su nombre, — un sólido edificio bajo, construido en cuadro, casi todo de piedra y con techo de teja.

La portada principal miraba hacia el Norte, casi frente al antiguo teatro San Felipe. Entrando, a la izquierda, se hallaba el "Cuerpo de Guardia", la Tesorería, la Contaduría y otras oficinas auxiliares. A la derecha, la oficina de servicio indispensable, y un lienzo de pared hasta la esquina Oeste en donde años después se edificó de altos. En el costado del Sud, estaba el gran "Salón de Gobierno"; hacia el Oeste, y en el centro, la Capilla del Gobernador, lugar en donde se celebraba misa los días festivos. Sobre la portada de la capilla había un cuadrante o reloj de Sol; y a la derecha, otras oficinas, la habitación del Gobernador y las piezas de servicio.

En la esquina del costado Sud-Oeste había una segunda puerta que daba entrada, por los fondos, a un patio interior, con el cual comunicaban las habitaciones del Gobernador; y otras separadas que servían de alojamiento a los asistentes y porteros. Seguía luego una gran pieza de azotea con mirador, en donde se enarbolaba la bandera.

El Jardín

En el gran patio que formaba el cuadro del edificio, en 1808, el Gobernador Elio hizo arreglar un jar-

dín para su recreo, con canteros resguadados por barandilla de madera, cultivándose allí las mejores plantas traídas de los jardines de Maciel y de Vallejo.

Las flores de los "godos"

Ese jardín desapareció en "tiempos de la Patria", a manos de los "muchachos" de Otorgués, que consumaron la obra de destrucción, porque no querían "ni flores de los godos".

Ampliación de obras

A fines de 1808 empezó a edificarse de dos pisos, la parte del frente hacia el Oeste, cuya obra se terminó en el año 12. La espaciosa escalera que conducía a los altos, estaba situada en una especie de recodo, pasando la portada y el cuarto del oficial de guardia.

Imprenta oficial y biblioteca pública

En el cuerpo bajo del edificio tuvo colocación la imprenta, en el año 10, regalada por la princesa Carlota de Borbón; y en el año 16 se estableció allí la Biblioteca Pública del gobierno de Artigas. En 1821 la parte Este del gran edificio del "Fuerte", fué ocupada por la "Escuela Lancasteriana", en donde se educaron los principales jóvenes de aquellos tiempos.

El Fuerte fué la Casa de Gobierno en todas las épocas y bajo todas las dominaciones. Allí fué el asiento de los gobernadores españoles, inglés, portugués, brasileños, argentino y uruguayos, y de los presidentes Rivera, Oribe, Suárez, Giró, Berro, Flores, etc.

Bajo el aspecto social

En cuanto a la parte social, puede decirse que en "El Fuerte" fué en donde se dieron los más suntuosos bailes de los días de gala, a los cuales concurrían las principales damas y los más notables personajes de la época.

En el salón de Gobierno—de vastas dimensiones — tenían lugar los "saraos" o bailes de etiqueta.

Toilette de damas

Por lo general, las damas vestían trajes de rico terciopelo o raso, con sobrepollera de punto bordado de oro; zapato de raso blanco bordado gargantilla de oro con piedras preciosas; "pilchas" riquísimas; peinado de rodete, con tirabuzones o en en espadón; grandes y ricos pendientes de diamantes o de oro macizo; guantes de seda de medio brazo o de media mano, y valiosísimas sortijas de diamantes.

Toilette de caballeros

En cuanto a los caballeros, se presentaban de calzón corto, medias de punto, zapatos de raso negro con hebillas doradas; rica camisa con pechera plegada; puños con volados; corbata blanca, alta, con almohadilla por dentro; chaleco de raso; alfiler de pecho; frac negro; reloj con

cadena de oro y grandes sellos del mismo metal con piedras finas, y guantes.

Los militares y personajes diplomáticos vestían sus mejores trajes, ostentando sobre sus pechos cruces medallas y entorchados.

Las piezas bailables

Entonces sólo las damas tomaban parte en el baile, que generalmente lo constituían las cuadrillas, la contradanza y el minué, y a veces alguna "galopa". En cambio, las niñas o señcitas que no pasaban de los 15 años, tenían que conformarse con ver bailar a sus mayores y nada más.

¡Qué diferencia entre aquellos tiempos y los nuestros, en que hasta las criaturitas bailan tangos y otras piezas de nombre exótico, al compás de una música llena de sonidos inarmónicos y descompasados.

De la segunda invasión portuguesa

Artigas y sus gauchos. — Guerra de recursos. — La Zanja Reyuna. — Etimología del nombre. — Un bando de Le-Cor.

La invasión portuguesa

En 1816 los portugueses, que deseaban de todas maneras posesionarse de este país, llevaron a cabo su segunda invasión, invocando como pretexto que querían resguardar sus fronteras de lo que ellos llamaban "anarquía de las montañas de Artigas".

Así las cosas, en el mes de Agosto del año ya citado, doce mil hombres aguerridos y bien pertrechados, invadieron nuestro territorio por la frontera del departamento de Cerro Largo, al mando del general don Federico Le Cor, que más tarde habría de obtener el título nobiliario de Marqués de la Laguna.

Por su parte Artigas, no contaba más que con sus gauchos, armados en su mayor parte de chuzas y boleadoras y con la cooperación de sus bravos oficiales Otorgués, Rivera, Andresito, Lavalleja, Sotelo, Verdún, Catel y otros esforzados paladines de la libertad.

Derrotas y triunfos

Las perspectivas para los patriotas no podían ser peores.

Después de la sublevación del Batallón de Cívicos en esta capital, anarquizado, según algunos, por agentes porteños que respondían a Pueyrredón, y luego del fugaz estímulo obtenido con la victoria de Santa Ana por el jefe artiguista Catel, de las derrotas de San Borja en Misiones, en que cayera prisionero el bravo Andresito; de la de Verdún en Ybiracohy; de Artigas en Carumbé, del desastre de India Muerta, en que Rivera, agobiado por el número y la superioridad de las armas de sus enemigos, tuvo que abandonar el campo; y de otros combates más, los portugueses fueron internándose en el país, gradualmente, hasta que el 20 de Enero de 1817, las fuerzas de Le Cor hicieron su entrada triunfal en Montevideo.

La Zanja Reyuna

Artigas dispuso entonces que se hiciera la guerra de recursos en todo el país; y ni aún la plaza de la capital se vió libre de las sorpresas frecuentes de los patriotas, que

no daban alce a los portugueses, por cuya razón el jefe lusitano dispuso que se practicara, por vía de defensa, una zanja con reductos cada mil metros, cuyas excavaciones arrancaban desde la barra de Santa Lucía, hasta el Buceo, ocupando uno de esos reductos la eminencia más alta del Cerrito.

A estas trincheras, — llamémosle así. — los patriotas dieron en llamarle despectivamente, "Zanja reyuna", con cuyo nombre pasó después a la historia.

¿Por qué tal nombre?. preguntará el lector.

Ahí va la explicación:

Los animales que por aquel entonces eran de propiedad del Estado, no llevaban otra marca que el despunte de una de sus orejas, llamándoseles por ello, reyunos. Este vocablo deriva de la palabra Rey; y como en la época del coloniaje a los campos fiscales se les decía, campos o estancias del Rey, como significativo de Estado, dió en llamársele también a las obras de defensa que nos ocupan, con el nombre a que ya nos hemos referido.

Después de obtenida la Independencia, esos mismos caballos, como así también las propiedades de la República, recibieron la denominación de "patrios", que hasta los días que corremos, es muy corriente dárseles entre la gente de campaña, que al referirse por ejemplo a caballos de propiedad del Estado, les llama "caballos patrios".

Un bando de Le Cor

Los portugueses, que a toda costa querían ganarse las simpatías de los pobladores de Montevideo, lanzaron a la publicidad, entre otros, el siguiente bando, cuyo original nos ha sido facilitado gentilmente por el doctor don Justino Jiménez de Aréchaga, feliz poseedor de abundante y valiosa documentación inédita.

"Bando. — Sebastián Pintos de Araujo Correa, hidalgo de la Casa Real, Alcalde Mayor de la Villa de Camiña, Comendador de la Encomienda de San Pedro de Lomas en la Orden de Cristo, y en la de Torre y Espada, mariscal de campo de los reales ejércitos, Ayudante general y Secretario militar de división de voluntarios reales del

"Rey, Gobernador de la plaza de Montevideo, e Intendente de esta provincia de la parte oriental del Río de la Plata, etc., etc., tc.

"Considerando: S. E. el Sr. capitán general de esta provincia, Carlos Federico Le-Cor, que algunas personas de esta ciudad y su jurisdicción han avandonado su vecindario en la errada inteligencia de que el ejército portugués viene a juzgar de opiniones pasadas, o a vengar resentimientos particulares, y que otras, en el mismo errado concepto han cometido algunos insultos que dan ocasión a quejas y desavenencias entre vecinos de un mismo pueblo con perjuicio de la tranquilidad y del sosiego público, ha venido para evitar estos excesos en ordenar:

"Primero: Que toda persona sin excepción alguna, que insultase a otra, de hecho, o de palabra, por sus opiniones políticas anteriores, o por haber seguido a algunos de los partidos, que dieron mérito a la guerra civil, será severamente castigada hasta imponérsele la pena de confinación si lo exigiese así la naturaleza del atentado.

"Segundo: Que todo individuo sin excepción que haya fugado de esta plaza sea qual fuese el destino público que hubiese desempeñado en ella en los diferentes gobiernos que la han mandado, puede volver a su casa seguro de la protección de las armas portuguesas, y de que en ningún tiempo se le hará cargo de su conducta política y opiniones anteriores. Y para que estas disposiciones tan importantes al sosiego público y a la felicidad de esta provincia tengan su debido efecto, encargo a todas las Justicias su más exacto cumplimiento, y mando se publiquen por bando en la forma acostumbrada para que lleguen a noticia de todos, fijándose copias en los parages de estilo, e imprimiéndose para la mejor inteligencia del público.—Dado en Montevideo a 22 de Enero de 1817.—Sebastián Pintos de Araujo Correa, M. de C. Ayudante general, y Gobernador de la plaza.— Por mandato de S. E. — Luciano de las Casas, Escribano público."

Cuando se demolía la Ciudadela

Preso que se evade. — Los recursos de un teniente. — Mas tarde, periodista, general y ministro. — "La Muralla" da otro preso. — Orden de libertad. — En lista nominal. — Ante el Dictador.

EN LOS TRABAJOS DE DEMOLICION

En la época en que se procedió a la demolición de la Ciudadela, el actual general don Juan Bernassa y Jerez, que después de ejercer inteligentemente el periodismo en las relaciones de su carrera militar, alcanzó a ocupar la Cartera de Guerra y Marina, desempeñó también, con anterioridad, las funciones de jefe de algunas guardias en aquel viejo recinto, mientras estuvieron allí los presos encargados de hacer desaparecer hasta el último vestigio del monumento histórico que nos legaba la dominación española.

Los forzados obreros, que nunca llegaron a exceder de un medio ciento, trabajaban allí bajo el mismo régimen carcelario que imperaba en el Taller de Acoquines, y eran entregados de guardia a guardia—en conjunto—sin pasarse lista nominal. Así, por ejemplo, el oficial que entraba de servicio firmaba en una libreta la siguiente documentación: "Montevideo (aquí la fecha). — Me he recibido de la guardia con tantos presos".

Preso que fuga

Cierta día, en que el teniente segundo Bernassa y Jerez firmó el correspondiente recibo, a uno de los presos se le ocurrió fugar, cosa que, por otra parte, no constituía por cierto un imposible. Para conseguir la libertad no había que hacer otra cosa que exponerse a recibir "un chumbazo" de alguno de los centinelas y cruzar la calle Buenos Aires, para agregarse de inmediato a los numerosos curiosos que, boquiabiertos, contemplaban desde los arcos de "La Pasiva" los trabajos de demolición.

El ojo clínico del milico

Cuando llegó la hora de suspender la tarea, los presos formaron como de costumbre, para que el sargento tomara su recuento; pero el oficial encargado de la guardia, que aparte de su fama de buen camarada, la tenía por igual, de listo y de "milico" de recursos, percatándose al primer golpe de vista de lo que había ocurrido, ordenó:

—Sargento: Haga romper filas.

Están justos los presos.

Y desde ese momento, Bernassa y Jerez echóse a cavilar, buscando la fórmula salvadora que lo sacara de tan incómoda situación.

En aquellos días, la vida en Montevideo era, ni más ni menos, que la de una aldea, falta de toda novedad, y, consiguientemente, la evasión de un preso cualquiera constituía una verdadera novedad. Por otra parte, esa misma evasión podía importar para el joven oficial un mal trance, ya que el dictador era extremadamente severo también en las cuestiones de la disciplina militar.

Y los momentos pasaban. Cuando llegó la hora de distribuir las raciones entre los presos, el jefe del destacamento ya tenía dispuesto su plan, aunque no había dado a entender a sus subalternos que lo embargaba la más mínima preocupación siquiera.

—Señor teniente, le dijo el sargento: parece que falta un preso. Sobre una ración.

—No, sargento. No falta ningún preso. Lo que hay, es que han mandado una ración de más.

Pero la verdad de las cosas es que la inteligencia del hoy reposado general, ya había concebido el plan, que habría de darle óptimos resultados.

La muralla salvadora

"La Muralla", así denominada a los muros que contenían el avance mar, en la parte Sur de la ciudad, pródiga en atorrantes y en gente de mal vivir, tenía que proporcionar de

cualquier manera el preso llamado a sustituir al fugado.

Conviene dejar expresamente establecido, que en la época de la dictadura no se le ocurría a ningún detenido, porque no se lo decían tampoco, indagar las causas por las cuales se veía privado de su libertad. No se indagaba el motivo de la detención, sino que por el contrario, se imploraba a veces la libertad, por los parientes o amigos del que había caído en desgracia.

Bernassa y Jérez pensó en tal ocasión, que, haciendo obra buena, un atorrante cualquiera podría tal vez regenerarse, adquiriendo hábitos de trabajo, a la vez que él escapaba a un severísimo castigo que le impondría el dictador "por su falta de vigilancia"; — y cristalizando aquella idea, a eso de la media noche, hizo partícipe de su inquietante situación al hombre de su confianza, su asistente, a quien dijo:

—Vete a "La Muralla" y me traes al atorrante más borracho que puedas encontrar, para que sustituya al evadido; — pero esto debes hacerlo con la mayor cautela.

Y el fiel asistente, cumpliendo con las instrucciones de su superior, volvió horas después a la Ciudadela, trayendo sobre sus hombros, la preciada carga que habría de salvar de una larga "tipeada" a su teniente.

Atorrante que trabaja

Al día siguiente, al relevo de la guardia, el oficial reemplazante, encontrando todas las cosas en el más perfecto orden, suscribía en la consabida libreta de novedades: "Me he recibido de la guardia con tantos presos", precisamente con el mismo número que arrojaba la anotación del teniente Bernassa y Jérez.

Y así todos los días, sin que nadie se diera cuenta de la sustitución habida.

La indiscreción de una nota

Pero, momento llegó en que se recibió una nota del Ministro Montero, para que el preso N. N. fuera puesto en libertad. Inútil resultó la búsqueda de N. N., porque no aparecía por parte alguna, con la circunstancia agravante, de "que tenía que estar" porque estaba completo el número de presos.

—Que no está — afirmaban vigilantes y clases.

—Que tiene que estar — afirmaba el oficial de guardia. — ¿Está completo el número de presos?

—Está, sí señor; pero el preso no está.

En lista nominal

—Bueno, que se pase lista nominal, entonces. Esto tiene que aclararse.

—Fulano de Tal.

—Presente.

—Perengano de Tal.

—¡Firme...!

—N. N.

Un silencio sepulcral fué la respuesta a la voz del que pasaba lista. Individualizado el prófugo, resultó tarea fácil dar con el ingerto.

—¿Quién es usted?

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, usted.

—Un desgraciado, señor; un pobre atorrante de "La Muralla".

—¿Y cómo se encuentra usted aquí? ¿Quién lo trajo?

—¡Ah!... Eso es lo que no sé. De lo único que me acuerdo es que amanecí aquí un buen día.

—Pero, ¿cómo vino?

—Yo no vine, señor, me trajeron sin que me diera cuenta de ello, porque estaba muy borracho...

Se da cuenta al dictador

Hubo que dar cuenta de lo ocurrido al dictador, creyendo todo el pequeño mundo que intervino en el "affaire" que el suceso habría de traer malas consecuencias al autor de la sustitución.

—¿Qué oficial fué el que hizo el cambio? — preguntó Latorre con gesto ceñudo, después que se le puso en antecedentes de lo ocurrido.

—Eso es lo que no se sabe con certeza, señor Gobernador, porque según informes que se han podido obtener, N. N. fugó hace como veinte días.

—Pero, se sospechará de alguien. El que ha hecho tal "gauchada" tiene que ser hombre inteligente, y no habrá de resultar cosa del otro mundo poder dar con él...

—Evidentemente, señor Gobernador...

—¡Y qué diablos! — agregó riendo Latorre — la cosa ha sido bien urdida; y bien vale la pena no castigar a ese oficial. ¿De quién se sospecha?

—Del teniente Bernassa y Jérez.

—¡Ajá! ¿Con qué el teniente es? Muy bien; ordénele que venga a hablar conmigo.

Y terminó riendo.

—Hay que confesar que la treta ha sido muy bien urdida...

Ante el dictador

El teniente Bernassa y Jerez—él mismo nos lo ha dicho—fué a la entrevista casi tranquilo, porque le habían comunicado ya cuál era el estado de ánimo que con respecto a él se encontraba el dictador.

—¿Con que usted había sido el oficial que nos había cambiado un atorrante por un preso? — le preguntó entre serio y risueño el coronel Latorre.

—Señor Gobernador...

—Usted me va a decir la verdad, libre de todo temor. Hable, pues.

Y fué entonces que el hoy general Bernassa y Jerez explicó al dictador lo fácil que resultaba de un preso de la Ciudadela por más severa que fuera la vigilancia.

—No ha habido desidia de mi parte, señor Gobernador, puedo garantizarlo.

—Sí, muy bien... pero, ¿por qué nos metió ese ingerto de atorrante?

—Creí que hacía obra buena, y que tal vez ese hombre, regenerado por el trabajo, pudiera volver a ser útil a la sociedad...

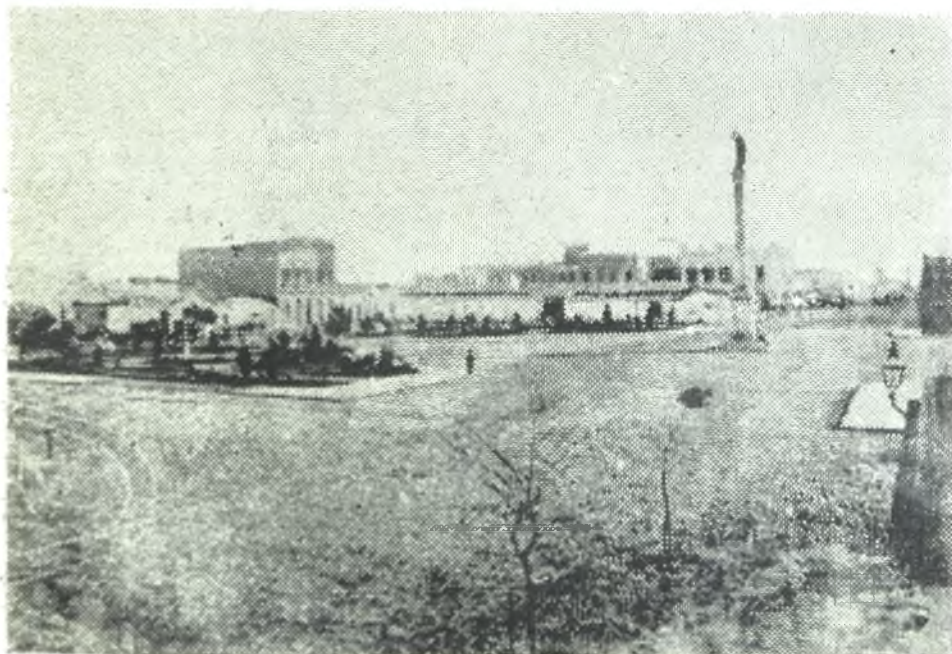
—Y, sobre todo... que usted escapaba a un castigo que bien se lo merecía.

—Señor...

—Mire, teniente, — terminó diciendo el dictador — usted ha demostrado ser hombre de recursos, pero cuide que no se repita el caso en el que nos pueda hacer ver sus sentimientos de regenerador social.

Y Latorre, dando término a la entrevista, estrechó afectuosamente la diestra del joven oficial como diciéndole:

—Te felicito, muchacho. Nos has fumado...



Plaza Cagancha a poco de inaugurarse el monumento

LA PLAYA CAPURRO

EL ANTIGUO CASERIO DE LOS NEGROS. — HABIENDO CON UNA DE LAS PRIMERAS POBLADORAS. — LA SEÑORA ALZUGARAT DE ISNARDI.

A las diez de la mañana llamábamos a la puerta del chalet de la calle Capurro N.º 22, en donde ha-

bía su propietaria; la señora Juana Alzugarat de Isnardi, de noventa años de edad.

—¿Qué deseaba —nos preguntó una sirvienta.

—Hablar con la señora Alzugarat de Isnardi: ¿A qué hora podríamos volver?



La señora, tal como la vimos ayer

—Un momento. ¿De parte de quién?

De LA MAÑANA.

Buen presagio

Y mientras esperábamos en el hall del chalet, los insistentes redobles de una ratonera y el píar de polluelos, nos hacían mirar,—intrigados,— para todos lados, tratando de encontrar el nido de los intrusos.

Don Francisco Isnardi, viejo amigo nuestro, salió a recibirnos; y desde este momento, consideramos ganada la batalla.

—¿Usted quería hablar con mi madre?

Lo recibirá de inmediato.

—¿Ya levantada?

—¿Y qué tiene de particular?... Cuando hay buena salud y mejor espíritu...

—Bien; pero antes de pasar, tenga la bondad de decirme en donde diablos está escondido ese nido de ratoneras.

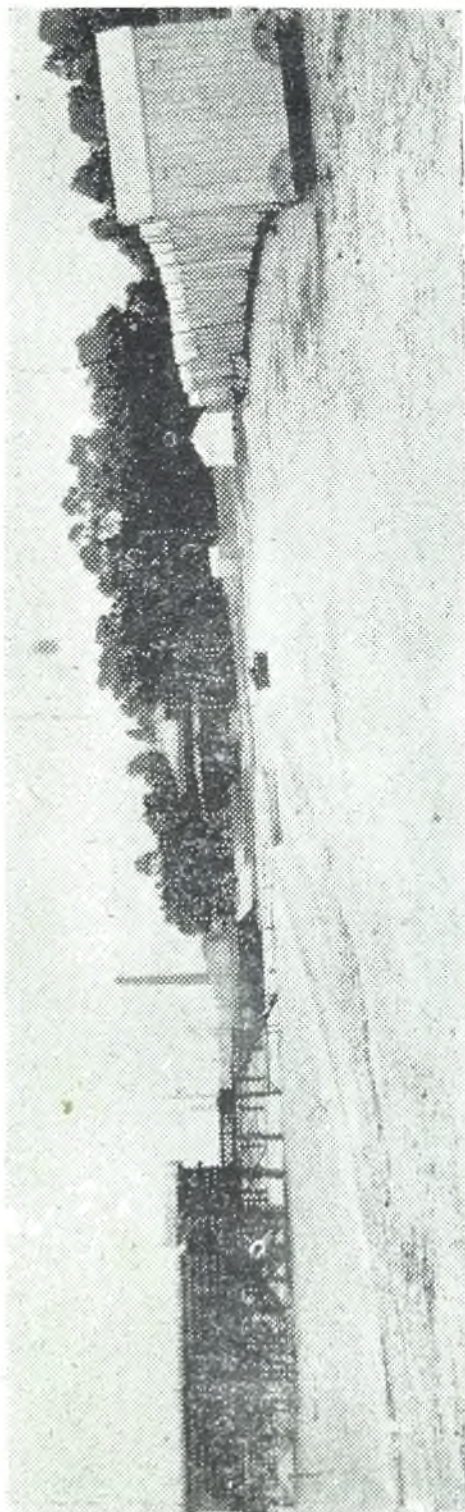
—Allí; en ese pequeño espacio que queda libre entre el plafón de la luz eléctrica y el techo. Desde hace siete años viene sucediendo lo mismo, con mucha alegría de mi señora madre, gran amiga de los pájaros. Cuando llega el Otoño, recién entonces se dispone que sea retirado el nido.

Con la señora Juana A. de Isnardi

A poco de estar en la sala fuimos presentados a la respetable dama, que llegó hasta allí, del brazo de una de sus señoras hijas.

Ella misma se encargó de decirnos que su salud sería perfecta, si no le flaqueasen las piernas y la vista. Su semblante, blanco y sonrosado, nos habla de una belleza ídica, peculiar en las mujeres de su raza; y su cabeza adornada por bien poblada y nívea cabellera profusamente peinada, agrega un atractivo más a su simpático rostro de abuela buena.

Vasca francesa, de esa raza fuerte y noble, llegó a Montevideo en 1855, cuando contaba 23 años de edad; y en 1857, casó con don Carlos Isnardi, genovés, que fué quien introdujo al país, entre otros frutos, el limón genovés, llamado también de todo el año.



PLAYA CAPURRO

Caserío de los negros

Los esposos Isnardi-Alzugarat, pasaron a ocupar una quinta propiedad del marido, constituida por un área aproximada de tres hectáreas y hoy desaparecida, para dar lugar a una bien nutrida edificación, en las proximidades de la Playa Capurro.

Por aquella época era conocido el lugar con la denominación de "Caserío de los negros", porque por allí hubo un local destinado a la guarda de negros esclavos, que los buques nos traían de los mercados de ultramar.

Las únicas casas que se levantaban, eran la de la quinta de don Juan B. Capurro, la de la grasería del francés, la de doña Luciana González, en donde hoy es el barrio "La Castellana", la de Isnardi; y a los fondos de esta propiedad, la del general don Manuel Oribe, más tarde conocida por el "Campo Eúskaro".

Después que Capurro compró su propiedad, cuya finca se levantó en donde hoy funciona el colegio, — hará de esto unos setenta años, — fué que empezó a llamarse el lugar, con la denominación de "Capurro", dado que el expresado se-

ñor, era el principal propietario de la localidad.

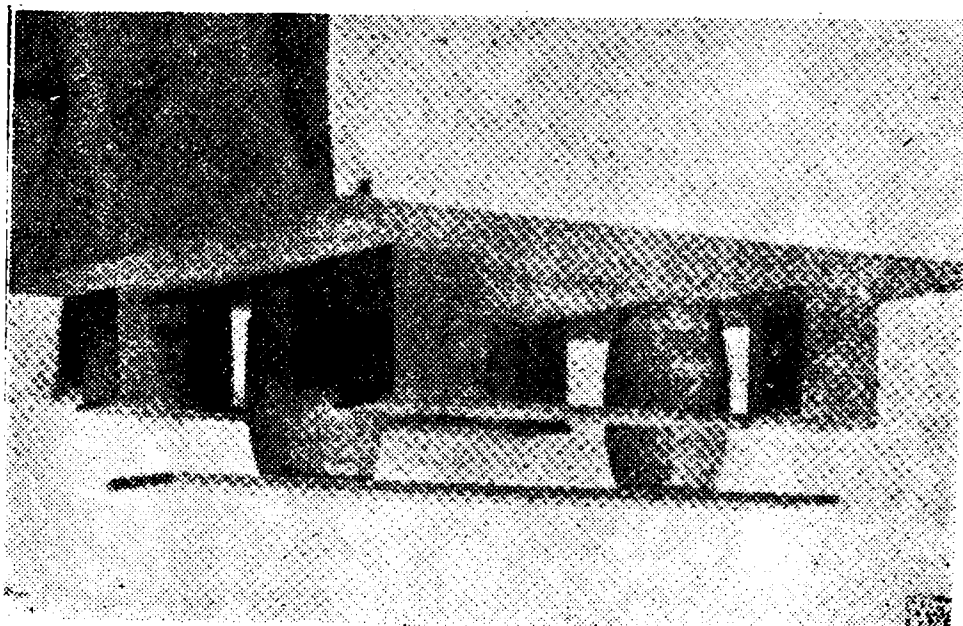
Perspectivas de la playa

Desde la desembocadura del Arroyo Pantanoso, en donde funcionaba el Saladero Lafone, hasta Bella Vista, el único signo de progreso que habla en la playa era el "Muelle Capurro" — en donde hoy se encuentra el edificio de la Destilería Oriental, — construido por don Juan B. Capurro, para proveer de arena a los buques, que, faltos de cargas, volvían en lastre para los puertos europeos.

En toda esa costa, se levantaban altísimos médanos, que fueron eliminados para el aprovechamiento de sus arenas. Y en el lugar en donde está ubicado el pintoresco balneario, — Mister Evans, con la misma finalidad que el señor Capurro, — extirpó no solamente los médanos, sino que también una buena parte de tierra, que hoy tanto se echa de menos allí.

Los caminos de acceso y medios de locomoción

Los caminos que daban acceso a la playa, eran pocos y rematadamente malos, bordeados por cercos



Banco y mesa de la escuela fundada en el campamento del Cerrito cuando la Guerra Grande

de pitas, matizados abundantemente con ejemplares del tradicional ombú. Y tan mala era la vialidad que, durante los inviernos y mientras aquello no estuvo empedrado, no permitía el tránsito de ningún vehículo.

La calle Capurro era un camino cortado a la altura de la de "Uruguayana", por la quinta de Espinosa; y su apertura, para dar acceso a la calle Agraciada, data de unos cincuenta años aproximadamente.

Para las comunicaciones con el centro, se aprovechaban los viajes que realizaban las diligencias, en número de dos por día, por una empresa, que hacía salir sus vehículos, desde frente al Hotel Malacof 18 de Julio y Andes, hasta el Hotel Mata, en el Paso (Agraciada e Iglesias), cuya finca conservaba todavía las columnas, imitando a las de la Pasiva.

El recorrido se realizaba por Agraciada, vía de comunicación que ofrecía un mal pasaje, a la altura del Arroyo Seco, pues en ese lugar, grandes tembladerales, eran los causantes de abundantes "pe-

ludos" y el terror de mayores y cuarteadores.

La playa Capurro siempre fué favorecida por bañistas, que formaban los vecindarios de Agraciada, Paso del Molino, Puente de las Duranas, etc., etc., y entre las familias que concurrían, la señora Isnardi recuerda a las de García Wich, Joanicó, Rodríguez, etc.

La falta de tranvías y de carruajes por un lado; y la ausencia absoluta de casillas y de carpas en la costa, era suplida por carretillas y carretas tiradas por bueyes, perfectamente toldadas, vehículos que, a la vez de ser utilizados como medios de transporte, servían también como alojamiento para la toilette previa y posterior al baño.

Pero la verdadera importancia de Capurro, data de veinte y cinco años atrás, en cuya fecha recién llegó el tranvía.

El señor Isnardi compró las tres hectáreas en las cuales formó su quinta, a razón de dos o tres centésimos el metro, precio que en la actualidad ha subido hasta seis pesos.

El horno de ladrillos de la dictadura

Después de la demolición de la Ciudadela. — El espíritu de economía de Latorre. — Consecuencias de la falta de higiene. — "Huéspedes" indeseables. — Lo que nos dijo el coronel don Lucas Rodríguez.

En donde estaba el horno

Después que se hubo dado término a los trabajos de demolición de la vieja Ciudadela, que como lo hemos dicho ya en diversas oportunidades ocupaba parte del perímetro de lo que es hoy Plaza Independencia, en cuya tarea fueron utilizadas personas llamadas presos de policía, porque no pasaban a disposición del juez y cuya detención alcanzaba a un mes, o más si llegaba el caso, el coronel don Lorenzo Latorre deseando que sus prisioneros

no lo pasaran en holganza, hizo funcionar un horno de ladrillos en lo que es hoy calle Charrúa entre Defensa y Blanes, proximidades de lo que fué "Quinta de mister Evans", que ocupaba el área que comprende la edificación de Blanes, Defensa, Municipio, Maldonado, Durazno, etc., etc., área que por entonces y en una gran parte no era otra cosa que un descampado lleno de zanjones.

A los diez o doce días de haberse terminado los trabajos de demolición de la Ciudadela, se enviaron por orden del dictador al paraje que hemos descripto en el párrafo anterior, unos treinta o cuarenta presos, uno de ellos con garboso jacket, prisioneros que fueron alojados en una vieja finca que hasta hace poco existía fuera de la línea

de edificación, invadiendo parte de la calle y que no contaba más que con dos piezas, una de las cuales servía para alojamiento de los reclusos y la otra para "cuerpo de guardia".

La disciplina era la misma que regía para el taller de adoquines, de cuyo establecimiento carcelario ya tuvimos oportunidad de ocuparnos extensamente en el tomo I de "Recuerdos y crónicas de antaño".

Régimen interno

El relativo aislamiento del paraíso hacía que las medidas de vigilancia se extremaran y que las órdenes en lo que se refiere a la seguridad de los presos, fueran de las más severas.

Hasta los hornos, que producían ladrillos para las obras públicas exclusivamente, no llegaban más personas que las encargadas de su transporte y algunos empleados policiales, con lo que queremos decir, que los prisioneros vivían en un completo aislamiento y faltos de todo recurso.

Allí no se contaba con otra agua para la higiene corporal y de las ropas, que la no muy cristalina del charco que facilitaba el amasijo del barro para el cocimiento del ladrillo. Y la que se bebía, se transportaba en un tacho desde alguna casa vecina.

Era tal el espíritu de economía que imperaba en esta original colonia carcelaria, que hasta el fuego se hacía con el aprovechamiento de las ramas que daban las podas del arbolado público.

Latorre, de espíritu tan despótico como práctico, quería que aquello no costara un solo "vintén" al era-

rio público; y en verdad que lo conseguía, si bien a costa de la salud no solamente de los presos, sino que también del personal de vigilancia y hasta del de los destacamentos militares, de cuyos componentes sobreviven todavía, aparte de nuestro informante, el coronel don Lucas Rodríguez, los de igual graduación don Angel de León y Santos Mainginou Pereyra, que eran "cadetes" en la fecha que nos ocupa.

Consecuencias de la falta de higiene

Los presos, faltos de ropas, faltos de agua y dedicados a una tarea tan penosa como sucia, se vieron al poco tiempo de estar allí, convertidos en verdaderas incubadoras de esos parásitos que tan molestos resultan al cuerpo. Y era tal la magnitud de la "plaga" que, cuando el centinela de facción, a causa de una impertinente lluvia, se guarecía nada más que bajo el dintel de la única puerta de la mal llamada "cuadra", se veía obligado a "marcar" continuamente el paso durante la hora que le tocaba hacer la "imaginaria", para que tan desagradables huéspedes no pudieran trepárseles por las piernas.

Tiempos que fueron...

El muy simpático coronel don Lucas Rodríguez, cadete entonces como ya lo hemos dicho y que muchas veces tuvo que marcar el paso en aquella inmunda pocilga, no podía menos que hacer visajes de asco cuando nos contaba lo que dejamos descripto, a la vez que repetía el movimiento rítmico de las piernas, como si realmente lo amenazara de nuevo, el peligro de una invasión...

El hoy Almirante frances Lapeyrere

Viejo conocido de Montevideo. — Una hazaña en el Dique Cíbils. — El célebre explorador doctor Charcot. — Una placa recordatoria.

El primer buque de tonelaje mayor que entró al antiguo Dique Cíbils, hoy Nacional, fué el "Pampa",

de la Compañía Chargeurs Reunis, en Enero de 1881, y no sin que al anunciarse la operación hubiese oído lugar a que se suscitasen animadas controversias entre la gente de mar, por cuanto se dudaba de la posibilidad de la entrada del barco, en virtud de su mucho calado.

Como los prácticos del establecimiento dudaran también del feliz éxito de la operación, y cuando ya se desesperaba de poder practicarse aquí las reparaciones que exigía el estado de la nave, dado que ninguno quería cargar con las responsabilidades de un posible accidente, surgió como por encanto un audaz euan valeroso marino, un joven francés, el teniente Lapeyrere, del aviso "Boursaint", de la escuadra francesa, de estación en estas aguas, quien se ofreció para pilotear el "Pampa" en las operaciones de entrada y salida del dique, garantiendo el éxito de la operación, que llevó a término con toda felicidad y que le valió las felicitaciones de todos los entendidos.

El joven marino que nos ocupa es el mismo que, con el correr de

los años, habría de llegar a alcanzar la graduación de almirante, con la que ocupó el cargo de Ministro de Marina de Francia; y cuando la gran guerra mundial, con tan alta graduación mandara también la escuadra de su país en las operaciones del Mar del Norte.

De Lapeyrere, que supo conquistarse aquí hondas simpatías, recordando su "hombrada" de teniente en las aguas de nuestra bahía, desempeñando la cartera de Marina de la República Francesa, comisionó al arrojado explorador doctor Oharcot, para que colocase en su nombre, en el dique Cibils, una placa de bronce recordatoria del suceso que nos ocupa y que aún se conserva fijada en uno de los muros del establecimiento.

JUSTICIA PRONTA Y BARATA

Cuando la dictadura de Latorre. — Anticipándose a Mussolini y a Primo de Rivera. — Comisario de Policía infiel. — Dos años de trabajos forzados.

Copiamos de un diario de la época:

"Gefatura del Departamento de Soriano

"Mercedes, Setiembre 29 de 1877.-

"Exmo. Señor Ministro de Gobierno D. José M. Montero (hijo).

Cuando acepté el cargo de jefe político de este Departamento, lo hice con el propósito firme de secundar el programa del gobierno del coronel Latorre del que V. E. tan dignamente forma parte.

"El Superior Gobierno ha sido inexorable con los delincuentes.

"Mi autoridad ha secundado enérgicamente tan digno propósito.

"Uno de los comisarios de este departamento, D. Juan... (perdónesenos que ocultemos su apellido) según la sumaria instruida y que elevo á manos de V. E. ha faltado á sus deberes de una manera torpe é indigna, por cuya razón lo pongo á dis-

posición de V. E. custodiado por el teniente don Guillermo Guerra.

"Si todas las denuncias que verbalmente se me han presentado contra la autoridad del comisario Don Juan... fuesen a constatarse, se una obra interminable que daría lugar a que el preso y la sumaria jamás llegasen a manos de V. E.

"Los hechos que se consignan en la sumaria que remito, me relevan de otras explicaciones, limitándome á saludar á V. E. con toda mi consideración y respeto

Vicente Garzón

A lo que se proveyó lo siguiente, por el "Primo de Rivera" o "Mussolini" de entonces, que recién empieza á encontrar imitadores en los países europeos.

Ministerio de Gobierno
Montevideo, Octubre 2 de 1877.

"Considerando que el sumario instruido por el Jefe Político de Soriano al comisario de la 6.ª sección don Juan P..., resulta plenamente probado que este funcionario público ha cometido fraudes y arbitrariedades incalificables que merecen ser castigadas de una manera ejemplar, el Gobierno resuelve destituir

de su cargo a ese indigno empleado condenándolo a dos años de trabajos forzados en el taller nacional.

"Comuníquese a quienes corresponde y publíquese en la forma acordada. — Rúbrica de S. E. — Montero".

Como podrá apreciarlo el lector, sin vistas fiscales, sin jueces y sin mayor gasto de papeles, Latorre, como ya lo hemos dicho en el Tomo I.º de "Recuerdos y Crónicas de Antaño" hacía justicia pronta y barata.

CARNESTOLENDA ANTICIPADA

Preparativos para las del 78. —

Empresa que prometía mucho. —

Una hoja suelta de la época. —

"Grandiosos y solemnes bailes."

Si hemos de juzgar por un programa que nos ha sido facilitado por mano amiga, podemos afirmar que, Montevideo, en el año 1877, era una Jauja en lo que a fiestas carnestolendas se refiere; y que tanto era el entusiasmo, que en pleno Diciembre se lanzaban volantes alusivos, a la circulación.

Conviene decir que por aquel entonces, las comparsas de negros, en la Noche Buena, hacían irrupción en las calles de la ciudad, con sus correspondientes estandartes al son de tambores y de masacalles, anticipándose también así, a los festejos del dios Momo.

Una de las hojas a que nos hemos referido, está concebida en los siguientes términos:

CARNAVAL DEL 78
TEATRO NACIONAL
67 - Solís - 69

Alerta a los elegantes dandys
y hermosas niñas
de Montevideo

LUJO, BUEN GUSTO
Suntuosos bailes de sociedad

Y en seguida, anunciaba el programa que comentamos, que el lunes 24 y el martes 25 del expresado Diciembre del 78, tendría lugar "la solemne inauguración de los grandiosos y lujosos bailes", para

cuya finalidad la empresa, con no pocos ditirambos, hacía saber al respetable público, que había echado el resto, ni más ni menos.

"Nada más bonito, — afirmaba el prospecto, — de más cómodo y de más nuevo pueden desear los aficionados a la danza; estamos seguros de que los bailes del Teatro Nacional, se llevarán la palma sobre todos los que darán en esta Capital".

Al que pintó los salones, palcos y graderías, le daba muy amablemente la hojita que comentamos, la calificación de mago; — y en lo que se refiere a la música, afirmaban los empresarios: "No decimos nada de la orquesta, pues, cuando se sepa que está dirigida por el afamado maestro Caneschi y que forman parte de ella, los más reputados maestros de esta capital, como Tormentini, Rossi, Cardullo, Franck, Ferroni, Campodónico, Bottaro y muchos otros, todo está dicho; los inteligentes comprenderán que será una orquesta completa y sin rival; una orquesta que interpretará sublimemente las más hermosas composiciones para bailes, de Strauss, Giorza, Dall'Argine, Offembach, Lecok, Matozzi, Madoglio, etc".

Y como garantía de orden terminaba diciendo la empresa: "Asegurando desde ya que tendrá particular empeño en eliminar cualquier causa de desprestigio y de desorden..."

El programa de las piezas que se ejecutarán en esas noches, será publicado en todos los diarios".

Montevideo. Diciembre 17 de 1877. — La Empresa".

Muchos abuelos que nos leen, sonreirán al recordar sus días de

juventud, como así también alguna aventura más o menos galante, que tuvo por marco, "los grandiosos y lujosos bailes" del Teatro Nacional".

CUADRITOS MONTEVIDEANOS

El Café del Agua Sucia — Origen de su nombre. — A falta de red cloacal. — Los "camungueros". — Provisión de agua potable.

En el tomo primero de "Recuerdos y Crónicas de Antaño", al ocuparnos del "Café del Agua Sucia", establecido en un casucho que se levantaba en donde hoy se encuentra el palacio de Sarandí y Juan Carlos Gómez, decíamos que el nombre del establecimiento se debiese quizá, a la mala calidad del café que allí se servía a los clientes.

No pocos viejos de aquellos lejanos días nos han enrostrado que, en este caso, no hayamos estado del todo bien informados, puesto que, el café que se expendía en este establecimiento, de propiedad del gallego Costales, era de tan buena calidad como el que se servía en el café de San Juan del tuerto Adrián, andaluz de buena cepa y en los demás comercios similares de la época.

El público lo bautizó con el nombre de "Café del Agua Sucia", porque no existiendo todavía en Montevideo obras de saneamiento y no permitiendo tampoco el subsuelo por su calidad petrea, que se practicaran depósitos o pozos negros, las aguas servidas se guardaban en las casas, durante las horas del día, depositadas en cascós que nos habían llegado de Europa con generosos vinos; aguas que en las primeras horas de la mañana y mediante la correspondiente retribución, se vaciaban en un bocoy de quinientos litros, que descansaba sobre el piso de una carretilla tirada por mulas. Este bocoy totalmente cerrado tenía en su base superior un gran embudo, para re-

cibir el contenido de los cacharros de menor cuantía de las fincas.

Y bien, Como a esas carretillas después de haber realizado la labor del día se les estacionaba a la vera de la acera del café de Costales, mientras sus conductores y cargadores tomaban "las mañanas" en el interior del comercio, a la vez que mantenían allí largas conversaciones antes de volver con los vehículos a la barraca que los guardaba, — dió en llamársele, como ya lo hemos dicho, — "Café del Agua Sucia", que ha sido con el nombre que ha pasado a la historia.

La falta de red cloacal

Y ya que hemos hablado de este servicio de salubridad pública, justo es que hablemos también del que realizaban los pobres morenos, cuando Montevideo no contaba con la red cloacal.

Las materias fecales se guardaban por entonces en barriles de cincuenta litros, que en las horas de la noche, cargaban sobre sus cabezas los morenos, para arrojar los contenidos en las aguas de la bahía o de la costa Sur.

A los hombres que desempeñaban estos servicios se les llamaba festivamente, "camungueros".

Provisión de agua para el consumo

Y como no se soñaba tampoco con que pudiera traérsenos desde Santa Lucía, el agua para beber que hoy consumimos; y como las casas con aljibes, eran por otra parte también, bastante escasas, funcionaban los aguateros, ginetes en mulas de escasa alzada, que cargaban cuatro barrilitos de unos veinticinco litros cada uno y que se colocaban dos a cada lado del lomo del animal.

El agua así traída, generalmente de los Pozos del Rey, se vendía a tanto el balde.

Otros aguateros. — los menos, — conducían el agua en barriles mon-

tados sobre dos ruedas y que arrastraban yuntas de bueyes o de caballos.

Su aproximación era anunciada por el tintineo de un gran cencerro.

FIESTAS MERCEDARIAS

Las paces del 71 — Te Deum, sortijas, asado con cuero y "otras cosas" — Se queman los fuegos de artificio — La división acampada

Los festejos que se realizan ahora, difieren fundamentalmente de los que se realizaban cincuenta años atrás.

Así por ejemplo, las que tuvieron lugar en Mercedes con motivo de "las paces del 71", demuestran que hasta la viruela, que había azotado al bello solar chaná, había desaparecido para asociarse al júbilo que allí reinaba con motivo del fausto acontecimiento.

Un diario metropolitano de la época nos dice:

"Noticias de Mercedes". — Nuestro corresponsal nos escribe con fecha 1.º del corriente comunicándonos las siguientes noticias:

Por este departamento seguimos tranquilos y el nuevo "Gefe" Político, señor don Jacinto Figueroa, sigue arreglando las cosas.

Ha habido cambios de comisarios en esta ciudad y también de policías; — porque parece que los individuos que estaban en esos puestos no quieren quedarse y con este motivo las policías se formarán de soldados del "Batallón General Flores", hasta que otros los reemplacen.

Las fiestas que estaban anunciadas para hoy, mañana y pasado, se han suspendido porque se ha incendiado el depósito de fuegos artificiales que estaban preparados para esos días.

La plaza Independencia está muy bien adornada; habrá Te Deum, sortijas, asado con cuero en el Dacá y otras cosas.

La salud pública de la ciudad es inmejorable; la viruela ha desaparecido casi totalmente y solo se presenta un caso.

La división de este departamento está acampada, etc. etc."

Así nos informa con faltas de ortografía y de puntuación un diario de la época, de que la paz que se iba a festejar no era tan resplandeciente como debiera serlo, dado que, tenían todavía la viruela, había "desparramo" de policías y comisarios, se había incendiado el depósito de los fuegos artificiales y porque, además, estaba todavía acampada en los alrededores de la ciudad, la división del departamento, esperando tal vez el momento de volver a entrar en danza, por esas cuchillas de Dios, tan azotadas por nuestras guerras fratricidas...

¡Quien sabe cuales serían "esas otras cosas", aparte del Te Deum, de la sortija y del asado con cuero, de que nos habla el corresponsal mercedario!!..."

COSTUMBRES CANARIAS

Ligeras consideraciones sobre los primeros inmigrantes — Precursores de la agricultura — El nacimiento de un nuevo hijo — En lo “c loco” estoy.

Ya lo hemos dicho en el tomo primero de “Recuerdos y Crónicas de Antaño”, que la primera inmigración canaria que recibió el país, fué en el año 1835, gracias al patriotismo y al desinterés de don Francisco Aguilar, de quien hicimos en aquella oportunidad, cumplido elogio .

ponderables, eran también y por regla general, indolentes en grado sumo, limitándose a realizar la agricultura en forma asaz precaria y rudimentaria. Roturaban la tierra superficialmente, en perjuicio de una cosecha superior; y después de sembrado el trigo y el maíz, esperaban tranquilamente la época de la recolección de los granos, sin preocuparse mayormente de quitar los yuyos parásitos, que pudieran perjudicar la sementera.

Foco o nada ambiciosos, se conformaban los labriegos con sacar



El Pericon Nacional

Los canarios, fueron los precursores de la agricultura en la República, desenvolviéndose tan noble tarea en sus albores, en los departamentos de Canelones y Maldonado.

Los isleños, si bien es verdad que se distinguían por su hombría de bien, por sus hábitos pacíficos y por otras condiciones no menos

lo indispensable para atender las necesidades más apremiantes de sus vidas y la de sus hijos que, año tras año, aumentaban infaliblemente.

Una de las características de esta buena gente, — la más graciosa sin duda, — la constituía la aparición de un nuevo vástago. Era costumbre en aquellos días, que las

madres, a poco de haber alumbra-
do, fueran al trabajo, ya tras la
mancera del arado o ya lavando las
ropas de la familia en la cañada
próxima, mientras que el marido,
arrebujada la cabeza con amplio
rebose de lana, ganaba la cama que
dejaba la parturienta, para dar ca-
lor al rerro.

Corría la voz de tan grato acon-
tecimiento entre el vecindario que
era muy unido, tanto para los días
de bienestar, como para los de in-
fortunio; y entonces era el caso de
verse llegar hasta "las casas", que
así se llamaba generosamente al
misérrimo rancho, a los compadres
y amigos de ambos sexos que, al
aproximarse y a los gritos de ¡"jue-
ra" perros! ante el avance de la
jauría, iniciaban el saludo antes de
apearse del caballo, con el sacra-
mental.

—Ave María, purísima...

—Sin pecado concebido. — con-
testaban los de la casa. — Abájese,
pués.

—Güenas tardes...

—Alléguese nomás... Güenas
tardes le dé Dios.

Y ya en el "patio", que era ese
pedacito de tierra que quedaba li-
bre de vegetación entre la vivien-
da y la cocina, se iniciaban los
apretones de manos con el siguien-
te acompañamiento de palabras.

—Cómo está?

—Bien; ¿y Vd.?

—Bien, gracias.

—¿Y pu allá la gente?

—Bien, gracias. ¿Y el compadre
Nicasio?

—Ahí está, acostau con el ne-
ne... Dentre pues.

Y entonces, el hijo mayor, varón
o mujer, precediendo a la visita
que siempre era portadora de un
regalito representado por labores
femeninas, por una botella de licor
o por unas golosinas a las que lla-
maban "chiches", inclinando la ca-
beza para no golpearla en el mar-
co superior de la puerta, siempre ba-
ja, penetraba al rancho dividido en
dos por una cortina de zaraza de
colores chillones. La parte más hol-
gada y de mayor luz para la "sa-
la", y la otra, para dormitorio.
Desde la primera el visitante re-
cogiendo una parte de la cortina
para hacerse ver por el dueño de
casa y tras algunas reverencias, sa-
ludaba, con estas palabras, que eran
de rigor:

—Güenos días al güen enjen-
draor...

—En lo cloco, estoy, — contesta-
ba el pseudo enfermo — refiriendo-
se a que hacía las veces de gallina
clueca, cuando ésta daba calor a
sus polluelos.

Y a poco, el mate tradicional em-
pezaba a circular por centésima
vez en el hospitalario rancho.

EL CAPITAN VIRUTAS

Ya que nos hemos ocupado de
tantas cosas del Montevideo antiguo,
justo es que rindamos tributo tam-
bién, a algunos tipos populares que
con sus modalidades contribuyeron
a endulzar las horas de nuestros ma-
yores.

Allá, por 1880 alcanzó su mayor
esplendor, un hombre de regular es-
tatura, carón y que cubría su am-
plia cabeza con una galerita que
caía sobre la frente hacia la dere-
cha, ni más ni menos que el com-
padrito orillero más pagado de su
garbo.

El capitán Virutas que así lo lla-
maban todos, y que, con tal apodo,
pasó a la posteridad, era un inquie-
to de resuello largo. Su insania lo
había llevado a correr paralelamente
a los tranvías, que en aquellos
tiempos eran tirados por caballos,
haciéndose preferentemente su re-
corrido, por 18 de Julio.

Nuestro hombre que se creía un
tranvía de verdad, hacía idénticos
movimientos que el guarda freno,
que era el que guiaba los caballos,
ya simulando dar un buen chico-
tazo al perezoso cadenero, ya

tocando la corneta antes de cruzar la boca calle, o bien frenando, para que ascendieran o descendieran los pasajeros, después de un imaginario sonido de timbre.

En los días de corridas de toros, el Capitán Virutas extendía su recorrido hasta La Unión, con la consiguiente alegría de los pasajeros y especialmente del elemento joven que, con sus gritos y sus chanzas, lo estimulaban para que excediese en velocidad a los trenes, haciendo así el viaje de regreso a la ciudad, en idénticas condiciones, una vez que terminaba el espectáculo.

¡Pobre Capitán! ¡Tuvo un fin trágico! ¡Haciendo honor a su jerarquía, murió a manos de un soldado!!

Una noche cruda de invierno, de pertinaz llovizna, y cuando por lo avanzado de la hora ya no circulaban por las desiertas calles los tranvías, falto de todo estímulo para la marcha y falto también de ropas que abrigaran su cuerpo, el inquieto Capitán, mojado, tiritando de frío, buscaba abrigo en una de las paredes exteriores del viejo caserón que servía de sede al Cuartel de la Artillería de Plaza, ubicado en las calles Colonia, Minas y Mercedes.

Por aquel entonces, de Mercedes

para abajo, la edificación era muy escasa; apenas uno que otro barracón levantaba sus construcciones en medio de grandes zanjones; matizados aquí y acullá por ejemplares del tradicional ombú.

—¡Alto! ¿Quién vive?, gritó el centinela apostado en el portón que daba sobre la calle Mercedes, al ver que un bulto se escurría a la sombra del lienzo de pared.

Y ¡oh ironía del Destino! Aquel capitán que no entendía de voces de mando ni de prevenciones militares y que habría detenido su marcha si el centinela con solo bajar a la calzada le hubiera levantado una mano para que detuviera su marcha, siguió avanzando, avanzando...

—¡Alto! ¿Quién vive? Volvió a tronar con idéntico resultado la voz del militar, a la vez que se sentía el ruido característico y amenazante del levantamiento del gatillo del fusil.

En el llorar de aquella noche sonó un tiro; y el capitán Virutas rindió tributo a la Vida, cuando la buscaba, precisamente, tratando de procurarse un poco de abrigo para sus nobres miembros, ateridos por la lluvia y por el frío, al amparo de un lienzo de pared...

EL NEGRO SAYAGO

El negro Sayago, aparte de su popularidad en los días de paz y muy especialmente en los de las corridas de toros, fué hombre de epopeya. Soldado de la Defensa, actuó también como clarín de órdenes de Garibaldi, en la célebre acción de San Antonio.

Africano, fué traído muy niño de las selvas de los trópicos como esclavo conjuntamente con sus padres, en épocas en que se ejercía tan triste comercio, cabiéndole en suerte pasar a pertenecer a la familia del señor Sayago. De ahí su apellido.

El negro Sayago, que así lo llamaba todo el mundo, era uno de

esos morenos educados por gente antigua, sumamente prolijo en el vestir y extremadamente cumplimentero y bien hablado. Sus motas, siempre cuidadosamente peinadas, con raya al costado, eran cubiertas por una gorra de visera dura, que a poco, quedaba gastada con tantas reverencias a que la obligaba su dueño.

Como buen africano, aunque su pronunciación española era correcta, Sayago ostentaba orgulloso dos aros de oro que pendían de sus orejas, el lujo de los de aquella raza; con cuya costumbre fué consecuente, hasta la muerte.

Conocido y querido por chicos y por grandes, era detenido nuestro hombre, a cada momento, con la consiguiente recompensa de algunos vintenes o de algunos reales; y su proverbial saludo, lleno de ceremonias, dirigido a hombre o mujer, según los casos, sin dar tiempo casi, a que se le contestara, se hizo célebre.

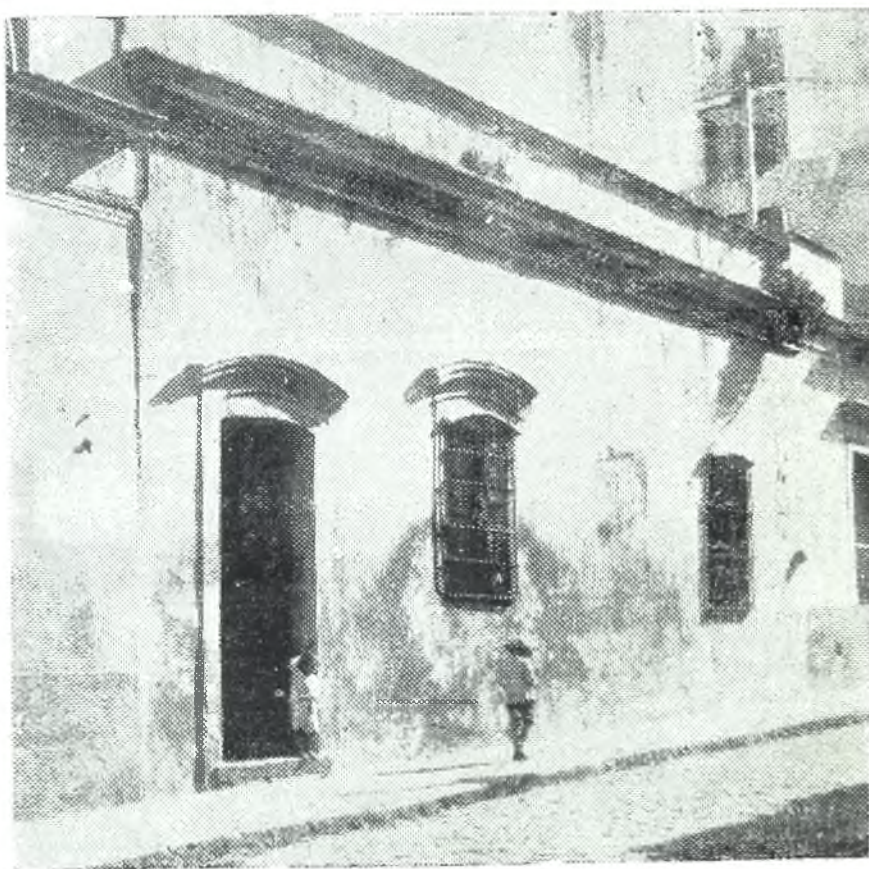
—¿Cómo está el joven? ¿Cómo se encuentra la niña? ¿Su señor papá? ¿Su señora mamá? ¿Sus hermanitos y sus hermanitas, se encuentran bien?

Sumamente respetuoso, como todos los de su raza, jamás tomó el lado de la pared a ninguna persona blanca, en sus correrías habituales por las calles de la ciudad; y así, ya viejo, pero erguido, continuó haciéndose estimar por todos, hasta que la muerte lo llamó a su seno, después de la guerra de 1904.

Retirado de la vida militar con su correspondiente premio de constancia, mejoraba sus medios de vida, repartiendo prospectos a toques de clarín,—siendo su especialidad y el que le diera fama, el de atención,—No se concebía entonces que pudiera haber corrida de toros sin que ella fuese pregonada anticipadamente y en todas las boca cailes, por dos vibrantes y prolongados sonos, que tan armoniosamente arrancaba de su instrumento, el veterano moreno.

En las corridas de toros, Sayago desempeñaba a conciencia su rol de clarín de órdenes poniendo su mayor cuidado, en el toque de atención, para que los “porteños” se diesen cuenta de cómo las gastaba.

Tan popular llegó a ser nuestro biografiado que nos dejó un refrán: el que refiriéndose a una persona que tiene muchas refacciones, se le dice: más conocido que Sayago.



Casa del coloniaje existente en la calle Piedras 614

LAS ROGATIVAS

Ya que en números anteriores nos ocupamos de hacer conocer a nuestros lectores algunos cuadritos de costumbres canarias, faltáramos a nuestro deber informativo si no completásemos aquellos, con otras descripciones no menos pintorescas y veraces, que ponen en transparencia el arraigo de las ideas religiosas de que estaba dotada aquella buena gente.

Así, por ejemplo, cuando las sementeras azotadas por el sol abrasador, reclamaban un poco de agua, se hacían en "las casas", "novenarios" que se rezaban en familia, pidiendo la intercesión del Altísimo para que, conolido ante la perspectiva de una mala cosecha a causa de "la seca", descolgase sobre los sedientos y agrietados campos, la lluvia bienhechora.

Pero, había veces que los rezos en familia no eran bastantes para decidir a la "Corte Celestial" en el sentido deseado por los labriegos; — y era entonces que, previo acuerdo tomado entre la gente del distrito, se solicitaba la intervención del

párroco del pueblo que, mediante una paga ajustada anticipadamente realizaba en forma de procesión, seguido por los interesados y precedidos todos por la imagen de San Isidro, — una ceremonia que la gente de pueblo llamaba sencillamente "rogativas" y los sacerdotes, "rogativas ad pluviam".

Y la comitiva, llevando a su cabeza cruces y ciriales y la imagen del patrono San Isidro, marchaba hacia las afueras del pueblo, internándose entre los marchitos sembrados, para entonar cánticos plañideros impetrando a las alturas, el riego benéfico que habría de salvar la cosecha promisoriosa...

Nuestra mala memoria solo nos permite recordar el siguiente verso que cantaba a coro el canariaje, en una de las ceremonias a que hacemos referencia:

Patrón San Isidro
Cierra nuestras grietas
Que por nuestras culpas
Tenemos abiertas.

PARA LAS ANIMAS DEL PURGATORIO

Antes del día de los muertos. — Formación de la comparsa. — La guitarra adelante. — "Abánquense", pues. — Sacrificio que se impone: el idioma o la música.

Al aproximarse la fecha del "Día de los muertos", que los canarios llamaban de "las ánimas", era costumbre entre estos formar comparsas de ocho o diez personas, quienes, montados a caballo y con el mejor guitarrero del pago, recorrían el

rancherío pidiendo limosnas para "las benditas ánimas del Purgatorio", colecta que entregaban al párroco de la iglesia del pueblo próximo.

En la sección del Sauce del Departamento de Canelones que, al igual del de Maldonado, acaparó la inmigración de los pacíficos canarios, — se hizo célebre uno de estos que, a fuerza de resultar siempre electo presidente de la comparsa por sus ponderables condiciones de

rezador y de cantor, pasó a la posteridad con el sugestivo apodo de "Anima Bendita", a cuyo llamado respondía muy ufánamente.

Iniciada la gira, llegaban los pedigüños a los ranchos en correcta formación, ni más ni menos que los componentes de la comparsa de "turcos" mejor organizada; y antes de llegar al borde exterior del "patio", realizaban una serie de evoluciones.

Luego, formando de frente, en una sola fila, gritaba el presidente:

—¡Ave María purísima...!

—Sin pecado concebida... ¡Abájense si gustan..., respondían los del rancho.

Y entonces ordenaba a los suyos, el jefe de la comparsa.

—¡Pié a tierra! La guitarra "alante". ¡Marchen!

—Dentren, raisanos, invitaban entonces los dueños de casa.

Ya en la sala, que como asientos ofrecía largos bancos de confección casera y ante la permanencia de pié de los visitantes, volvía a indicar el visitado:

—Abánquensen, pues, queriendo con ello decir que se sentaran.

Momentos después, con una tonadita especial para esta clase de ceremonias y al son de la vihuela, la comparsa cantaba unos versos, de los cuales nuestra memoria ha retenido solamente lo siguiente:

Si las ánimas benditas me llevan
Me "embarararco" y me voy con
ellas.

Los canarios cantores, al querer decir me "embarco", alargaban la métrica del verso estropeando la palabra, para no estropear la técnica de la música que entonaban y que era por cierto bien rudimentaria.

Al final de la jornada, con una regular cantidad de patacones recolectados en todo el distrito para atender a las "benditas ánimas del purgatorio", los comparseros acordaban a veces festejar el éxito de sus gestiones con una "comilona", siempre rociada con abundante vino carlón; y que, según las malas lenguas, era pagada con parte del dinero recolectado. Así debió enterarlo cierta vez y después de recibir el producido de la colecta, el curá del Sauce don Antonio Millia, ex capitán de los ejércitos carlistas de España, quien en un sermón dicho precisamente en el día de los muertos, sostuvo que la práctica de las comilonas realizadas por sus feligreses pedigüños era contraria a las finalidades perseguidas por la iglesia, por cuanto con esos actos se llegaba al pecado de la gula y al de la blasfemia con el agregado de que siempre había en el "baile" quien empinase el codo mas de lo conveniente.

Para beneplácito del sacerdote, y tranquilidad de las ánimas del purgatorio, desde ese día, — rezan las crónicas, — el producto total de las colectas no sufrió mermas.

BAILES RURALES

Hacia los ranchos. — Hasta tres enancados. — Se adivina un vislumbre de luz. — La "sa'a" y la "cocina". — El "bastonero". — Regando el piso. — Declaración de amor. — Reclamando prenda. — La vuelta al pago.

En más de una ocasión y al hablar de bailes hemos mencionado al "bastonero", que era el que dirigía la batuta en esta clase de diversiones.

Los danzarines de campaña, hasta no hace muchos años todavía, tenían que estar supeditados a la inapelable decisión del espécimen que nos ocupa, que ejercía su autoridad en rancherías y aún mismo, en algunos bailongos llamados también de "media caña" que se realizaban en los suburbios de los pueblos y ciudades del litoral e interior de la República.

Rumbeando...

¡Cuántas veces en noches de caer heladas inclementes, de esas que en buen romance criollo se llaman "machazas", caba gaban divertidos muchachos puebleros con rumbo impreciso, pero animosos y seguros de llegar a buen fin, enancados de a dos y hasta de a tres en misérrimo matungo, tomado a tales efectos y sin la anuencia de su dueño, de un terreno baldío cualquiera! ¡Y así, realizaban entre ida y vuelta, hasta ocho y nueve leguas.

Cuando los "manates", así llamados por los de afuera, se aproximaban al rancho de sus anhelos y percibían apenas la débil claridad que se escurría de la "sala" y que se perdía allí mismo, al lado de la puerta del rancho, única abertura de acceso al local, y llegaban imprecisamente hasta sus oídos los sonos del acordeón mezclados con los clamores del paisanaje alborozado, los pechos de los excursionistas se dilataban en hondos suspiros de satisfacción y... de alivio.

El caballo, nada codiciable por cierto, quedaba atado conjuntamente con los de los demás concurrentes a la fiesta, en el lienzo de alambrado más próximo, mientras que el cojinillo era escondido en previsión de un escamoteo, bajo las hojas protectoras de una mata de cardo; — y nada importaba a los alegres muchachos, que el caballo, por ser ajeno, pudiera ser "cerdeado" por algún paisanito celoso y vengativo, o simplemente amigo de dar bromas.

La sala del bañe

La "sala" era generalmente alumbrada con velas de sebo colocadas en candeleros de lata o de bronce, o en botellas, o bien semi guillotinadas en sus bases, por la boja de un cuchillo enterrado hasta su mitad en los terrones de la pared.

A veces, la potencialidad lumínica de las velas solía ser reforzada por alguna lámpara a petróleo, que se colocaba en el lugar más visible y sobre una "rinconera".

En la cocina, edificada por re-

gla general paralelamente a la sala y a 12 metros, el candil humeante y pestilente, alumbraba, si así puede llamarse a su imprecisa luz, a las paisanitas más "gurises", encargadas de acarrear los mates, — dulces y amargos, — desde el fogón que levantaba sus enanas proporciones en el mismo centro del local y en donde hervían constantemente calderas y pavas, al calor de las brasas que formaban los marlos de la última cosecha, en cooperación con algunas "pascualinas" secas, recogidas allí nomás, alrededor de las casas.

Amontonados sobre la puerta, tanto del lado de adentro como del lado de afuera, grupos de paisanos, unos con ponchos y otros sin ellos, pero todos con los sombreros encasquetados, comentaban entre risotadas las incidencias del bañe, que se desenvolvía a los sonos de acordeones y guitarras.

Poco exigentes en cuestiones de vestimenta, algunos iban de bombachas y otros con pantalones; y en lo que se refiere al calzado, se podía ver desde las botas de charrol, con sus cañas de complicados dibujos respunteados con hilo blanco, hasta la democrática alpargata, en cuyo caso, quien las calzase apretaba ciñendo las extremidades de los pantalones o bombachas, con la parte de la pierna de sus escarpines.

Y en el conterno interior de la sala, largos bancos alternados con sillas, ya que éstas no alcanzaban — bordeaban las cuatro paredes, que cuando más, ostentaban como adornos, algún huevo de avestruz vacío, colgado por larga cinta, — alguna imagen de santo, los retratos de "los viejos" de la casa, resguardados en marquitos de hojalata, algunas figuras de cajas de fosforos formando cuadro y pegadas en cartón, contorneado a guisa de marco, por paja de maíz de guinea en combinación con cintas y moñías — celestes o coloradas, — según fuera la filiación política del dueño de la casa; etc., etc.

Diffícilmente podían bailar más de cuatro parejas por vez; — y, precisamente, la tiranía del espacio, imponía la intervención del bastonero, cuya autoridad no se

discutía, --- personaje que al igual del resto de la concurrencia perianecía con el sombrero puesto y con su garrote, insignia de mando, pronto para alzarlo en cada momento en que fuera reclamada su eficaz intervención.

Cómo se bailaba

Los bailes conocidos por entonces, eran el pericón, el valse, por lo alto y por lo bajo, es decir: bailado serenamente y a saltitos, la polca, --- simple, con relaciones, o la del pavo,---la mazurca y el "chotis", que en su iniciación despertó un entusiasmo loco entre los bailarines rurales de ambos sexos, que al igual que a los del pueblo, a quienes tomaron los puntos, se soltaban para volverse a unir, después de algunas volteretas y de cruzadas de piernas.

Era condición indispensable para bailar bien, que danzarines y danzarinas arrastraran pronunciadamente los pies sobre el piso, siempre de tierra, llevando el compás de la música; y que al dar una vueltita, de acuerdo con la orden del bastonero, se diera una pequeña patadita en el suelo. El brazo izquierdo del hombre y el derecho de la mujer, tampoco permanecían inactivos, puesto que también indicaban rítmicamente en movimientos hacia arriba y hacia abajo, acompañando las contorsiones del cuerpo, los compases de la música, que a veces era reforzada con la voz gangosa del cantor que la lucía, entonando versos del siguiente tenor:

"Yo soy un gaucho ladino
"Y gallo entre los más gallos
"Que canta siempre con tino
"Como cuadra a un Caraballo".

Y a veinte metros de la sala, se oían más nitidamente los "ras" "ras" producidos por las plantas de los bailarines, que las quejumbrosas notas de la acordeón.

El bastonero

Habría deducido ya el lector, que quien desempeñase las funciones de "bastonero", tendría que reunir ciertas condiciones de valor y de ecuanimidad que impusieran

respeto y acatamiento a la grey. El palo o garrote, al igual de la "vara" de los alcaldes y corregidores de la época del coloniaje, era esgrimida también en este caso como símbolo, más que como arma "ofensiva" y "defensiva".

— "Alto el baile!!!!" gritaba con imperiosa voz el bastonero, cuando la nube de polvo, por su densidad, hacía dificultosa la respiración; --- y como por arte de encantamiento, cesaban en sus actividades y al unísono, filarmónicos y danzarines.

— ¡Un momento, muchachos, que vamos a regar la sala, antes de que nos "augue" la tierra

Regando el piso

Y era entonces que entraba en funciones una paisana, de las que por su edad habían pasado ya a "retiro", con su cabeza y parte de la cara cubierta por un pañuelo o rebozo, sosteniendo en su mano izquierda una palangana de lata y arrojando con la palma de la derecha, sobre el piso y en forma bien espaciadita, no fuera cosa de que se formara barro, la salmuera bienhechora, que aplacaría por quince o veinte minutos los furoros del piso; y que, según el decir de los "entendidos" dejaba el suelo tan duro como una piedra...

¡Siga el baile!

Dos o tres palmadas dadas por el bastonero, seguidas de la voz de: "siga el baile", ponían nuevamente en movimiento a las parejas autorizadas para bailar, mientras que las otras, --- listas para entrar en danza, permanecían en los rincones, tratando de hacer el menor bulto posible.

Nuevas palmadas y otra orden, mientras que la música seguía funcionando impertérrita, ya que no iba con ella la indicación:

"¡Paren los que han bailao y dentren los que no han bailao!!!!"

Y como movidos por un resorte, entraban en danza, sonrientes, ansiosas, descansadas y fresquitas, las parejas que, durante un par de minutos, estuvieron reprimiendo sus entusiasmos por el baile, en los rincones de la sala.

En el pericón y en las polcas con relaciones, era también el bastonero quien daba las ordenes de "¡alto!", "¡pare la música!", "¡siga la música!", "¡balancée" con su compañera!", "¡juego (fuego) entre las pitas", "¡formen pabellones", "¡derecha!" "¡pal otro lao!", etc., etc.

Cuentan las crónicas que cuando algunos bailarines se estrechaban más de la cuenta, el bastonero a la voz de "¡aire, aire!" "¡qué se vea la luz!", interceptaba los cuerpos de la pareja con su palitroque de mando, — por cuanto en campaña, era inveterada costumbre, de que el hombre bailase lo más distanciado posible de su compañera.

Pare el baile

— ¡Páre el baile: — gritaba a intervalos largos y después de haber celebrado una conferencia con el dueño de casa.

— ¡Páre el baile! — repetía autoritario y sonriente a la vez, — pa osiquiar a las señoritas.

Y era entonces que volvía a hacer su aparición en la sala, la señora de la palangana, — pero esta vez provista con una bandeja de lata, sobre la cual descansaban una botella de licor de rosa o de menta y un par de vasos, de esos de mucho fondo y de mayor peso, llenos hasta los bordes y que iban pasando de boca en boca, hasta darse fin al contenido de los mismos — en cuya oportunidad volvían a llenarse para repetir la obsequiosidad, con el resto de la concurrencia.

Los "viejos", los padres de familia, para quienes el baile no tenía ya, nada de interesante, "truqueaban" fuerte en la cocina, en donde el mate, que lo tenían más a mano, era intercalado de "cuando en vez" con algunos tragos de caña que echaban al colete sin la intervención de los utensilios que se empleaban en la sala.

— Alcance compadre, que le voy a dar un beso a la morocha, — decían — refiriéndose a la botella.

En estos bailes que empezaban a las ocho de la noche y que terminaban "con sol alto" ya, cuan-

do no proseguían todo el día y toda la noche siguiente, — era frecuente que los paisanitos declarasen su amor, — mentido o cierto, — a las chicas, que se presentaban con vistosos vestidos de zaraza o percal y ataviaban sus cabezas con ramos de flores y cintas que remataban en coquetonas moñas.

¡Le reclamorienda, mozo!"

Pero las paisanas, muchas en estas pellejerías, trataban de sacar algo por anticipado; — y a una declaración de amor del galán, — dicha más con los ojos que con la voz, — aquellas respondían presto:

— Sí; como no, Vd. por rairse de mí!!! ¡Como si no supiera que ya se l'ha declarao también a Estefanía.....!!!

— Mire; eso es mentira. ¡Que me caiga muerto aquí mesmo! Yo a quien amo es a Vd... ¡Palabra!...

— Güeno..... si es ansina.... le reclamorienda.....

Y a esta altura, el taimado galán, ya en guardia, se hacía el sueco y pretendía desviar la conversación hacia otro tema.

— ¿No dice que mi ama?, insistía la paisanita. Entonce..... apruébemelo. Demerienda.

— ¿Y quérienda quiere que le dea?

— Ese anillo que tiene, con dos corazones y que tanto me gusta.

— No puedo. Me lo regaló mi mama.

— Güeno..... Entonce.... aunque más no sea, ese pañuelito bordado.....

Y el paisano, acorralado, y que muchas veces por falta de tema mintió un amor que estaba muy lejos de sentir, tenía, aunque a regañadientes, para no pasar por miserable, que largar la prenda reclamada.

Para concluir con esta crónica, diremos que raro era el baile de campaña en que alguno de los concurrentes, al retirarse, no echara de menos a su caballo, dado que otro danzarin que había ido a pie o enancado, cansado de una doble jornada, había buscado antes su propia comodidad, utilizando el caballo que faltaba. Y muchas veces, los autores de estos abigeatos fueron los puebleros, los "mana-

tes", quienes, satisfecha la novele-
ría que sintieron por el baile, em-
prendían el retorno a sus fares, un
par de horas antes de que aclarara
el día.

Después... ya en los suburbios
de la ciudad, y por un resto de con-

miseración hacia el damnificado,
ataban los estribos sobre el basto,
volvían la cabeza del caballo hacia la
querencia, un rebencazo en el anca,
un par de gritos y el tropel del ca-
ballo, en pleno galope, hacia los
pagos viejos...

UN DISCURSO MALOGRADO

**Lavalleja, mal orador. — Un aprieto
del jefe patriota. — Ante el pue-
blo soberano. — Chascarrillo de
Don Frutos.**

El heroico y denonado jefe de los
Treinta y Tres Orientales, general
don Juan Antonio Lavalleja, no era
por cierto, hombre de mayor ilus-
tración, — como no lo eran tampoco
la casi totalidad de los de aquellos
días de epopeyas; — y estaba tam-
bién, muy lejos de poseer la facili-
dad de la palabra del general Rive-
ra, quien sin tener una gran prepa-
ración intelectual, poseía otras luces
y despejo.

Lavalleja era elocuente en el fra-
gor de la batalla, con sus órdenes
secas, electrizantes, seguidas siempre
de impetuosas cargas con él a la ca-
beza y que tanta celebridad le die-
ran. — Y si no, ahí está "Sarandí", en
cuya acción, con Rivera, Oribe y Zu-
fríaegui, a la voz de: "¡Carabina a
la espalda y sable en mano!" arro-
lló a las huestes brasileñas manda-
das por Bentos M. Riveiro y Bentos
González.

Todo lo que tenía el jefe liberta-
dor de impetuoso, de arrollador, de
denonado frente al enemigo, lo tenía
también de pacato, cuando había de
vérselas ante una multitud de gente
pacífica, a la que tuviera que diri-
gir dos palabras.

No bien quedó cimentada definiti-
vamente la Independencia Nacio-
nal, Lavalleja debía pronunciar cier-
to día en una ceremonia de índole
patriótica, un discurso, con todos los
prestigios que le habían dado su ca-
lidad de jefe de los Treinta y Tres y
los triunfos de la campaña liberta-

dora en las cuales brillara fulgurante
su victoriosa espada y cuyas pa-
labras creyó haberse aprendido de
memoria para repetirlas en el mo-
mento oportuno.

La comitiva oficial constituida
por las autoridades del País y re-
presentantes extranjeros, ocupaba
un tablado levantado al efecto y al
que rodeaba el pueblo soberano.

Lavalleja confió demasiado en su
memoria; — y pretendiendo hacer pa-
sar por improvisación la perorata
que se proponía hacer oír, cometió
el error de no llevar su discurso es-
crito, el cual, después del consabido
formulismo de "señores y señoras",
empezaba diciendo y refiriéndose a
los prolegómenos de la gloriosa Cru-
zada del año 25.

"Emigrado en la República Ar-
gentina, concebí... concebí..."

Y el hombre, — que se mostraba
siempre impetuoso ante cualquier
obstáculo que se le presentara y que,
cuando tenía que atacar al enemigo,
jamás consultó ni su número ni la
posición que pudiera ocupar para
irse sobre él, empezó a revolverse
intranquilo y a mostrarse un tanto
azorado ante el concurso, que estaba
pendiente de sus labios, con todo
respeto. La situación de la comitiva
que ocupaba el palco, llegó también
a hacerse bastante incómoda ante la
evidente angustia del orador.

Rivera, a quien siempre sobraban
recursos, dándose cuenta del aprieto
en que se encontraba su compañero
y en el deseo de darle "una manito"
que lo hiciera salir del mal trance,
indicó por lo bajo:

"...la idea de libertar a mi País

—compadre.

Pero Lavalieja, ya completamente ofuscado, sin oír nada, congestionado, intentó en un último esfuerzo, reunir sus dispersos recuerdos, para repetir:

—“Emigrado en la República Argentina, concebí... concebí... señores...”

Y don Frutos, viendo que su com-

padre estaba ya irremisiblemente perdido y con el fin de romper el desasosiego general que dominaba a la gente oficial, dándose vuelta y haciendo un guiño a las personas que tenía más próximas, exclamó:

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Está visto que mi compadre concibe pero no pare!...!

PRISIONERO REINCIDENTE

Por designio de Marte. — No puede faltar a la lista. — Aprehendido por dos chinas. — No me ofenda compadre...

El general M..., soldado que fué de nuestra Independencia Nacional, actuó también más tarde en las guerras intestinas que por tantos años asolaron el suelo de la Patria, en las filas blancas, en donde figuró como uno de sus jefes de concepto.

Hombre bueno, íntegro pero nada afortunado en las luchas fratricidas en las cuales le cupo en suerte medirse con graduación inferior con las que comandaba Rivera, por designio de Marte, cabíanle siempre las glorias del triunfo al vencedor del Rincón de las Gallinas, con la circunstancia agravante de que el coronel M... caía prisionero.

Rivera, que profesaba a su adversario político particular estimación, y que se había habituado ya a estas modalidades del vencido, concluida la acción de guerra y aún sin conocer el número ni especie de sus prisioneros, reclamaba invariablemente de uno de sus ayudantes, cuando sabía que en las filas contrarias había actuado el entonces coronel M...:

—Ayudante: vaya y traigame en seguida de entre los prisioneros a mi compadre el coronel M...

—¡Quién sabe, mi general, si ha caído ese jefe!

—No, amigo; vaya nomás y trágame, porque el coronel M... no puede faltar a la lista...

Y así resultaba en efecto. Minutos

después aparecía, triste, con la cabeza baja, el vencido, precediendo los pasos del ayudante.

Rivera, socarrón, y restregándose una con otra y ligeramente las palmas de sus manos, cosa que hacía siempre que estaba contento, preguntaba:

—¿Qué es eso, compadre? ¡Otra vez mi prisionero!

—¡Qué quiere, compadre! ¡Cómo ha de ser!... ¡Es el destino que me persigue!

En cierta ocasión que el coronel M... cayó, una vez más, en manos de su compadre el general Rivera, éste, después de las palabras de estilo y ante la eterna respuesta de su adversario, agregó:

—Pero convenga, compadre, en que esta vez su apresamiento no ha estado de acuerdo con su tradición...

—¡Cómo! ¿Qué es lo que me quiere decir, general?

—Que lo han tomado prisionero dos mujeres, mi amigo.

—Usted siempre con sus bromas...

—No; no son bromas. Es la pura verdad. Esta vez se lo han “conquistado” dos hermosas mujeres... dos robustas chinas...

—No me ofenda, general. Las bromas están bien, pero hasta cierto límite — replicó bastante amostazado ya, el coronel M...

—Vuelvo a repetirle que le hablo muy en serio.

—¡Qué ha de hablar en serio usted! A mí me tomaron prisionero dos formidables indios de su ejército, y, al parecer, por sus caras, bastante feroces...

—No insista, coronel, — dijo entonces con sorna Rivera; agregando bruscamente: — ¿Usted sería capaz de reconocer a “esos indios” que lo atraparon?

—¿Cómo no! En cualquier momento y en cualquier parte que los viese.

Y fué entonces que el caudillo colorado, dirigiéndose a uno de sus ayudantes, ordenó:

—A ver... Que se presenten esos soldados, que tomaron prisionero al coronel M...

Llegaron a poco “los soldados”, y en verdad que su aspecto exterior, con su color cetrino, sus narices dilatadas, sus pómulos salientes, con el indómito cabello de “chuzas” domado en parte por ancha vincha, y con la clásica indumentaria de chiripá y bota de potro que remataban las enormes nazarenas, eran factores que hablaban poco en favor de la gentileza y buenos sentimientos de tales pseudos soldados de la patria.

—¿Son estos, compadre—preguntó Rivera—los soldados que lo tomaron prisionero?

—Los mismos.

—Desabróchense las blusas—ordenó Rivera a los aprehensores.

Y los “milicos” acostumbrados a obedecer cualquier orden — hasta la de hacerse matar por Frutos—sonrientes, empezaron a desabrocharse la casaquilla para dejar al descubierto los senos de las robustas chinas que habían amamantado ya a muchos “guayaquises” que dieron días de gloria a las huestes del conquistador de las Misiones.

Hacemos gracia al lector de la impresión que habrá recibido ante tan gráfica evidencia el coronel M..., que horas después olvidaba, junto al fogón de Rivera, el mal momento pasado, gracias a las múltiples atenciones que le dispensaba su compadre, que siempre profesó a su distinguido y noble adversario, particular estimación.

EL COSTO DE UNAS RECEPCIONES OFICIALES

Ataque a la Colonia. — Detallando gastos. — El colmo de la minuciosidad y de la economía. — Obligando a divertirse.

El distinguido e inteligente escritor y periodista argentino, don Carlos Correa Luna, en su muy interesante obra histórica “Don Baltasar de Arandia”, — una de las mejores de las publicadas hasta la fecha en ambas capitales del Plata, nos dice en uno de sus capítulos, que el 15 de Agosto de 1766 entró al Gobierno de Buenos Aires, don Francisco de Paula Bucareli y Ursua, en sustitución del gobernador don Pedro de Ceballos, — valiente, zorro, intrigante, contrabandista y siempre en negocios con los jesuitas, quienes habrían de ser expulsados más tarde de España y sus dominios.

Ataque a la Colonia

Don Pedro de Ceballos, en sus funciones de gobernador de Buenos Aires, recibió en 1762, instrucciones reservadas del gobierno español, para que atacara a los portugueses posesionados de la Ciudad de la Colonia del Sacramento; — y en cumplimiento de tal orden partió de Buenos Aires en el mes de Setiembre del citado año, al frente de dos mil hombres, con los cuales puso sitio a la plaza el 10 de Octubre, hasta que después de batirla en brecha, obligó a su defensor, el brigadier Vicente da Silva da Fonseca a capitular.

El 2 de Noviembre entró Ceballos a la ciudad conquistada, cuyos edificios y baluartes encontró casi reducidos a escombros por los proyectiles arrojados durante el sitio.

Volviendo al tema

Pero, volviendo al motivo de esta crónica del que nos habíamos apartado para relatar la incidencia de la Colonia que tan de cerca nos toca, debemos agregar, gracias al espíritu de investigación del particular amigo señor Correa Luna, que el pródigo Cabildo de Buenos Aires, en "Costos por la recepción del Excelentísimo Señor Gobernador" llegó al despilfarro de gastar... ¡treinta y siete pesos y tres reales y medio!, según lo acreditan las prolijas anotaciones que damos a continuación — respetando — naturalmente — la ortografía del original:

A SABER:

Por cuatro reales de un plumero y dos cañas largas.....	4
— 6 reales de las carretillas para el acarreo y debolución de las alfombras.....	6
— 6 pesos de vna Anega de cal de Córdoba para blanquear	6
— 6 reales dados a 2 negros para el blanqueo vna mañana y haviéndose suspendido se aplicó la cal a la obra...	6
— 6 1/2 reales de vna terciada de tafetán doble carmesí para el dozel, seda y costura	6 1/2
— 8 pesos dos reales que di a laso para cuatro mazas y su acarreo	8. 2
— 5 reales para leña	5
— 9 pesos 2 reales de candelas, sebo, esponja, Leña y echnura de 200 luminarias...	9. 2
— 4 pesos 4 reales que pagué a los negros que limpiaron la Sala Capitular pasadizo y escalera, pusieron y recogieron las alfombras, luminarias, trajeron sillas de San Francisco y la Merzed y las bolvieron a llevar	4. 4
	37 3 1/2

Tiempos que fueron

Como podrá observarlo el lector, la recepción de todo un Gobernador, no dió en tal ocasión

oportunidad a que se echaran los dineros por la ventana; — como así también de que había especial empeño en aclarar hasta lo indecible, todos y cada uno de los gastos. Así nos lo habla elocuentemente el estado que comentamos y que ha pasado a la posteridad, en el que se llega a consignar la procedencia de la cal, que el blanqueo lo empezaron a realizar dos negros una mañana, que el tafetán de color carmesí no era para ningún herido, sino para el "dozel", seda y costura, que hubo fajina determinándose los parajes o sitios que se lavaron, con motivo de la solemnidad y finalmente que hasta se llegó a pedir sillas prestadas a las iglesias de San Francisco y la "Merzed".

Bien es verdad que el pobre Bucareli, a quien Ceballós había intrigado con media humanidad, escribía más tarde y por vía de desquite al Conde de Aranda, lamentándose de su suerte:

"Fueron repetidos y patentes los desaires que sufrí y disimulé. Dios solo sabe lo que mi espíritu ha padecido en los diez meses que han corrido y aún me ví tan sofocado que tuve una enfermedad gravísima que me puso muy inmediato al sepulcro, y el que se verificase mi muerte era la idea de los de aquí y los de allá"...

Pero el hombre salvó, para bien de Buenos Aires, que adelantó mucho durante su gobierno, no obstante la oposición de Ceballos, de los jesuitas y de otros políticos de fuste, hasta que cansado de luchar, optó por volver a la península en busca de tranquilidad.

Para un virrey ya es otra cosa...

En cambio, otra recepción que con el correr de los años se hiciera al ya nombrado Ceballos, que esta vez volvía investido con el alto cargo de virrey, — después de su triunfo, sin pelear en la bahía de Santa Catalina del Brasil contra los portugueses, — organizada por el Cabildo de Buenos Aires, resultó un poco más saladita, ya que para ello se designó una diputación compuesta por las personas más encumbradas, "para el adorno

del palacio" y para el recibimiento, combite y corridas de toros, en homenaje al Excelentísimo señor virrey.

Doce mil pesos fuertes se invirtieron en las solemnidades; y el Gobernador saliente que lo era don Diego de Salas, pródigo en bandos también, — establecía en uno de ellos, que "al tiro de cañon, los vecinos debían estar prontos para acompañar a S. E. desde el bajo" (lugar de su desembarco) hasta "la Rl. Fortaleza, deviendo todos tener compuestas, barridas, colgadas y aseadas las calles, balcones, rejas y paredes, con mayor luzimiento con Damascos, tapices y otras telas, de todo el tránsito."

"Así mismo iluminarán todas las Calles de la Ciudad con esplendor, las tres noches primeras, desde el día que llegue S. E. y

"harán cuantas demostraciones de alegría y de regocijo," etc., etc.

El encargado de la iluminación era un tal don Juan Antonio Ferrer, a quien los vecinos debían pagar "dos, vno y medio real Cada mes segun sus posibles, "por reglamento echo por los alcaides de "barrios sin Excepción de Eclesiásticos, Militares y demás individuos que residen en las expresadas Calles de iluminación..."

Don Diego de Salas, que por lo visto no se paraba en medios, no solamente obligaba a los tranquilos pobladores a que se divirtieran a la fuerza, sino que también, en sus ansias de mandar, llegaba a ordenar que los mismos, después de componer y de barrer las calles, "las colgasen", para mayor "luzimiento" de la ceremonia de recepción del virrey.....

PEINETONES

Los americanos del Sur siempre hemos estado sujetos a las modas que nos han venido de las "Uropas", que así llamaban nuestros mayores al viejo continente europeo. Raramente indicaban el país: España, Francia, Italia, etc., eran designados, cuando había que mencionárseles, con la palabra: "Uropa".

En la época del coloniaje, una de las modas que más furor despertó entre el elemento femenino, fué la de los peinetones, cuyas voluminosidades llegaron a grado tal de exageración, que si no constituían en realidad un peligro para quien pasase próximo a la garbosa poseedora de uno de ellos, — sus enormes dimensiones dieron lugar a más de una incidencia jocosa y a que un chispeante dibujante, — que ya los había por entonces, — hiciese la intencionada nota que publicamos.

Los peinetones de carey o de imitación, estaban primorosamente calados; y algunos de ellos, verdade-

ros trabajos de filigrana, ostentaban además, incrustaciones de oro o piedras preciosas, según la posición financiera de sus poseedoras.

Tal adorno de la moda femenina, sustituyó al sombrero de hoy, en la calle, en el teatro, o en la iglesia, y cuando nuestras abuelas asistían a las ceremonias religiosas, colocaban sobre el peinetón, una mantilla de tul, que cayendo sobre la espalda y hombros, era recogida en el pecho y asegurada sobre éste, con un prendedor o una flor.

El peinetón, con el complemento del mantón, que caía también sobre los hombros y cuyos largos flecos llegaban casi hasta tocar los pies, daban a la mujer, la oportunidad de lucir su donaire y gallardía; como así también con el gran abanico que nosotros conocimos después con el apodo de "pericote" y que las damas, en determinado momento de coquetería y en un constante abrir y cerrar, hacían chirriar con gran maestría.



Los peinetones en nuestras calles

De haber vivido en aquellos días el gran Chapí, celebrado autor de la "La Gran Vía", con toda seguridad que en vez de decir en el "Dúo de los Paraguas": "Mire que me saca un ojo, si se acerca, con la punta del paraguas", habría dicho:

"Mire que me guillotina 'vuesa mercé', si pasa solo a dos 'varas', con el extremo de su peinetón".

Es lógico suponer que los maridos y papás de antaño, estuvieran más contentos que los de ogaño con la moda, por cuanto un peinetón servía para toda la vida, — primavera, verano, otoño e invierno, — y no como ahora, que para cada estación, se nos exige la compra de un nuevo sombrero.

CHACARERAS

"Yo no planto en terreno ajeno"
— Buena voluntad de los chingolos — Alrededor del rancho —
Maneras de declarar amor — Tolete "aentro" o tolete "ajuera"
— Rumbo a los ranchos — La visita — Visitas inoportunas

Retrogrademos cincuenta años y salgamos de Montevideo, para internarnos una vez más en el vecino departamento de Canelones, que en su tiempo y con muy sobrados títulos, fuera el granero de la República con sus abundantes cosechas de trigo y maíz, cuyas plantaciones

encerraban por regla general, un pequeño perímetro llamado "huerta" y que proporcionaba a los labriegos sandías, melones y porotos.

La perspectiva del paisaje, en lo que son hoy florecientes granjas y chacras, cuidadosamente cultivadas y arboladas, ofrecía por entonces a nuestra vista, ranchos solitarios y maltrechos y privados en muchos casos del amparo del benéfico árbol, cuando se trataba de predios arrendados, porque el ocupante que vivía allí desde veinte y cinco o treinta años atrás, siempre había tenido como argumento para no

enterrar siquiera un varejón de sauce, "que no iba a plantar en terreno ajeno".

A veces la buena vecindad de un chingolo se encargó inconscientemente, en imperativa función fisiológica, de hacer germinar aunque no en lugar muy estratégico que digamos para la comodidad de los ocupantes de los ranchos, y cerca de éstos, un ombú, un tala, o un molle, que a fuerza de ser criollo y librado a sí mismo, se desarrollaba sin los cuidados que son indispensables prodigar a las plantas exóticas.

En tarros y tachos que fueron dejados por inservibles, "las mozas" hacían florecer alelís, pensamientos y la fraganciosa malva. Y en el "patio", el barril del agua descansaba su vientre sobre la casera rastra, que, a la cincha de la "yunta" o de veterano caballo, realizaba sus viajes cada dos o tres días hasta el próximo arroyo o cañada, o bien hasta la cachimba, cuyas aguas se ponderaban por toda la comarca.

A quince o veinte metros, el cañaveral que hacía las veces de vaciadero de basura y de W. C. era punto de atracción de patos, gallinas y gallinetas.

Estamos en día de Domingo. Los bueyes han sido echado al "rastroy", bajo el cuidado de un par de arrapiezos, los más chicos de la dilatada familia, mientras que los viejos y los mayores, en pintoresca caravana, montados de a uno o de a dos en cada caballo, han ido al pueblo a cumplir con el precepto religioso de oír misa; y de paso, comprar algunos artículos de tienda, almacén o ferretería.

Allí en el pueblo, frente a la iglesia, o en el corralón del pulpero amigo en donde se guardan los caballos, la paisanita habrá de verse y hasta cambiará tal vez algunas inocentes palabras con el galán que aspira a pasar a la categoría de novio, y que, para ganarse el favor de los padres de aquella, ha prestado anticipadamente su ayuda en las faenas agrícolas, tales como la "dentra" del trigo, su emparve, o en el "deschale" o "desgrane" del maíz.

Por algo se empieza. Entre los canarios de "las irías" fué norma

como declaración de amor, que el hombre, provisto de un "tolete" (macana o bastón, generalmente de membrillo) lo arrojase al pasar al interior del rancho de su adorado tormento, a la vez que gritaba a todo pulmón:

"¡Tolete aentro!"

Pero a veces resultaba que el enamorado galán no era persona grata a la madre de la pretendida; y entonces ésta, recogiendo el paio, lo arrojaba lo más lejos posible de los ranchos al grito de:

"¡Tolete ajuera!"

Esta actitud no significaba otra cosa que el rechazo de la demanda de amor del pretendiente. En cambio, la aceptación del tolete "aentro", quería decir que los amoríos quedaban concertados.

Aceptado el paisanito como "novio oficial", se vestía con sus mejores prendas, su buen ponchito de verano, pañuelo de "golilla", botas charoladas con abundancia de pespuntos en las cañas, o bien calzando "zapatillas de trensilla", si la labranza no había dado todavía para tanto lujo. Bien peinado con una honda apretada sobre la frente a fuerza de cosmético, colocaba su sombrero con barbiju de modo que al quitárselo no fuera a estropear tamaña obra de arte y de paciencia.

Enhorquetado sobre su caballo, que para el caso había sido sometido a la tortura de la rasqueta y del cepillo, como así también a la de tener que soportar pacientemente que le quitaran las "porras" de abrojos adheridos a la crin y a la cola, recogidos en "rastroyos" y "bañados", en obligada búsqueda de pastos tiernos, se dirigía gozoso nuestro hombre al rancho de la dueña de sus pensamientos, en donde era recibido por toda la familia que aguardaba su llegada. En seguida de haberse "apeado" y después de darle la mano a cada uno de los habitantes, hasta a los de escasisíma edad que se bastasen para andar por sus cabales, seguido del estribillo dicho sin esperar respuesta, de: "¿Cómo está? Bien, ¿y usted? Bien, gracias",—pasaba a la "sala", tieso y orondo, sin dejar el rebenque que pendiente de la "manija", colgaba de

la muñeca de la mano derecha, y cuya sotería, en determinados momentos psicológicos en que la elocuencia oral fallaba, caía nerviosamente y en repiqueteos sobre las canas de las botas o en la suela de una de sus zapatillas.

Las reglas sociales del ambiente rural imponían al hombre la obligación de tomar asiento a tres o cuatro metros de distancia de la novia, mientras que una de las hermanas de ésta o la propia madre, acarreaaba el mate y, de paso... "corujeaba", como decía despectivamente el novio cuando comentaba después sus

amoríos con algún amigo.

La categoría de novio no daba a éste el derecho de acaparar en su provecho exclusivo a su adorado tormento, como tampoco le daba derecho a ser el "dueño de la sala", pues era frecuente que, llegando una visita cualquiera, tuviera que ser recibida en ella, en cuyo caso, aquél, por no ser de la familia, tenía que marchar para la cocina, mientras que su Dulcinea, formando rueda con sus padres y con el resto de sus hermanos, atendía a la visita, que no hablaba de otra cosa que de "sementeras" y enfermedades.

Pío Nono y el Quita Calzones

Pío Nono o Pío IX, uno de los papas más célebres que ha tenido la iglesia romana, cuyo pontificado fué el más largo de todos los habidos (1846-1878) y que vió abolidos sus dominios con la entrada victoriosa por la brecha de Porta Pia de las tropas triunfantes que dieron más tarde la unidad italiana, se vinculó también con nosotros y sin quererlo, por un detalle etimológico de nuestra geografía nacional. El 4 de Diciembre de 1842 desembarcó en este puerto una misión apostólica, que más tarde se dirigió a Chile, cuyos principales personajes eran el arzobispo don Juan Muzzi y su secretario, el canónigo don Juan María de los Condes de Mastrai Ferretti, que años más tarde habría de alcanzar a la alta investidura papal.

La misión fué agasajada por lo principal de Montevideo, de acuerdo con los recursos de la época, y entre los números de fiestas que se realizaron en su honor, puede contarse un banquete que le ofrecía don Francisco Joanico, en su quinta ubicada en la margen opuesta del Arroyo Miguelete.

Características del señor Joanico

El señor Joanico unía a su carácter hospitalario y caballeresco,

un espíritu travieso y de fealdades inventivas para todo; y en manera muy especial para dar bromas; y se cuenta que en la ocasión que nos ocupa, no escaparon tampoco sus tonsurados huéspedes.

Para dejar mejor evidenciado el carácter del señor Joanico, relataremos el siguiente hecho.

Cierta día de Carnaval, uno de los hijos de su amigo don Avelino Lerena que recurrió a don Francisco, que gozaba de justa notoriedad para el arte de disfrazar, le pidió que lo arreglara de manera tal, que nadie, absolutamente nadie, pudiera reconocerlo.

—Bueno, le contestó el demandado. — Te convertiré en más bajo y más gordo de lo que eres en realidad.

—¡Cómo!, preguntó el muchacho un tanto asombrado.

—Ya lo verás. Deja que yo haga nomás... Ni tus padres te van a conocer...

Más tarde, el joven Lerena abandonaba la casa del señor Joanico, satisfecho de su distracción y agradecido de su benefactor.

Al llegar a la esquina, el pulpero que estaba en la puerta del negocio, fijó sus ojos investigadores en la máscara que se aproximaba.

—Adiós pulpero. ¿Cómo te vá?

¿Siempre le echas agua al vino carlón? ¿A cuánto vendes la cuarta de caña? ¿Cuánto le mermas a la libra de yerba?

Y el comerciante que conocía a todo el mundo, no podía descubrir la incógnita que le ofrecía el muchacho rechoncho, que tenía a su vista y tan bien interiorizado de sus manipuleos en medidas y bautizos.

Pero no bien el joven Lerena, en tren de retirada, hubo dado la espalda, el pulpero le gritó alborozado:

—¡Adiós, Lerena!

—¡Que raro! — pensó el muchacho para su colete — que éste hombre me haya reconocido cuando ya me retiraba. Disimulemos mejor la manera de caminar. Y segundos después, se detenía frente a otro conocido, quien, mientras veía de frente a su interlocutor, no podía individualizarlo, gracias a la eficacia del disfráz.

Como en el caso anterior, cuando se retiraba Lerena satisfecho de que no lo reconocieran sintió nuevamente las fatídicas palabras:

—¡Adiós, Lerena!

Y cansado de verse descubierto a cada rato, se fué contrito a su casa en donde después de ser examinado por sus padres y hermanos que reconocieron la originalidad del disfráz, le dijeron en medio de un coro de risas.

—¡Pero muchacho de Dios! ¡Cómo no te iban a descubrir, si llevas tamaño letrero en la espalda que dá tu nombre y apellido. Don Francisco te ha fumado en cachimbo!

Hacia el Miguelete

La misión apostólica, defiriendo a la invitación que le hiciera el señor Joanicó, abandonaba cierta mañana y bajo torrencial lluvia los muros de Montevideo, para asistir al banquete que se le ofrecía.

Por aquella época ese gajo del arroyo Miguelete que hoy se conoce con el pintoresco nombre de Quita Calzones, adolecía de nomenclatura por su insignificancia; y sabido es que las grandes lluvias suelen a veces y por breves horas acrecer considerablemente las proporciones del caudal de sus aguas.

Llegado, que hubo el carruaje que transportaba a tan ilustres

huéspedes, a la margen del arroyuelo que hinchaba su cauce por momentos, a fuerza de recibir agua por todos lados, se celebró entre aquellos y el cochero, una breve consulta.

—¿Hay peligro, cochero?

—Peligro de qué?

—De ahogarnos.

—De ahogarse no, si lo cruzamos en seguida, porque viene bufando fuerte de arriba.

—En ese caso, adelante.

Y en la entonces soledad del paraje, se oyeron los gritos del auriga, estimulando a sus caballos a que se azotaran valientemente al agua, mientras que el látigo hacía sentir sus chasquidos amenazantes.

Cuando el carruaje casi alcanzaba la orilla opuesta, se le antojó a los caballos no tirar más.

—¿Y ahora que hacemos?, preguntaron inquietos los viajeros.

—No queda otro remedio que tirarse al agua, antes de que la creciente lo impida, respondió el cochero. Esto es como el hervor de la leche, que sube y sube, hasta que se derrama... Tienen que abandonar el coche.

Cuando mucho, el agua les llegará a la cintura.

La fuerza de las circunstancias

El arzobispo Muzzi y el canónigo Mastrai Ferretti, más tarde Pío IX,—apremiados por las circunstancias y con el fin de llegar a lo del señor Joanicó en condiciones presentables, se quitaron apresuradamente el calzado y los pantalones y arremangándose las sotanas, se arrojaron al agua, para llegar a la anhelada orilla sin otra novedad, que un baño de medio cuerpo, pero... con la ropa seca.

Durante su estada en Montevideo Pío IX se hizo de algunas relaciones, intimando con la familia de don Manuel de Ximénez y Gómez, que lo eligió como padrino de su hijo Salvador, tío de don Pedro Ximénez Pozzolo, actual subdirector del Archivo y Museo Histórico Nacional.

Un cuarto siglo después...

Allá por los años 1848 o 1849, el gobierno de la República envió

como ministro ante la Santa Sede, a don Salvador Ximénez, quien después que hubo presentado sus credenciales, recordó a Mastrai Ferretti, o sea Pío IX, que él era su ahijado, de Montevideo.

Y el Papa, dándose entonces unos golpecitos con su diestra en la frente, riendo, exclamó:

—¡Ah, me ricordo, me ricordo!!!
¡Quita calzoní! ¡Quita calzoní!!
.....

A su regreso a estos lugares, el señor Ximénez que fué espléndidamente obsequiado por su encumbrado padrino, refirió a varias personas el recuerdo que guardaba el pontífice de la incidencia que más lo había impresionado en Montevideo; y desde entonces, dió en llamarsele a esa por lo general inofensiva corriente de agua, el sugestivo nombre de "Quita Calzones".

LOS DIAS DE OPERA EN 1858

Los programas—Servicio de carruaje por la Cochería de Dellepiani

En 1858 las personas que asistían a las funciones teatrales y muy especialmente a las de Opera que tenían por marco el Teatro Solís, no disfrutaban como nosotros, para acortar las distancias, de los tranvías o de los automóviles. Bien es verdad que la ciudad se circunscribía a lo que hoy denominamos "Ciudad vieja"; — y que de la Ciudadela hacia afuera (calle Ciudadela) la edificación era de escasísima importancia. En donde hoy es Plaza Cagancha, era campo, o poco menos.

Es natural que, como ocurre en el presente, la gente que concurría a la Opera, se vistiese de punto en blanco; y que los más pudientes se permitieran el lujo de ir en carruaje.

Prueba de ello nos lo dá un aviso inserto en el diario "La Nación" de aquellos días, que al publicar íntegramente el programa de la función de esa noche con el reparto de papeles y lleno de elogios para la compañía y para la obra que se representaría ("Belisario"), traía al final la siguiente nota:

"Por un arreglo hecho por la Sociedad Lírica del Teatro Solís y el señor Dellepiani (cochero) para preservar a las familias del rigor de los fríos, el señor Dellepiani está obligado poner cuatro carrua-

jes a disposición del público, para traer y llevar del teatro a las familias al precio de dos patacones por carruaje.

"Los señores que gusten aprovecharse, mandarán el mismo día de la función a la cochería del señor Dellepiani, calle Cerrito N.º 72, una carta con el nombre de la familia, el nombre de la calle y en el número de la puerta endonde viven".

Como podrá apreciarlo el lector, llenándose previamente los requisitos establecidos en el aviso, los concurrentes al teatro, por solo dos patacones eran llevados a Solís y vueltos a sus casas después de la función, en un carruaje de la cochería de Dellepiani.

Y si por deducciones hemos de juzgar las bondades del servicio, nos inclinamos a creer que los que a él se acogieran, tendrían que estar sometidos a largas esperas, por cuanto una crónica teatral de esos días, al comentar en forma elogiosísima una representación anterior de "Hernani", nos dice que más de mil cien espectadores ovacionaron a los artistas.

Y de deducción en deducción, hemos llegado a cuentas de que mientras las damas, que al igual de las de ahora nunca terminaban sus aprontes, retocaban aquí y acullá frente al espejo, los rizos de sus cabelleras que remataban en primorosos peinetones y los pliegues de sus amplísimas polleras que jamás



Frente al tocador. Entre mate y mate

dejaban adivinar siquiera el nacimiento del tobillo de la dueña, — el mate corría más a prisa de lo habitual, para aplacar así las tor-

turantes nerviosidades a que aquellas producía la demora en llegar, de los aurigas del señor Dellepiani.

LA HISTORIA DE DOS VINTENES

A continuación de la nota de confiabilidad, como indiscutiblemente lo es la que se refiere al capítulo anterior, vamos a dar otra, que viene a ser algo así, como el reverso de la medalla.

En el mismo diario "La Nación" del 2 de Julio de 1858 y en la sección respectiva, hemos leído lo siguiente, al centro de una columna y en letras llamativas:

"Aviso al público".—Anoche, 1.º de Julio el que firma envió a su aprendiz a la casa de negocio de don Antonio Zanoletti a comprar dos vintenes de cerote, y este señor contestó que los dos vintenes no valían más que seis cobres y así lo cobró. Media hora después el oficial de mi tienda volvió a mandar al aprendiz a la misma casa de Zanoletti por dos vintenes de cera. Llevando medio patacón, el volvió al cambio, a razón de dos vintenes según corre en plaza, mientras antes esos dos vintenes no los quiso tomar sino por 30 reis.

Quiere decir, que el negociante Zanoletti, se ganó además de la mercancía, un 50 por ciento con el cambio. Es una moderada ganancia.—**Luis Palacios.—José Camps".**

No es necesario exprimir mayormente el meollo, para sacar en limpio, que don Antonio Zanoletti ejercía por entonces las funciones de zapatero, por aquello de la cera y el cerote. Y aventurándonos un poco más dentro del maremagnum de las suposiciones, casi nos atreveríamos a decir que uno de los firmantes, —Palacios o Camps,—el verdadero quejoso que no hemos podido individualizar, pese a nuestros esfuerzos, habrá sentido la desgracia de tener por aquellos días a algún perro enfermo del "moquillo", dolencia que para su cura exigía que se rodeara al cuello del can paciente,

con un collar de marlos quemados, perforados en sus médulas y asegurados por un hilo de acarreta. Como complemento curativo, se utilizaba también un parche de cerote cubierto con un medallón de suela que se pegaba sobre lo que podríamos llamar coronilla de la cabeza del perro.

De otra manera, no nos explicamos el por qué de esos dos productos zapateriles en una tienda de propopeya, como nos inclinamos a creer que sería la del avisador, por cuanto contaba, no solamente con los servicios de un aprendiz, hasta para mandados, sino que también con un oficial, que así llamarían por entonces a los dependientes de esos negocios.

En la época que hoy ocupa nuestra atención, circulaban unas monedas de cobre que representaban el valor de \$ 0.005, 0.01, 0.02 y 0.04, llamados respectivamente: "cinquiño", "dos cobres", "un vintén" y "dos vintenes". Las monedas de "dos vintenes" equivalían al valor de cuarenta reis; llamándose también a éstas "tachos" o "tachones". Llevaban en el anverso, un sol rodeado de la leyenda: "República Oriental del Uruguay". "1839"; — y en el reverso, circundado por dos gallos de laurel que se cruzaban en su parte inferior, en cifras grandes, el número 40, sobre el cual y en grabado que simulaba una cinta, la palabra "centésimos".

El quejoso critica que el señor Zanoletti recibiera en la primer operación, una moneda de dos vintenes, por seis cobres, o sea el valor de una de a vintén y de otra de un cinquiño; — y esa diferencia de cinco milésimos, lo exasperó a tal grado, que juzgó indispensable hacer público el hecho en el aviso que comentamos,

inserto en uno de los diarios más importantes de Montevideo.

En resumen: que don Luis Palacios o don José Camps, o los dos a la vez, pusieron en solfa al bueno

de don Antonio Zanoletti, por la friolera de un cincoñio, con la acusación agravante de que se "ganó además de la mercancía un 50 ojo, en el cambio, que eso ya es mucho decir.

Tartamudos de tartamudos

General de renombre. — Un payador y cantor. — Se quema el rancho. — ¡Cante pues!!...

La tradición conserva recuerdos de tartamudos que, militares unos y cantores los otros, no encontraban ninguna dificultad para expresarse por la voz, cuando se trataba de impartir órdenes de mando a los soldados que estaban bajo sus órdenes, — por los primeros. — o cuando en rueda de pericón o en la trastienda de una pulpería pulsando una guitarra, entretenían al paisanaje con inspiradas payadas. — los últimos.

Entre los primeros, puede contarse al general don Ventura Rodríguez soldado de la Guerra Grande y de meritorísima actuación en el Ejército Nacional, quien, frente al enemigo y cuando tuvo que impartir órdenes, jamás tartamudeó.

En cuanto a cantores, se nos ha referido que un tal Wenceslao Bentancor, de la Costa del Santa Lucía, no encontró obstáculos tampoco para darle a la sin hueso, cuando de cantar se trataba. Pero, era dejar la guitarra y tentar decir en vil prosa cualquier tontera, y el hombre no marchaba ni para atrás ni para adelante. De aquella boca que fluían tan lindos "compuestos", tan lindas "décimas" y tan lindas "vidalitas", no salía otra cosa que un ti... ti... ti... ti... para después de ejecutar una serie de morisquetas con cerradas de ojos y de arrugar el ceño, arrancar por peteneras y largar de una sola andanada y precipitadamente, las palabras que se habían obstinado en no salir.

Desde muchacho, si bien fué tardo Wenceslao para expresarse en prosa, no lo fué en cambio para hacerlo en verso cantado, ya que la elocuencia que le faltaba a la lengua, Dios se la había dado a los dedos, en el arte de tocar la guitarra, y ésta cualidad de buen músico y

de mejor cantor, fué precisamente la que lo hizo indispensable en bailes, triles, casamientos, bautismos y otras diversiones más de la vida rural.

Cierta vez que el viejo Bentancor se encontraba en la costa acompañado por dos de sus hijos mayores en la ruda tarea de monte, echando al suelo troncos y ramas que después de secos servirían para la lumbre del horno y del fogón. — "Wenceslao" que así lo llamaban todos, se internó en el bosque montando el petizo de hacer los mandados y con toda la rapidez que le permitía desarrollar la "maraña" del bosque, recibiendo aquí y acullá, no obstante ir echado sobre el pescuezo del animal, chirrazos de las ramas de mataojo, tala y espinillo, cuyas espiras buscaban ansiosas hacer su presa en la bronceada carne del mancebo, o cuando menos, en su bombacha de casineta azul...

Al ruido del tropel, enmudecieron las achas; y tres rostros, mostrando más curiosidad que sobresalto, dirigieron sus miradas hacia el lugar de donde procedía el ruido.

—Alguna vaca chúcará que la corren los perros, — dijo el viejo.

—Se m'hace que no, tata. Pa mi gusto, es tropel de cristiano... arguyó a su vez el mayor de sus hijos.

La curiosidad de los tres, duró apenas unos segundos más.

Wenceslao, jadeante, congestionado, hizo irrupción en "el claro".

—¡Qu' hay muchacho?, preguntó ansioso el viejo, quien, al ver la cara de su hijo, se dió cuenta de que algo anormal sucedía.

—Ta... ta... ta... ta... ta... ta... gritaba a voz en cuello el tartamudo, moviendo los brazos como astas de molino y abriendo desmesuradamente los ojos, sin que la testarudez de su lengua le permitiera otra cosa que ese inexpresivo monosílabo.

—¡Pero... que le pasa m' hijo! No se m'apure pa hablar, porque entonces es pa pior. Vamo a ver...

¿Qui es lo qui hay?; — pero diga despacio, despacito...

—Ta... ta... ta... ta... ta... ta...

—Güeno, amigo: si no puede decirlo ansina, conversando, dígalo cantando. ¡Cante, pues...!!

Y el rostro de Wenceslao, se iluminó entonces.

Aquel muchacho que en su tribulación no había podido hasta ese preciso momento, articular una sola palabra, levantó el brazo izquierdo; y simulando que tocaba la guitarra, se echó a cantar...

Mi tata querido

Vidalitá

Se le quema el rancho.

TRILLAS CON YEGUAS

Vestimenta del labriego—El tamango — Comiendo—Amasijo y hornada — La siembra — La siega — La trilla — Etimología de algunas palabras poco conocidas de la gente de la ciudad

El labriego canario de antaño—ya lo hemos dicho — paciente y honradote, no era hombre que se desviviera por su mejoramiento. Se conformaba filosóficamente con vivir esa vida casi de miseria, con el mínimo de labor que estuviese llamado a desarrollar.

mo a punta de cuchillo, cerrando sobre el empeine del pie, el que, a su vez, era envuelto con bayeta, sobre la que se colocaba todavía un trozo de arpillera de bolsa vieja. La dureza del material exterior obligaba a adoptar estas medidas precaucionales, para dejar a cubierto la integridad de la epidermis. Podrá imaginarse el lector que el calzado no resultaría nada elegante, por cuanto su forma era casi rectangular; pero si bien es cierto que adolecía de una estética poco aceptable, brindaba en cambio al labrador, abrigo eficaz en



Una trilladora en la actualidad

Como calzado de trabajo llevaba nuestro hombre el "tamango", hecho con un pedazo de suela o de cuero crudo, con unos "tientos" que cruzaban unos ojales abiertos en el mis-

las madrugadas de grandes heladas y desahogadas comodidades para las largas caminatas, que, abriendo surcos y más surcos, tenía aquél que realizar tras la reja del arado y así

do de la "mancera", en las marchas perezosas de los tardos bueyes, que sólo apresuraban un poco más el paso, cuando sentían al mismo tiempo que el tirón de la "orejera", el pinchazo del clavo de la picana y el grito de "¡Zaraza! ¡Golondrina! ¡Canela!" o "¡Regalao, güey, canejo!!" —que eran los nombres de rigor.— "¡Zaraza, güey, al surco!..."

Cuando el tamango era de cuero crudo, el pelo se colocaba para el lado de adentro. Ningún otro calzado ofrecía mayores ventajas para esta clase de trabajos, por cuanto dada su flexibilidad, no recogía adherencias de tierra húmeda, recién abierta.

Las otras pilchas—

Bombacha o chiripá hacían las veces de pantalones, mientras que el cuerpo se abrigaba con camisa de tartán y chapona. Cuando el frío arreciaba, un amplio pañuelo, aparte del reboso que envolvía el cuello, cubría la cabeza y parte de la cara, de modo tal, que el friolento canario sólo dejaba ver los ojos y la nariz. Y, sobre todo este abrigo, el sombrero de los llamados "panza e'burro".

En las mañanas de invierno era frecuente ver sentados en cuclillas, al amparo del alero o del "mojinete" del rancho, según del lado que viniera el sol, a los canarios viejos, acompañados por su numerosa prole, que, en sus afanes de recibir mejor el calor del astro rey, permanecían en tal situación por largas horas.

Haciendo por la vida—

En la comida, siempre frugal, eran platos obligados la sopa de fideos o de arroz, con caldo de oveja por lo general, que se servía cuando no en la misma olla, en una fuente de latón, de cuya comida tomaban directamente con cucharas de lata todos los componentes de la familia que hacían círculo alrededor de ella y en cuclillas, sin la intervención de platos. Los guisos y la mazamorra con caldo o con leche, se comían en idéntica forma, y en cuanto a la carne de puchero o asada, a mano y a cuchillo.

El pan, que se elaboraba en la ca-

sa, y que, por tal, ha merecido la denominación de "casero", se cocía en el horno, que generalmente y para mayor comodidad de la "patrona", se construía en el interior de la cocina y sobre un mojinete del rancho o con la bóveda del lado de afuera y la boca del de adentro. Cada amasijo duraba para diez o doce días y la elaboración daba lugar a que la gente menuda estuviera de parabienes, ya que, en cada hornada, los "gurises" preparaban también sus rosquitas de formas caprichosas.

Aparte del pan corriente, de gran tamaño, y, como extra, se elaboraban algunas roscas con grasa y granos de "jinojo", y a veces con "chicharrones".

Conviene decir también que los panes ya preparados y antes de ser "echados" al horno para su cocción, eran guardados hasta que "leudarán", en el lecho del matrimonio, convenientemente abrigados con las mismas ropas de la cama para facilitar así la inflazón de la masa.

Cuando después del proceso de cocción, la directora del amasijo, provista con larga pala de madera, abría la puerta del horno para ir recogiendo los panes, los chicos, impacientes por recoger sus rosquitas, se disputaban el mejor puesto al lado de "mama", a la que, por incomodarla, obligaban a dar pescozones a diestra y siniestra a los gritos del siguiente tenor y dicho con cierta entonación de canto, peculiar en los canarios:

—¡Juye de aquí, condenao hijo e... perra, que mi istorbas!

El gofio, ya con leche, ya con agua, y con la consistencia del pirón, se comía a "puñitos", y muchas veces este manjar, que constituía para los labradores preciada golosina, recibía los honores de una discreta polvoreada con azúcar.

¿Es rejosa la medecina?—

Allá por Junio era la época de la matanza de los cerdos, y como se hacía verdadero abuso con la alimentación de la carne de estos animales, ya fuera al natural o en embutidos, con el consiguiente perjuicio para la salud de los consumidores, daba ello lugar a que muchas

veces se tuviera que recurrir a los auxilios de la ciencia médica. Como era de rigor que en tal época todas las enfermedades fueran indigestiones, el médico recetaba invariablemente y por vía de exploración, un buen purgante, que obligaba al enfermo, enemigo declarado del frío y del agua, a preguntar si la "medicina era rejosa", vale decir, si era peligroso exponerse a los dos elementos a que nos hemos referido.

El laboreo de la tierra—

La roturación de las tierras se hacía en las primeras horas de la mañana y al atardecer. Primeramente, el arado marcaba los dos surcos de la "melga", cuyo ancho variaba según el largo de la chacra, de seis a doce metros, y después, dentro de ese perímetro, se trazaban sobre la tierra ya preparada para la siembra, otros surcos con nuevos "cortes de melgas" de cuatro a seis metros de ancho, que habrían de recoger de inmediato el fecundo grano.

Lista así la tierra, el sembrador que cargaba a media espalda y a la bandolera, un bolsa que contenía la semilla, arrojaba ésta lejos de sí, a puñados, esparciéndola convenientemente.

A esta operación se le llamaba "sembrar de boleó", y tras del sembrador, para que la semilla fuera cubierta por la tierra, marchaba la rastra de ramas y maderas duras o de dientes de hierro. En los primeros tiempos, el trabajo de la "rastreada" se realizaba con una arada superficial.

Las siegas—

Para las siegas y para las trillas se ayudaba mutuamente el vecindario, y era frecuente que, entre los que se tenían fe en el manejo de la hoz se organizaran apuestas a quien terminara primero con el corte de una "lucha", que venía a ser la "melga" que quedaba a su cargo. Colocados en línea de batalla y resguardados los pechos, espaldas y antebrazos con cueros de ovejas para evitarse los rasguños que podrían producirles las pajas, y a la voz de: "¡aurita y nos juimos!", avanzaban los segadores llevando en los

dedos mayor, anular y meñique, de la siniestra mano, y atado a la muñeca con una cinta, un dedil de cuero duro cuya extremidad, por su curvatura, semejaba al pico de una cotorra. El segador, provisto de este adminiculó que facilitaba su trabajo, daba una brazada, arrollando todas las plantas que le diera el brazo contra el seno de la hoz, la cual, manejada con la diestra, cortaba en golpe seco.

Y cuando el brazo izquierdo tenía sobre sí la "yabiada" completa, formando trenza, cesaba momentáneamente la brega para depositarla sobre los "atillos" preparados de antemano. Cada montón de yabiadas ya atadas, recibía la denominación de "gavilla".

A medida que se segaba se iban formando las "rolleras", que venían a ser pequeñas parvas de diez o doce gavillas, que se "iban parando" en el propio rastrojo hasta el momento de "la dentra", así llamada a la operación que consiste en el levantamiento del trigo para llevarlo próximo "a las casas", en donde se formaba la gran parva dentro de la "era", que venía a ser un corral, construido sobre terreno firme, al que se quitaba previamente toda vegetación, punto en donde, finalmente, se hacía la trilla. En este trabajo de recolección se empleaban carretas destoldadas y rastras.

Alrededor de la gran parva y a una distancia de ocho a diez metros de su borde exterior, se levantaba paralelamente el corral de palos y ramas, cuya altura no llegaba a un metro y cincuenta centímetros; y el espacio comprendido entre esta construcción y la parva, recibía el nombre de "cancha".

La trilla—

La trilla era anunciada con algunos días de anticipación y a ella concurrían los vecinos de los contornos, a cuya acción conjunta se llamaba "compaña", constituyendo este trabajo final, una verdadera fiesta en la que no faltaba el baile, ni las grandes comilonas a base de albóndigas con pasas de uva y azúcar, guisos de peras, puchero de gallinas, arroz con leche y los célebres

pasteles "de plato" cocidos al horno, con rellenos de dulces de membrillo, zapallo o miel de abeja.

Cuando llegaba la tropilla de yeguas, formada por cincuenta o sesenta animales, trepaban a lo alto de la parva tres o cuatro hombres, los "echadores", que se encargaban de arrojar a la cancha con horquillas de dientes de madera, las "gavillas" que habrían de pisotear las yeguas en su constante galopar, para que el grano, así maltratado, se desprendiera de la espiga.

Dentro de la empalizada, dos "azotadores" de a caballo, uno sobre el lado de la parva y el otro sobre el del corral, munidos de arreadores, obligaban a los animales a que no se proporcionaran otros descansos que los reglamentados; y cuando ya había transcurrido un buen rato en que la gira fuera, por ejemplo, hacia la derecha, se daban "para variar" los gritos de: "Güelvan, yeguas!" "Güelvan, yeguas!" "Hop!" "Hop!" "Hop!" "Hop!" "Juye, juye, juye, yegua!" "¡iiiiijojoooo!", a los que obedecía en primer término la yegua "puntera", la más veterana de la manada, la cual, volviendo grupas, emprendía la marcha contraria con la misma celeridad y seguida por todas las demás.

Diez o doce "horquilleros" colocados en la parte exterior de la "era", y a las órdenes del "mandador", se encargaban de echar al centro de la cancha la paja, que en el constante batir de los cascos de los animales trataba de escapar, con granos todavía, por los intersticios de la rústica empalizada.

Agotada la parva y quitada la yeguada de la "era", venía el trabajo de formar montones o "sierras", lo más altas posible, con lo ya trillado, con el fin de evitar las filtraciones de agua y con ello, la pérdida de la

Hecha esta operación, quedaba terminada la trilla, retirándose los de la "compañía", y quedando para la familia del propietario, el trabajo de aventar el trigo, que se realizaba con "bielidos". Para esto se elevaba lo más alto posible la paja, con el fin de que se la llevara el viento y quedara libre el grano. Y es de aquí, precisamente, que arranca el adagio de "Vamos al grano que la paja se

la lleva el viento", cuando oye una conversación llena de preámbulos inútiles. El rastrillo de mano con dientes de madera o de hierro se encargaba finalmente de quitar la paja que, por sus gruesas dimensiones, el viento no la había podido llevar.

Y por último, cuando se quería trigo bien seleccionado, destinado a servir de semilla o para mandarlo a la atahona para la obtención de harina, las mujeres y la gente menuda realizaban el trabajo de la limpieza del grano, primero con la "sarranda" o "arnero", y luego colocándolo sobre mesas y catres de lona, con el fin de quitarles el "joyo", la avena, el "trigo chuzo" y algunas partículas de tierra o piedritas que se habían empecinado en no dejar tan honrosa compañía.

Algunos datos complementarios—

Como dato complementario debemos agregar que, tanto las máquinas segadoras como las trilladoras que vinieron a sustituir las rudimentarias operaciones relatadas, con una rapidez y con una bonidad superior en grado superlativo sobre el trabajo manual, fueron desalojando gradualmente estos motivos de esparcimiento entre los labradores.

Ello no obstante, las trillas con máquinas revistieron en un principio los mismos caracteres de animación. Y cuando los pesados armatostes, a la terminación total de la faena, retornaban a sus galpones para descansar hasta la próxima cosecha, los operarios de las mismas realizaban una gran fiesta, adornando con guirnaldas de sauce y penachos de paja, tanto al motor como la trilladora, a la vez que en todo el trayecto que recorrian anunciaban con vivas y con el estampido de cohetes voladores el término de una jornada provechosa.

Etimología de algunas palabras—

Tiento — Tirillas de cuero que sustituyen al piolín en los trabajos de talabartería.

Manera.—La agarradera del arado que sirve al agricultor para mantener a aquél en pie.

Orejera. — Cuerda fina o tira de cuero atada a una de las orejas del

buey y de la que tira el agricultor para guiar al animal.

Cuero crudo. Sin curtir.

Mojinete. — La cabecera del rancho.

Jinojo. — Hinojo, cuyos granos tienen el sabor del anís. Lo emplean mezclado con el tabaco.

Leudar. — Hinchar, esponjar la masa.

Puñitos. — Montoncitos.

Surco. — La línea de tierra removida por la reja del arado.

Melga. — La serie de surcos que señala una parte del trabajo en la tierra.

Rastrear. — Pasar la rastra.

Siega. — El acto de cortar el trigo.

Hoz. — Instrumento cortante en forma de media luna, utilizado para los cortes del trigo, maíz, etc.

Juye. — Huye.

Yabiada. — Serie de matas de trigo trenzadas entre sí.

Atillo. — Plantas de trigo que, por su frescura y flexibilidad, hacían de piolín para atar las gavillas.

Gavilla. — Conjunto de yabiadas atadas en su centro por el atillo.

Bieldo. — Palo largo en uno de cuyos extremos se atraviesa otro de 25 a 35 centímetros de longitud, en el que se fijan cuatro o seis dientes hechos de duelas de barril.

Saranda. — Aparato rectangular con manijas como parihuelas, manejado por dos personas, cuyo centro, de tejido de alambre, servía y sirve para aventar el trigo.

Arnero. — Aparato con idéntico fin que el anterior, pero circular y manejable por una sola persona, cuya base era de lata o cuero lleno de agujeros para el pasaje del grano.

Joyo. — Granos de pasto del tamaño del del trigo, maligno, que llega hasta a embriagar a quien lo coma.

Trigo chuzo. — El grano de la punta de la espiga secado por las heladas u otros efectos atmosféricos.

Sierras. — Parvas o pajeros de formas alargadas.

CASAMIENTOS

MODALIDADES DE SESENTA AÑOS ATRAS. — PARTICIPACIONES.

— EN PROSA Y EN VERSO. — ANTAÑO Y OGAÑO. — BLANQUEANDO LA PIEZA.

Decorado

Antiguamente, la celebración de un casamiento, no importaba una mayor complicación para el novio, quien resuelto a formar nuevo hogar, se lo comunicaba así a sus padres, los cuales determinaban la pieza que debían ocupar en el siempre amplio caserón los nuevos desposados.

Las habitaciones eran por entonces espaciosas, con pisos de baldosas coloradas o de ladrillos; las paredes blanqueadas con cal; y los techos, faltos de cielos rasos, dejaban ver los tirantes cilíndricos de palmas, sobre los cuales cruzaban las alfajas, que a su vez soportaban las

hiladas de ladrillos que servían de lecho a las baldosas que formaban la azotea.

El decorado de las habitaciones no exigía otro requisito que un buen blanqueo a brocha gorda, sin recuadros; y cuando más, un friso de treinta a cuarenta centímetros de altura, de color azul añil, o de negro humo, demostraba su humildad besando al piso.

El mobiliario

Lista ya la pieza, se daba colocación al mobiliario constituido por sólida cama "otomana" de jacarandá o de otra madera dura; la cómoda sobre la cual descansaba siempre la imagen del santo de la predilec-

ción de la novia, resguadada por redoma de vidrio; el lavatorio ornado a ambos lados del espejo, por largo paño de crochet atado al medio y en la parte superior por una cinta de color; una mesa de noche; un ropero de un solo cuerpo y de una sola hoja sin espejo al que se le llamaba "armario" y una o dos sillas de asientos y espaldares de madera, completaban el mueblaje del dormitorio.

Para la luz, bastaba un modestísimo candelero de bronce, destinado a soportar la vela de sebo o de cearina. — colocado siempre sobre la mesa de noche.

Como podrá apreciarlo el lector, el novio no se veía agobiado por ingentes gastos para el arreglo del nido en donde iría a esconder su felicidad, como consecuencia de la habilitación de "petits hoteles", de coquetones "chalets" o de lujosos "apartamentos", pródigos en decoraciones, en calefacción, en instalaciones eléctricas, etc. etc., como ocurre ahora.

La ceremonia

El acto del casamiento. — religioso siempre ya que no regía la imposición de la Ley del Registro Civil que recién se sancionó en Julio de 1879, — era ceremonia asaz sencilla, realizada ante modestísimo altar por el cura amigo y sin desfiles de comitivas por las naves centrales de los templos, a los acordes de la armoniosa música de marchas triunfales y de Aves Marías y bajo la luz feérica de centenares de lamparillas eléctricas y de cirios.

Las crónicas sociales de los diarios no divulgaban como vestían los desposados, ni las clases de puntillas de las ropas interiores de la novia, como tampoco inventariaban ni justipreciaban los regalos que aquellos recibían, siempre modestos, pero prácticos.

Chocolate y bizcochuelo

La casa de la novia no se veía reuelta con los "chirimbolos" de las empresas de adornos, que por innecesarias no existían; — ni tampoco con los aparatos y utensilios de los servicios de confitería, para las "champaneadas" y sus derivados.

La olla de hacer el puchero, bien lavadita, servía para la elaboración

del chocolate que se tomaba con bizcochuelo de confección casera, cortado en discretas tajadas, y ofrecido a los invitados en bandejas de latón pintado.

Partes matrimoniales

Los "partes" matrimoniales o participaciones como se dice ahora, en prosa unos, y en verso otros, estaban redactados los primeros en los siguientes términos:

"Si la aprobación de las personas sensatas pueden contribuir a la felicidad del Santo Sacramento del Matrimonio, Manuel Fernández y Obdulia Segura, solicitan de Ud. la suya.

Montevideo, Junio 8 de 1834."

De los "partes" en verso, nos ilustra ampliamente un original de Buenos Aires, del siguiente tenor:

Parte de casamiento

¿Quién es?

¿Quién va?

Don Manuel Aragonés

Y Doña Juana Castellanos

Que hoy se ofrecen

..... ¡a sus paisanos!

A quienes besan las manos,

¡Bien lo veo!

Unidos por los lazos

Del Himeneo,

En la Calle de la Merced,

Para servir a Ud.

Brindemos pues, como her-

(manos,

¡Oh, beneméritos ciudadanos!

Por tan feliz unión.....

Que cuenta para su suerte

Con dinero y corazón

En la vida y en la muerte.

Buenos Ayres, Octubre 26 de 1835."

Veinte reales de honorarios

No podremos dejar pasar por alto tampoco un detalle bien sugestivo por cierto, con el fin de que nuestros lectores puedan establecer un parangón entre antaño y ogaño, en lo que a gastos de boda se refiere. El cura percibía como único emolumento por la bendición nupcial y por concepto de "gastos de cera", alrededor de unos "veinte reales".

Frente a frente

Las exigencias del confort moderno, las exigencias de las mamás y de las propias chicas, las exigencias de la vida social y la rumbosidad casi

siempre desmedida de los novios que creen encontrar una felicidad mayor instalando su hogar en medio de un ambiente de lujo superior a sus fuerzas financieras, son factores para que los casamientos en la época actual, resulten menos frecuentes; y a veces, cuando los contrayentes no están ya "en la edad de la zonzera"; — como así también de que el calor del hogar, esa sublime tibieza que emana del verdadero amor y que solo producen las almas enamoradas, se esfume entre multitudes aliombras y delicados cortinados, confundida con los calorías de

los radiadores de una calefacción artificial.....

Todas las exigencias de la vida moderna contribuyen, fuera de toda duda, a que la estadística contemporánea nos brinde un cociente mayor y progresivo de solterones... y solteronas.

Antes, una niña que tuviera amor con un joven pobre, no titubeaba un solo instante, — sabiéndolo bueno, — en unir su suerte a la suya, sin pensar en lujos, ni en banquetes, ni en sirvientas, ni en saraos, diciendo en cambio, amorosamente al dueño de sus pensamientos:

—¿Contigo?...? ¡Pan y cebollas!!

DE LA GUERRA GRANDE

Reclamación diplomática

Reminiscencias de la Guerra Grande
—Reclamación diplomática que
termina bien — Interesante
documentación

El señor Cornelio Van Domselaar, ha tenido la deferencia de poner a nuestra disposición, un expediente que tiene relación con la reclamación interpuesta ante el Gobierno de la Defensa, por el Cónsul belga señor Samuel F. Lafone, en virtud de haberles sido robadas de su establecimiento de campo de Maldonado, treinta y tres vacas; al señor Antonio Domselaar, abuelo de nuestro informante.

En el primer tomo de "**Recuerdos y Crónicas de Antaño**", ya hemos informado a nuestros lectores, que tanto la carne, como todos los demás artículos alimenticios, escaseaban de tal manera en Montevideo durante el largo asedio, que el Gobierno tuvo que racionar dentro del limitado campo de los recursos de que podía disponer, a todos los habitantes de la plaza sitiada.

Dicho esto, dejemos hablar con toda su elocuencia y con todas sus faltas de ortografía al expediente

que nos ocupa y que dice así:

"Consulado de Bélgica en Montevideo.

Montevideo, 29 de Agosto 1843.

"El infrascripto Cónsul de S. M. el Rey de los Belgas tiene el honor de dirigirse al Sor, Ministro con el objeto de participarle: Que a consecuencia de haber sido maltratado Anto. Donselaar y su familia súbditos Belgas por una partida del Ejército invasor en su propia estancia situada en Valle Le guar recibió orden del Coronel Silva para retirarse a esta Capital donde actualmente reside, asegurándole que durante su ausencia pondría una persona al cuidado de su Establecimiento, más le ha sido muy sorprendente al ver desembarcar estos días por el muelle 33 vacas de su marca conducidas por el Buque nombrado "Diana" entrado en este Puerto con procedencia de el de Maldonado, no conduciendo el capitán de dho. Buque certificado alguno de los mencionados animales que dice haberlos comprado a un tal Martínez vecino de Maldonado. Al elevarse este asunto al conocimiento del Sor Ministro el infrascripto espera que V. E. se

servirá impartir órdenes a las autoridades de Maldonado pa. el esclarecimiento del hecho, y que el mencionado Donselar pueda cobrar el importe de los animales que hayan sido extraídos de su Estableto, según lo que resulte de las averiguaciones que se practiquen y que al mismo tiempo se lleve a efecto la promesa hecha por el Coronel Silva en cuanto a poner un encargado que cuide la propiedad mientras las circunstancias impidan al interesado el regresar a su hogar.

Con este motivo el que suscribe tiene el honor de saludar al Sor Ministro con la más alta consideración y aprecio.

Firmado Sam: F. Lafone.

A S. S. El Sor Ministro de Relaciones Exteriores, Don Santiago Vasques.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Septiembre 1.º 1843.

Para los efectos indicados en el Decreto al margen tengo el honor de acompañar a V. E. original la nota que ha pasado a este Ministerio el Cónsul de Bélgica con fecha 29 del ppdo. Agosto.

Dios guarde a V.E. ms. años.

Santo. Vasques

(Al margen de la carta)

"Montevideo. Setiembre 1.º 1843.

"Teniendo el Gobno. entendido que es cierto el hecho de haberse introducido en la Capitanía del Puerto pásese con oficio al Sor Ministro de la Guerra para que tenga la bondad de mandarlo certificar por la expresada Oficina.

Vasques

"Montevideo. Septe. 1.º de 1843.

"A la Capitanía de Puerto para que en el acto le dé cumplinto, y espresé todo cuanto ha ocurrido respecto del ganado que se reclama.

Pacheco y Obes.

Exmo. Sor Ministro de la Guerra.

Exmo. Sr.

Es cierto que D. Antonio Danselaar reconoció en el muelle treinta y tres animales bacunos de su marca que habian venido en la Goleta Sarda Diana, su Capn D. Esteban Copelo procedente de Maldonado, las que por ser de su propiedad las cedió a beneficio del Estado, y reconvenido el Capn Copelo sobre este hecho dijo que las había comprado a un Médico italiano llamado Martínez en aquella ciudad y exigió que la apta. le diese un Certificado como efectivamente se le dió para reclamar al vendedor el valor de las espresadas treinta y tres reses que le había vendido siendo agena propiedad. Es cuanto puede informar a V. E. sobre el ganado en cuestión a que se refiere el Supor. Decreto de V. E. Monto Spbre 1.º de 1843.

J. Ma. de Magariños.

Montevideo, Septiemb. 2.º 1843.

Con Ofo. devuélvase al Ministro de Reis. Exts.

Pacheco Obes.

Montevideo, Spte. 2 de 1843.

Dense las gracias en nombre del Gobno. a D. Anto Danselaar, por la generosa donación que ha hecho de los 33 animales de su marca que vinieron en la Goleta "Diana", y expídanse las ordenes más terminantes a las autoridades civiles y militares del Departamento de Maldonado para que haciendo efectiva la promesa que el Coronel Silva hizo a Danselaar de poner un hombre al cuidado de su Estancia, adopten las medidas necesarias, para evitar la extracción de ganado de aquel establecimiento tomándolo a su cuidado hasta tanto que el interesado vuelva a él. Comuníquese al Ministro de Guerra a sus efectos y afeese en contestación.

Vasquez.

DEL HOGAR ANTIGUO

Mobiliario del comedor. — Los almuerzos y cenas con rezos. — La siesta. — Rosarios y letanías cantadas

—————:—————

Los comedores de nuestros abuelos se instalaban en una amplia pieza del gran caserón, que por lo general se comunicaba con la cocina; y cuando nó, en paraje que quedara muy próximo a ella, enfrente y cruzando el patio. Y al igual de las demás dependencias de la finca, sus paredes llevaban un simple blanqueo, con friso pintado de azul añil o de negro humo.

El cielo raso que como ya lo hemos dicho en otro capítulo, dejaba al descubierto la tirantería de madera dura del Paraguay, solía soportar un aparato de forma rectangular y de construcción casera, de cuyo travesaño inferior, — generalmente una alfajía, — pendían largos flecos de papel. Este armatoste, gracias a un par de visagras, se hacía funcionar por una de las esclavas o sirvientas, durante la hora del almuerzo, imprimiéndose un movimiento de vá y ven, desde uno de los extremos de la pieza, con una cuerda.

Tal aparatejo, que no todos lo tenían, servía, — según el decir de los antiguos, — no solamente para espantar las moscas, sino que también para hacerse fresco.

MOBILIARIO

En cuanto al mobiliario, no nos ha de dar por cierto mucho trabajo hacer su descripción. Una mesa de "alargar" y de "acortar", con cajones, dentro de los cuales se guardaba el mantel y las servilletas, generalmente de tejido de algodón, y los pedazos del pan que sobraba y que cuando no se daban a los pobres, servían muy bien y ya haritos para una buena sopa.

En el "armario del comedor", con sus puertas de tableros de madera, se guardaba la loza, los cubiertos,

la yerba, el azúcar, los fideos, etc., etc.; y cuando se trataba de gente de pró y por consiguiente con mayor cantidad de menaje y de "reservas", entonces no era difícil encontrar además del armario, una o dos "alacenas", así denominados unos huecos practicados en las paredes, con puertas y anaqueles para guardar los efectos del uso corriente.

Por entonces no se usaban portacubiertos, ni bols, ni paliteros, ni bandejas para el pan, etc., etc. Las ensaladas se preparaban en fuentes o en soperas; y el aceite y el vinagre para las mismas, previamente mezclados con la sal, se llevaba a la mesa en una botella "de a cuarta" que ostentaba en lugar del tapón de corcho, un pedazo de marlo de maíz.

¿Timbre eléctrico? ¡Para qué...!! ¿Para que estaban entonces las manos y el silbido penetrante de la patrona o del patrón, seguido siempre del grito de:

—¡Ché, Prudencia, traí el guiso, o traí el asao, ahora!

Y si por una gran casualidad llegaba en esos precisos momentos una visita, en vez de obligársele a hacer antesalas, se le llevaba sin ceremonias al comedor, en donde era invitada insistentemente a que participara de lo que hubiese, porque la gente era de por sí hospitalaria y se daba sin reservas.

En la época del coloniaje se almorzaba a las dos de la tarde "al toque de la campanita de San Juan"; — y durante todo ese rato la puerta de calle quedaba cerrada.

POR LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ...

Llegados los miembros de la fa-

mlia al comedor, cada uno de los comensales permanecía de pié al lado del asiento que le correspondiese, hasta tanto no se llenaran una serie de requisitos religiosos que iniciaba el jefe de la misma con un "Por la señal, de la santa cruz, de nuestros enemigos, líbranos señor de todo mal, Amén". que todos se apresuraban a ejecutar y a repetir. Enseguida, el director del rezo, elevando los ojos al cielo, imploraba: "Dadnos señor nuestro, vuestra santa bendición; — y benedicid también el alimento que nos proporcionais y que vamos a comer para mantenernos en vuestro divino servicio."

Después, se rezaba un Ave María y un padre nuestro, y se clausuraba la ceremonia con un nuevo perseguido con las sacramentales palabras de "En nombre del padre, del hijo, del espíritu santo, amén".

Y así, tranquilos de cuerpo y de espíritu, se sentaban nuestros mayores a la mesa, para hacer los debidos honores a la comida que, en su sencillez, armonizaba perfectamente bien, con el mobiliario y vituallas de la casa.

Terminada la comida empezaban nuevamente los santiguados seguidos de la siguiente oración:

"Os damos las gracias, señor nuestro, por el alimento que nos habéis proporcionado, esperando que así como nos habeis concedido el sustento corporal, os dignareis también concedernos un día, la eterna bienaventuranza. Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri."

DESPUES DE LA SIESTA... SANDÍAS

Inmediatamente de realizado el almuerzo, "se hacía la siesta"; y en el Verano, después de ese descanso, el dueño de casa, "en chancletas", en mangas de camisa, a la sombra del parral y seguido de toda la "tribu", iniciaba el ataque a las sandías, que resultaban más ricas cuanto mas

colorada era su carne aguachenta y llenadora.

Y nuevamente, "con la barriga llena y el corazón contento", se echaba el "viejo" al colete, — porque al parecer era él el mas delgado de estómago, — un traguito de caña "para asentar la sandía".

—"Carece" que la tome, — se explicaba, — porque es de la única manera que me "asienta" bien esta fruta y no me "repite".

LA CENA

La cena se desenvolvía con igual ceremonial que en el almuerzo; — antes de recogerse la gente, se rezaba el rosario, seguido de letanía cantadas, algunas de cuyas estrofas reproducimos a continuación:

Bendita sea tu pureza
Eternamente lo sea
Pues solo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.
A ti celestial princesa
Virgen sagrada, María,
Yo te ofrezco en este día
Alma, vida y corazón,
Mírame por compasión
No me dejes madre mía.

.

HASTA MAÑANA.

—La bendición, tata...
—Que Dios lo haga un santo...
—La bendición, mama...
—Que Dios lo tenga entre sus elegidos, m'hijo.

Retirada de los hijos a sus respectivos alojamientos.

Un candelero que alumbra el camino a recorrer del viejo matrimonio. Murmullos de nuevos rezos la vela que se apaga.

—Hasta mañana, vieja.
—Si Dios quiere, viejo...

Y enseguida, en la amplísima casa solariega, reinaba el más profundo de los silencios...

LA HISTORIA DEL TEMPLO INGLES

El "Fuerte San Juan" y el "Cubo del Sur" — El verdadero nombre del templo. — Se construye e inaugura en plena Guerra Grande.— Las ceremonias realizadas.

Uno de nuestros asiduos lectores, el señor Cornelio Van Domse-lar, nos ha proporcionado una buena serie de datos que tienen relación con el edificio ubicado en la calle Recinto, en su unión con la de Treinta y Tres y que todos conocemos con la denominación de "Templo Inglés", cuando su verdadero nombre es el de "Iglesia Episcopal Británica Santa Trinidad", templo que, a estar a los informes que se nos han proporcionado, ocupa el segundo lugar entre los más antiguos de su credo, en esta parte del continente.

Su construcción data de 1844, unos pocos años menos que su similar la iglesia de San Juan de Buenos Aires; — y ella se debe a la generosidad del súbdito inglés señor Samuel Fisher Lafone, quien durante toda su vida, veló por la obra que legaba a la posteridad.

EN PLENA GUERRA GRANDE

Al atardecer del 1.º de Enero de 1844 y en plena Guerra Grande, se colocó la piedra fundamental del templo, a cuya ceremonia concurren el entonces Presidente de la República, don Joaquín Suárez, sus ministros y altos funcionarios, el comodoro Purvis, que mandaba la escuadra naval inglesa de estación en el Río de la Plata, miembros destacados de las colonias inglesa y norteamericana y el pueblo, que siempre presencia ceremonias al aire libre.

Los servicios religiosos estuvieron en tal ocasión a cargo del capellán del buque de S. M. B. "Alfred", Rev. M. B. George Little; del capellán de la fragata de los E. E. U. U. "John Adams", Rev. M. B. Chase y del Rdo. James V. Birch,

capellán de la iglesia en esta capital.

Los súbditos ingleses y norteamericanos, salieron en corporación para la ceremonia, de la institución denominada Consulado Mercantil cuya ubicación estaba en la calle Zabala, antes San Francisco y 25 de Agosto, que por entonces, era costa. A su pasaje por el Fuerte, (Plaza Zabala), se incorporó a la columna el patriarca don Joaquín Suárez, acompañado de sus ministros y altos funcionarios.

UN DISCURSO

Don Joaquín Sagra y Périz, distinguido ciudadano y uno de los propietarios del terreno ya histórico, porque allí se levantó el "Fuerte San Juan", sobre el "Cubo del Sur"; y porque allí también, — posiblemente, — se atrincheraron los ingleses, para abrir a cañonazos la brecha de la muralla, cuando el asalto y toma de Montevideo, de cuyo hecho de armas fué testigo presencial — pronunció en tal ocasión el siguiente discurso:

"Próximo a este sitio, en que la comunidad inglesa elevará un Templo al Dios de Paz, en este primer día de Enero de 1844, en Enero y Febrero,—treinta y siete años ha, (1807)—el demonio de la Guerra hizo que la sangre de los ingleses se mezclara con la de los nuestros, cuando, al terminar este sangriento combate—que duró trece días, durante cuyo tiempo murieron más de mil hombres de ambas partes—esta plaza fué tomada por asalto. No transcurridas aún dos horas, la seguridad individual y de la propiedad estaban tan aseguradas como si nada hubiera sucedido. Testigo personal de estos hechos, ruego humilde-

mente a Nuestro Padre Celestial, que siempre acepta la veneración de todo aquel que lo ofrece en sinceridad, que no permita que tales hechos se repitan entre nosotros, y que, en adelante, reine siempre la más perfecta armonía entre mi país y el del Comodoro Purvis y señores Lafone, Hocquard, Buggelin, MacEachen, Gowland y otros muy honorables amigos que me rodean; y quiera que aquellos que adoren en este sacro edificio, continúen en ello por mucho tiempo."

Seguidamente el Rev. James W. Bich dió lectura a un salmo; y el arquitecto señor Paullier, colocó en manos del comodoro Purvis una cuchara y un martillo, cuyo marino, al dar tres golpes sobre la piedra que se iba a colocar, pronunció las siguientes palabras: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un Dios eterno, coloco esta piedra fundamental de la Iglesia Británica Protestante, que se llamará comúnmente de la "Santa Trinidad".

LO QUE HAY DEBAJO DE LA PIEDRA

Debajo de la piedra fundamental y con las formalidades del caso, se colocó una caja conteniendo medallas, monedas y otros objetos; y sobre la tapa del cofre, una placa de plata, lleva la siguiente inscripción:

"En 1.º de Enero de 1844, en el séptimo año del reinado de S. M. B. la Reina Victoria, Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, John Brett Purvis, Esquire, Comodoro, Comandante de la Escuadrá de S. M. B. en la Costa Sud-Este de Sud-América, acompañado del señor John Pownall Dale, Cónsul de S. M. B., el Rev. James W. Birch, Capellán, y de los miembros de la Comisión Provisoria, y con la entera sanción del Gobierno de la República del Uruguay, colocó la Piedra Fundamental de la Iglesia Protestante en Montevideo. El terreno y el edificio son presentados como acto libre y en cumplimiento de un deseo humilde y ferviente de parte de Samuel Fisher Lafone, quien lo dedica a la verdadera veneración de Dios, según los ritos de la Iglesia Anglicana y para la promulgación del Evangelio de Paz,

rogando que el Todopoderoso le prospere, así como al Ministerio de esta Iglesia en y por los méritos de Cristo Jesús.

"No a nosotros, ¡oh, Señor! sino a Tu Nombre damos la Gloria."

El señor Lafone, al pronunciar su discurso, rogaba al gobierno británico que quisiera aceptar la donación que hacía del templo, y pedía a aquél que "extendiera su amparo y protección sobre él, siempre que el credo de Inglaterra sea Salvación mediante Fe, solamente, en y mediante Jesu Cristo, el Salvador y Redentor de la Humanidad. Solicito también encarecidamente de mis conciudadanos residentes en Montevideo, quieran prestar su especial amparo e interés a la Iglesia, así como también las celosas rogativas de todo cristiano, para que en ellas se haga la obra del Ministerio en espíritu y en verdad, para la gloria de Dios y salvación de los hombres..."

Y después, dirigiéndose al Presidente, dijo: "Tengo ahora el honor de dirigirme a Vuestras Excelencias el señor Presidente y sus ministros y demás habitantes de la República", terminando su peroración con frases de agradecimiento para los representantes del gobierno y para la población en general.

UNA VIEJA IDEA

Desde unos cuantos años antes, el señor Lafone tenía el propósito de levantar el templo, y tanto es así, que en 1833 compró dos solares de terreno en las proximidades del "Baño de los Padres" (Mercado del Puerto) "con frente al Norte y sobre los peñascos de la Rampa", solares que por estar unidos formaban un área total de veinte y seis varas y ocho pulgadas de frente por veinte y cinco varas de fondo, pagando por la compra a la testamentaria de don Agustín Castro, la suma de 6,500 pesos.

El señor Lafone, buscando más tarde para el templo un lugar más tranquilo y que estuviese ubicado en el barrio aristocrático, como lo era por entonces el de la calle Recinto, dió en pago, a fines del año 1843, a don Joaquín Sagra y Périz, don Juan Manuel Besnes de Irigoyen, don José Dellepiani y don Manuel Otero, los solares a que nos hemos referido en el párrafo anterior, por



El templo tal cual lo donó el señor Lafono

el terreno que formaba el "Cubo del Sud", cuyo valor se justipreció en la suma de ocho mil trescientos patacones.

Conviene decir también que el señor Lafone se proponía levantar por suscripción, dentro del área disponible del terreno recientemente adquirido, una escuela de primeras letras; pero como hiciera donación graciosa al gobierno británico, por escritura otorgada el 8 de Abril de 1846, ante el escribano don Pedro P. Díaz, del templo y de los terrenos colindantes, aquel noble anhelo no pudo cristalizarse, porque el 30 de Junio de 1870 aquel gobierno vendió las ochocientas varas de terreno disponibles al señor Juan Bautista Copello, por la suma de \$ 4.970.81, para con su producto pagar el empedrado del Cementerio Inglés, ubicado entonces en 18 de Julio entre Ejido y Santiago de Chile, manzanas en donde se proyecta construir el Palacio Municipal. Intervinieron en la operación, por aquel gobierno, el cónsul señor James Saint John Munro, y por la Comisión del Templo los señores Ricardo C. Carlisle y el doctor Tomás D. Lawrie, que tuvo destacada actuación cuando la epidemia de la fiebre amarilla de 1857 y cuya simpática figura aparece en el cuadro de Blanes existente en el Museo de Bellas Artes.

DON HOPPE LAFONE

Al fallecimiento del señor Samuel Fisher Lafone, su hijo el señor Hoppe Lafone heredó a la par que sus condiciones caballerescas y generosas, los sentimientos religiosos de su progenitor, y hasta su deceso, fué director del coro, manteniendo bien en alto y con toda dignidad, los servicios del culto que él había abrazado, por tradición y por convicción.

LA PROCEDENCIA DEL TERRENO

El "Cubo del Sud" terreno que era de propiedad Fiscal, fué vendido por el Gobierno de la República representado por don Luis Eduardo Pérez como vice presidente y por don Francisco Antonio Vidal como ministro de Gobierno, a don Pablo Delgado, quien en dicho acto expresó que la adquisición la hacía para sí, y para los señores Juan Manuel Besnes de Irigoyen, don José Dellepiani y don Manuel Otero, por partes iguales.

En dicha escritura pública autorizada por el escribano sustituto de Gobierno y Hacienda don Juan Pedro González, el 6 de Julio de 1841, se establecía entre otras cosas que la venta del "local conocido por "Cubo del Sur, se verificaba a razón de seis reales por cada una vara cuadrada, con la condición de que el comprador debía conservar el muro que mira al Sur."

En resumen un área total de 1700 varas cuadradas por \$ 1.275.

EPISODIOS DE LA BATALLA DE ITUZAINGO

Lavalleja frente a Alvear. — "Yo no soy de los generales que miro las batallas con anteojos de larga vista. — "¡Cállese la boca; si no lo fusilo!" — Ligeros apuntes de la acción. — Gloriosa muerte de Brandzen.

PROLEGOMENOS

En la noche anterior a la batalla de Ituzaingó, librada como se sabe, en tierra brasileña el 20 de Febrero de 1826 entre fuerzas imperiadas por una parte, y orientales y argentinos unidos, por otra, Lavalleja que

que mandaba el primer cuerpo de las fuerzas patriotas, recibió orden del general en jefe don Carlos de Alvear, de avanzar y aproximarse al enemigo, con el fin de asegurar así, cuando llegara el momento oportuno, al 2.º y 3.º cuerpo, que tomaran a su vez posiciones ventajosas

para el mejor éxito de nuestras armas, en la acción que se iniciaría en la alborada del día siguiente.

El jefe oriental que como lo hemos dicho en otras oportunidades, jamás sintió miedo ante el enemigo y celoso tal vez de verse relegado en tal ocasión por la fuerza de las circunstancias a un plano de segundo orden después de conquistarse en buena lid los prestigios obtenidos en los campos de "Sarandí", no miraba con buenos ojos su dependencia del argentino Alvear, que había sido uno de los enemigos más encarnizados de su viejo jefe el patriaraca Artigas.

Y fué así como encontrándose esa misma noche, víspera de la batalla, con el general Soler, le hizo presente que no conociendo el terreno a recorrer, no iba a aventurarse, — él, que jamás ante el enemigo, consultó el terreno que pisara, ni su número, — a tener un encuentro desventajoso, en la obscuridad de la noche, por cuya razón no acataría el orden del generalismo.

El general Soler hizo entonces presente al jefe de los Treinta y Tres, que él no autorizaría nunca semejante conducta de abierta desobediencia; y que en caso de que, si al aclarar, no se encontraba en el lugar que se le había designado, todas las responsabilidades recaerían sobre su persona.

No obstante la juiciosa reflexión que le hiciera Soler, Lavalleja persistió en sus propósitos; y fué así como en la madrugada del día 20, Alvear lo encontró en donde menos lo esperaba.

Desobediencia tras desobediencia.

Durante el curso de la batalla, Lavalleja habría de desobedecer nuevamente las órdenes de su superior jerárquico comprometiendo así el éxito de la acción.

En el despertar perezoso de la aurora, presagio de días de gloria, para los pueblos del Plata, se sintieron los primeros disparos de fusilería de las vanguardias de los ejércitos combatientes.

Los nuestros ocupaban el siguiente orden en la línea de fuego: el ala derecha, constituida por el primer cuerpo, mandada por Lavalleja; el centro formado por el segundo cuerpo, por Alvear; y el ala izquierda,

o sea el tercer cuerpo, por Soler.

En plena acción

Ante una mala maniobra del enemigo, realizada por el general Callado que desfilaba por el flanco de Lavalleja y al alcance de sus fuegos, Alvear ordenó a éste que cargase en masa sobre tales fuerzas, que con ello iba el éxito de la jornada; pero el caudillo uruguayo, que por lo visto proseguía con el mal humor de la noche anterior, replicó que se le pusiera una reserva por lo que pudiera suceder.

El generalísimo insistió en su orden de cargar; y dispuso que los lanceros mandados por Olavarría, (Regimiento N.º 16) y los de don Pablo Zufriategui (Regimiento N.º 8), que integraban el segundo cuerpo, se trasladaran del centro a la derecha, para sostener a Lavalleja, que no obstante lo que dejamos consignado había permanecido inactivo.

La verdad es que cuando llegaron los refuerzos al lugar donde se encontraba Lavalleja, el general brasileño Callado había realizado ya, impunemente, su maniobra.

En cierto momento culminante de la batalla, Alvear dispuso que el bravo coronel Brandzen con su división (Regimientos 1.º y 3.º de Caballería), protegido por los fuegos del batallón 5.º y por los cañones de Chilabert y Arengreen, cargase en línea sobre la de Leitão Bandeira, que, separado de los nuestros por un gran zanjón central longitudinal que dividía una buena parte del campo de batalla, venía haciendo mortífero fuego.

Brandzen, con todo respeto mandó decir por uno de sus ayudantes al general Alvear, que sería imposible la carga, por cuanto el obstáculo apuntado, detendría a sus jinetes, oportunidad que sería aprovechada por el enemigo, para exterminarlos estérilmente. Ello no obstante, dispuso sus fuerzas, como para cumplir inmediatamente la orden, en caso de que ella fuera ratificada.

Y fué entonces que Alvear, apremiado por las circunstancias, impaciente, nervioso, puso al galope su caballo hacia donde se encontraba Brandzen, para increparle:

—Coronel Brandzen: Cuando Napoleón daba una orden sobre el cam-

po de batalla, ninguno de sus jefes la observaba, aún cuando supiera que iba a la muerte.

—General Alvear: Sé que voy a morir, pero cumpliré la orden...!

Y aquel bravo francés que se llamó Brandzen y que había servido gloriosamente en los ejércitos que paseó triunfante por toda la Europa el gran corso, — vestido con su uniforme de gala y con el pecho rebosante de condecoraciones ganadas en mil combates y que calentaban el ardor de su valor legendario miró a sus bravos, ordenó al comandante Pacheco 'que quedara de reserva y dió la orden de ¡a la carga!' Ya al galope su caballo y al frente de sus soldados, observó que otro jinete marchaba a su lado; y con no poca sorpresa al detener su vista sobre él, vió que quien lo acompañaba también al sacrificio, era nada menos que el propio Alvear.

—General: Este no es su puesto. Sobre Vd. recae la responsabilidad de esta batalla, dijo un tanto resentido por el reproche anterior, el coronel Brandzen.

—Es que yo quiero participar también de esta jornada, coronel Brandzen, replicó esta vez con dulzura, el general Alvear.

—Y yo lo veo con profundo pesar, señor general, ocupando un puesto que yo creí poder desempeñar con honor...

Y comprendiendo Alvear, que llevar más adelante su temeridad, hubiera sido inferir un hondo agravio al valiente coronel, sofrenó su caballo; y después de haber cambiado con aquel, un saludo militar, volvió grupas para ocupar el delicado puesto que le correspondía en la brava contienda, mientras que la masa de jinetes marchaba impertérrita a cubrirse de gloria con el manto de la Muerte. Aquello fué una masacre horrible, porque quienes salvaban el gran zanjón, al coronarlo nomás en la orilla opuesta, eran fulminados por los certeros tiros de los infantes de Leitaó. Y si todavía escapaban al plomo de las balas, avanzando más allá, al corazón, al nervio del enemigo, iban a ensartar sus pechos, en un desenfrenado afán de llegar, en los aceros de las bayonetas de los cuadros imperiales...

Brandzen, herido gravemente, pe-

ro sin desfallecimientos y sosteniéndose montado sobre su corcel, volvió a reorganizar sus diezmadas fuerzas al borde del mismo zanjón fatal, recibiendo nuevas heridas de bala, que lo hicieron caer a tierra, desde donde, en los últimos estertores de su vida que se le escapaba a torrentes con su sangre generosa sacó fuerzas para gritar todavía:

—¡Carguen!! ¡Carguen!! ¡Carguen, muchachos!!...

Su profecía se había cumplido y con el sacrificio de su vida, demostró que era todo un pundonoroso y valiente soldado.

La ciudad de Montevideo, ha perpetuado su nombre, dándolo a una de sus calles.

Lavalleja carga por su cuenta

Lavalleja, con su gran corazón, impetuoso como siempre, irreflexivo ante el peligro, ardiendo en coraje, se lanzó entonces por su cuenta sobre el enemigo (Caballería de Callado), en formidable carga, a cuyo empuje cedieron los brasileños, que eran diezmados a golpes de sable y lanza; — pero el fuego de la infantería enemiga lo contuvo en su avance. Las fuerzas de Lavalleja, vacilaron primero y se desordenaron después, bajo la acometividad de los escuadrones brasileños que momentos antes habían sido derrotados y que ahora acometían con el eficaz apoyo de la infantería.

Pero, el valor legendario de Lavalleja y de sus jefes, habría de volver a reunir y organizar momentos después a sus soldados, que bajo el brillo fulgurante de la espada de "Sarandí" y electrizados por las arengas para todos y por los apóstrofes para los timoratos, — siguieron en pos del valeroso caudillo con la acometividad de leones, para arrollar definitivamente al enemigo, rompiendo su línea de batalla y separando así a las fuerzas de Barreto y de Callado.

Producida más tarde la victoria a favor de las armas patriotas, se hizo tenacísima persecución; y no obstante las órdenes impartidas por Alvear para que las divisiones se reunieran en ese mismo día, tanto Lavalleja como Lavalle, volvieron a incorporarse al ejército, recién en la mañana del día 21, en el Paso del Rosario del río Santa María, detalle que demuestra, que fueron estos dos



Acuarela del pintor nacional Guillermo Rodríguez

La diligencia que recorría nuestra campaña y que realizaba el transporte de pasajeros y de correspondencia.

jefes, los más tenaces perseguidores del enemigo, que había sido desbandado.

Concentrado todo el ejército victorioso, los generales y jefes del mismo, acordaron pasar a la carga del general Alvear, con el fin de presentarle sus parabienes por el brillante triunfo obtenido.

Lavalleja frente a Alvear

La reunión se desenvolvía en un ambiente de franca camaradería; y entre recuerdos afectuosos para los caídos y de referirse los episodios más salientes de la ruda jornada, Alvear, dirigiéndose de pronto a Lavalleja, y sin que en sus palabras hubiera una agresividad, según así lo afirmaron después testigos presenciales, le dijo:

—General Lavalleja. Si Vd. hubiera cargado ayer al ala izquierda del enemigo cuando yo se lo ordené, no se me escapa un solo brasileño.

—Señor General, respondió a su vez Lavalleja, frunciendo el ceño: ¡Yo sé cargar al enemigo sin que nadie me lo mande!!

La respuesta de Lavalleja, que asombró a todos sus compañeros de armas, no solo por su agresividad, sino que también porque importaba un acto de abierta insubordinación para el general en jefe, no hizo perder — aparentemente — la serenidad de Alvear, que volvió a manifestar:

—No se trata de eso, señor general, sino de que ayer no cargó Vd. cuando convenía hacerlo y yo se lo mandaba, obligándome con su con-

ducta a modificar en plena acción, el plan de batalla.

Y Lavalleja, que había observado que durante la batalla, el general Alvear había hecho frecuentemente uso del anteojito de campaña para observar los movimientos del enemigo, volvió a replicar otra enormidad:

—Yo no soy de los generales, — dijo con toda acritud, — que miran al enemigo con anteojos de larga vista...

Alvear ante esta nueva agresión y sin poder dominarse ya, avanzó iracundo dos o tres pasos hacia Lavalleja, para decirle:

—¡Cállese Vd. la boca. Si no lo fúsiló en el momento!!!

Y Lavalleja, comprendiendo que Alvear cumpliría su amenaza, guardó silencio, pero sin mostrar temores, hosco, permaneciendo al lado del general, mientras que los demás contentillos, discretamente, abandonaban el local.

¿Qué se dijeron allí?

Esa fue cosa que nadie lo supo; — pero según opinión del entonces comandante don Antonio Díaz, uno de los testigos de la enojosa incidencia, parece que mediaron explicaciones, pues de los hechos posteriores, nada dió lugar a suponer que hubiera quedado entre ellos algún resentimiento.

Por el contrario, Alvear en el parte de esa acción y refiriéndose a Lavalleja, establecía que entre los jefes que por su bravura y por el acierto de sus disposiciones se habían distinguido, figuraba el impetuoso jefe de los Treinta y Tres.

“Los pardos no tienen palabra de honor”

Llegando al fogón. — Prisionero. — En marcha. — Un alto en el paso. — Apagando la sed. — En salvo. — “Los pardos tenemos palabra de honor”. — Brochazos camperos.

La historia nos habla del pardo José María Luna, que demostró tanto elocuentemente su fidelidad hacia el general Rivera, — vendiéndose como esclavo para proporcio-

nar a su jefe un puñado de pesos, — cuando aquel militar, falto de recursos, se encontraba en la provincia de Santa Fé, en preparativos para llevar a término su hermosa

hazaña de la conquista de las Misiones, realizada en 1828; pero nada nos dice aquélla, de otro pardo, de apellido Luna, también, y pariente tal vez del que fuera asistente del caudillo y que tuvo con el coronel don Bernabé Rivera, hermano del general, la incidencia que vamos a relatar.

Durante la primera presidencia de Rivera, estalló la revolución lallejista encabezada por Garzón; y como antes de producirse los sucesos, empezaran a correr por la campaña versiones intranquilizadoras, el Presidente de la República comisionó a su citado hermano para que, trasladándose a las costas del Yí, aprehendiese al pardo Luna, — creemos que se llamaba Bernabé — quien años antes había prestado servicios en el Regimiento de Caballería N.º 2. Luna, al parecer, era elemento inquieto y de algún prestigio por aquellos parajes y se le consideraba como adicto al movimiento revolucionario próximo a estallar.

Como por aquel entonces no había otro medio de locomoción que el caballo, el coronel don Bernabé Rivera preparó los suyos; y llevando como acompañantes a un viejo teniente, hombre de pocas palabras, pero de acción y a algunos soldados, salió un buen día de las murallas de Montevideo en cumplimiento de la orden recibida.

Cuando la pequeña fuerza llegó a la costa del Yí, no fué para ella tarea difícil dar con el paradero del pardo Luna, al que encontraron en compañía de dos o tres hombres más, en momentos en que se disponían a desayunar con un buen costillar que se había dorado al calor de brasas de tala y de coronilla.

—Buenos días, — dijo Bernabé Rivera, sofrenando su caballo junto al improvisado fogón, que lanzaba al espacio sus espirales de humo perfumado con el olorillo incitante del churrasco a punto de cocción.

—Güenos... contestó el pariente; — y simulando que recién reconocía al viajero, agregó no sin antes haber hecho visera con su diestra que levantó a la altura de los ojos: ¡Oh, mi coronel...! Ri-

cién lo reconozco... ¡Tamién... con esta cerrazón de humo indino... Pero... abájese mi coronel, q'estamos entre orientales...

Y ante la invitación, Rivera y los suyos echaron pié a tierra.

—Carnea gordo, amigo Luna...

—Cuasi... quasi. Esta vaquillona no estaba maleja. Su estado era de regular p'arriba...

¿Y p'ande, mi coronel si no soy curioso y mis palabras no lo ofenden?

—Para Tacuarembó, a ver como andan las cosas por allí.

—Güeno, güeno, gueno, dijo de pronto Luna después de mirar tíernamente hacia el asador, en donde brillaban las jugosas costillas rociadas con la salmuera. El asao y la sopa — añadió sentenciosamente — pa que valgan, carece comerlas caliente... ¿no le parece, jefe?

Salieron a relucir los cuchillos de los gauchos y milicianos que, ávidos todos de churresquear, empezaban a impacientarse por la tardanza que se iba operando para dar satisfacción a los estómagos.

Si sigue la prosa, — pensaban, — el asao se nos va a pasar; — y si lo retiramos del juego se nos hela.

—Coronel: a Vd, corresponde el primer viaje... — dijo solícito el pardo Luna.

—¡Caramba...! ¡Que contrariedad...! — replicó frunciendo el ceño el coronel Rivera, a la vez que con ambas manos se tanteaba la cintura. — ¿Querran creer que este oriental ha perdido el cuchillo con vaina y todo...? ¡Que no se diga...!

—No l'hace, mi coronel. Eso le puede pasar a cualesquier cristiano. Tamién...! con el galope y con el peso de la catanga y de las pistolas, nu es como pa echar de menos cosa tan insignificante... Pero... ¡no l'hace! Sirvase del mío qui es de los que corta un pelo en el aire...

Y uniendo la acción al ofrecimiento, tomando el arma por la punta de la hoja, la ofreció al coronel Rivera.

Desarmado así el pardo Luna, el teniente que ya había sido instruido de como debía proceder cuando tal cosa ocurriera, lo abrazó ante el asombro de los dos o tres gauchos que lo acompañaban, y a poco, aquel quedaba asegurado de pies y

manos con un maneador.

—¿Por qué me hace "ésto", coronel?

—Es orden superior, Luna. Le acumulan que Vd. anda invitando gente para una patriada contra el Presidente...

—Acomularme, me podrán acomular;—pero yo no soy de los hombres que me solevo contra el gobierno.... Yo no soy cumple de ningún delito... Y aura... ¿que piensa hacer conmigo?

—Llevarlo a Montevideo. Pero antes, vamos a churrasquear.

Y la pequeña tropa militar, retemplada con sólido almuerzo, inició el viaje de retorno, rodeando al pardo Luna que, ginete en su pingso, pero convenientemente asegurado de las piernas con un maneador que cruzaba por debajo de la barriga del corcel,—marchaba así, porque el hombre no era de los de facilitar ni en la pisada de un chimango, al decir de quienes bien le conocían.

El sol caía a plomo; y los ginetes sentían los rigores del día tropical, agravados todavía por la falta de una siesta reparadora. Y el perezoso trotar de los pingos sobre el gramillal reseco de los campos que reverberaban, por la intensidad del calor reinante, dejaba tras sí, ligera nubecilla de tierra.

Rivera, al frente de los suyos, descansaba la barba de su rostro varonil sobre el pecho. Tal vez durmiera despierto y en marcha, sobre el caballo, por que así dormían cuando el cumplimiento del deber lo exigía,—nuestros centauros.

—Coronel,— imploró Luna; —hágame aflojar el maniador, que m'han atao como sin lástima.

—¿El qué...? preguntó Rivera como despertando de un sueño....

—Que m'haga aflojar el maniador, porque ya me trai con los caracuces doloridos. Lo que m'acomulan es falso. Soy inocente...!!

—No. No te aflojo el maneador porque vas a intentar escaparte y yo tendría que hacerte matar por mis soldados. Tengo orden de llevarte sano....;—y así no corro el peligro de que te me escapes.

—¿Que me voy a juir! ¡Velay! he doy mi palabra de honor de que no me juyo.

—¿Palabra de honor decís...? Los pardos no tienen palabra de honor....

Y Rivera volvió a dormir, como dormían nuestros centauros.

—Los pardos no tienen palabra de honor!, repetía para su fuero interno y con profunda amargura el prisionero. ¡Que mal conoce a los pardos este hombre! ¡Ah!, si pudiera demostrarle lo contrario...!

—Hagamos un alto, ordenó Rivera, al caer a un paso cuyas márgenes ofrecían reconfortante sombra y cuyas aguas, al correr entre cantos rodados relucientes y gruesas arenas, brindaban al viajero sediento, con su diafanidad y frescura, la manera de aplacar la sed abrasadora que, gradualmente se iba amontonando dentro de sus gargantas, — oprimiéndolas, — en muchas leguas de camino dejadas a la grupa de los corceles, los cuales, como aquéllos, sentían también la imperiosa necesidad de beber... de beber.... hasta reventar del placer de haber bebido.

Los hombres se abalanzaron hacia la corriente;—y unos sobre la playa y otros sobre los albardones, echados sobre el suelo cuan largos eran, apoyando el peso de sus cuerpos sobre las palmas de las manos, buscaban en la corriente con los sedientos labios, ansiosos de frescura, la manera de apagar la fiebre interior que hasta esos momentos los venía martirizando.

El pardo Luna fué el último en gustar de las delicias del agua;—pero él llegó hasta la orilla, atado de una pierna por el maneador, mantenido del extremo opuesto, por uno de los soldados.

—¿Cómo los chanchos.... atao de una pata!,—dijo con aire resignado. Y, también de bruces, bebió a grandes sorbos.

Luego, llegó el turno a las bestias que con los ijares hundidos, chupados, se metieron resueltamente dentro de la corriente, para después de hendir el agua con los belfos trémulos por el ansia, bebían estrepitosamente y aumenti-

ban a la vez y gradualmente a cada sorbo, el volumen de sus pinzas rebajadas por una larga dieta y por la ruda jornada.

—Aparcero,— dijo Luna a uno de los soldados. Haga un favor a la patria. Alcánceme un par de hojas de camalote de las más grandes y qu'estén bien mojadas, para ponérmelas debajo del sombrero, porque estoy loco del dolor de cabeza que tengo...

Rivera lo miró entonces fijamente.

—Con que te duele mucho la cabeza?

—Es verdad mi coronel. Bastante. Pero hay que aguantarlo, porque ya se sabe lo que dicen las comadres cuando el que nace es varón.

—Bueno; entonces te voy a aliviar;—pero ya lo sabes, si intentas escaparte, yo y mis hombres te haremos fuego.

—Vuelvo a darte mi palabra de señor que no me jauré.

Y el coronel, después de mirarlo socarronamente, abrió la boca como para decir algo, tal vez lo que respondiera cuando por primera vez, Luna ofreciera como garantía, el valor de la palabra, envolviendo su honor de gauchó; —pero calló.

Y luego de contemplarlo unos instantes, entre pensativo y burlón, dijo:

—Bueno... ¡Está bueno...! Vámonos a verlo.... Déjenlo suelto muchachos.... pero no me lo pierdan de vista. Si intenta escapar, lo matan sin compasión.

La columna ya había dejado muy atrás, el paso que le brindara sombra y agua;—tan atrás, que el astro rey en su descenso hacía el Poniente, había marcado varios valones en la marcha.

Allá, en lontananza, se divisaban ahora los montes del Santa Lucía Chico, en donde se haría la noche.

De pronto surgió un grito de entre los ginetes, ese grito característico de la gente de campo, invitando al pingo a echar a la carrera;—y uno de los centauros pasó rosando la cabalgadura del jefe de la partida.

Sonaron muchos tiros seguidos de interjecciones; y un tropel de caballos y ginetes, echó a correr en pos del pardo Luna, que había tendido su cuerpo sobre el caballo que, acicateado por el ruido de la persecución y estirando sus remos en un esfuerzo supremo, respondía a los anhelos de su dueño.

Y la distancia entre perseguido y perseguidores, se hacía más larga por momentos.

—¡Ah, pardo bandido! exclamó haciéndose un reproche a si mismo el coronel Rivera. ¡Que bien merecido me tengo ésto!

—Bien dice la gente,—agregó el viejo teniente,—que ese hombre está curao de las balas; y que por más a boca e jarro que se las cerrajén, no le dentran....

Yo le volqué mi naranjero sobre las mismas guampas en cuanto rayó y... ¡como si tal cosa...! ¡Nadita más que la humareda y el rejusilo se vido...

Bernabé Rivera no podía disimular su contrariedad. El, que se preciaba de buen psicólogo, de perfecto conocedor de todas las mañas de nuestros gauchos, se había dejado engañar por "este pardo sabandija". Y doblemente censurable era su conducta, por cuanto su hermano Fructuoso, el Presidente, ya se lo había predicho cuando le confió la misión de la captura.

—Mirá Bernabé,—le recomendó al partir,—que si llegas a atrapar a ese hombre, debes cuidar que no se te escape, porque le sobran recursos para intentarlo y para hacerlo, también. Me es indispensable tener a ese pardo, porque por él me podré enterar de algunas cosas que me interesan sobremanera. Y tal vez, también, pueda utilizarlo....

—He sido un sotreta —prosiguió monologando para su fuero interno don Bernabé, a la vez que, con rabia daba un fuerte arreadorazo a su caballo, que arrancó al galope, seguido por el resto de la columna.

Fructuoso tendrá con esto para amolarme toda la vida...

El sol, después de su larga galopada del día, buscaba enrojecido por la fatiga el descanso de su jornada, en el horizonte que marcaban los campos solitarios; y allá,

en la última loma, a la vera del monte, la luz crepuscular, permitió ver todavía a los del grupo, un hombre que permanecía de pie, al lado de su caballo.

—Se m'hace, coronel, — dijo el teniente, que como hombre de campo reconocía desde lejos el pelo y propiedad de los caballos, — que aquel es el pícaso del pardo Luna.

—No puede ser, teniente, insinuó el coronel Rivera.

—Mire que sí, coronel. El caballo es el del pardo Luna. Y en cuanto al hombre, colijo que sea el mismo.

—Dice como si nos estuviera aguardando.

—Sería el colmo del atrevimiento.

Y la pequeña tropa prosiguió avanzando, prevenida para cualquier evento.

En efecto: el prófugo esperaba sus aprehensores, pero tranquilamente, sin un asomo de agresividad.

—¡Cómo es eso! — le gritó el coronel Rivera. ¿qué haces ahí?

—Nada, mi coronel. Esperarlo, para demostrale que los pardos tenemos palabra de honor.

